

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Antropología, Historia y Humanidades

Convocatoria 2018-2020

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología Visual

Trayectorias laborales de dos mujeres en el espacio público: Sentidos y disputas en la
ocupación de una caseta municipal en el centro-norte de Quito

Diego Sebastián Núñez Solano

Asesora: María Fernanda Troya

Lectores: Patricia Bermúdez y Alfredo Santillán

Quito, marzo de 2022

Para vos Lalita.

Tabla de contenidos

Resumen.....	VII
Introducción.....	1
Capítulo 1.....	4
El trabajo en el espacio público en Quito y otras ciudades de América Latina.....	4
1. Antecedentes.....	4
1.1. Un poco sobre Quito: la ubicación de esta investigación.....	4
1.2. El contexto de esta investigación: Quito y el trabajo en el espacio público.....	5
1.3. El origen del contexto: Quito entre finales del siglo XIX e inicios del XX.....	12
1.4. Abriendo el espectro: el trabajo en el espacio público visto desde algunas ciudades latinoamericanas.....	14
2. Problema de investigación.....	21
2.1. Preguntas de investigación.....	22
2.2. Objetivos.....	22
2.2.1. Objetivos generales.....	22
2.2.2. Objetivos específicos.....	22
3. Marco teórico: sujetos habitantes y su trabajo en el espacio público de la metrópolis latinoamericana.....	23
3.1. La geografía humana.....	23
3.2. Una aproximación conceptual a la metrópolis latinoamericana, a la ciudad en general y al espacio público.....	27
3.3. Herramientas para etnografiar “situaciones” en el espacio público: intersubjetividad, corporeidad y sensorialidad.....	31
3.4. Una breve revisión del concepto de trabajo y de trabajo informal.....	34
3.5. Para cerrar esta parte.....	36
Capítulo 2.....	37
Un aprendiz de etnógrafo sale al campo por primera vez: trabajo de campo y reflexión metodológica.....	37
1. Cómo se hizo este trabajo de campo.....	37
1.1. Conozco a Doña Alegría: la etnografía es un encuentro intersubjetivo y una relación significativa.....	37
1.2. Conozco a Doña Matilde: encuentro intersubjetivo y relación significativa de otro tipo.....	43

1.3. Un poco de observación e imprevistos: no alcancé a conocer a mi tercera interlocutora.....	48
2. Consideraciones metodológicas.....	49
2.1. Describir densamente sin importar las circunstancias.....	49
2.2. Antropología visual: conocimiento e intersubjetividad a través de la cámara y la grabadora de audio.....	50
2.3. Reflexividad y transculturalidad desde la etnografía sensorial y la antropología visual.....	55
2.4. Conceptos metodológicos finales y mis posiciones personales.....	58
3. Antes de cerrar esta parte: el ‘por qué’ y el ‘para qué’ de toda esta (auto)reflexión.....	60
4. Para cerrar esta parte: cuatro escenas en fotogramas.....	60
Capítulo 3.....	65
¿Qué significa trabajar en una caseta municipal? Dos distantes trayectorias laborales en el centro-norte de Quito.....	65
1. Bajo el gran paraguas del método biográfico: aproximación teórico metodológica a las trayectorias laborales.....	65
2. El concepto de trayectoria aplicado al trabajo.....	75
3. Doña Alegría: una “entradora” del trabajo en el espacio público.....	77
4. Doña Matilde, ¿un caso particular?: el trabajo en el espacio público más allá de la subsistencia.....	99
Capítulo 4.....	115
Unas conjeturas etnográficas.....	115
1. Repaso reflexivo por la teoría y la metodología.....	115
2. Las disputas por el lugar de trabajo: el orden urbano descrito desde la experiencia cotidiana de mis interlocutoras.....	118
3. Espacio público y oportunidades.....	120
4. Sentidos del trabajo en una caseta municipal desde dos casos dispares.....	121
5. Cuestiones de género.....	126
6. ¿Qué pasó con el metraje?	128
Reflexiones finales: ¿Cómo concluir algo que sigue abierto?.....	132
Lista de referencias.....	139

Ilustraciones

Fotografías

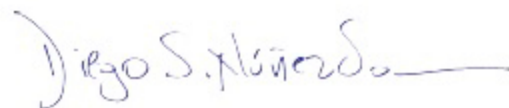
Secuencia de fotogramas 1.....	61
Secuencia de fotogramas 2.....	62
Secuencia de fotogramas 3.....	63
Secuencia de fotogramas 4.....	64
Fotograma 1.....	78
Fotograma 2.....	83
Fotograma 3.....	86
Fotograma 4.....	92
Fotograma 5.....	94
Fotograma 6.....	96
Fotograma 7.....	100
Fotograma 8.....	103
Fotograma 9.....	106
Fotograma 10.....	107
Fotograma 11.....	108
Fotograma 12.....	111
Fotograma 13.....	130
Fotograma 14.....	130

Declaración de cesión de derechos de publicación de tesis

Yo, Diego Sebastián Núñez Solano, autor de la tesis titulada “Trayectorias laborales de dos mujeres en el espacio público: Sentidos y disputas en la ocupación de una caseta municipal en el centro-norte de Quito” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de Maestría en Antropología Visual concedido por la Facultad de Ciencias Sociales, FLACSO - Ecuador.

Cedo a FLACSO - Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY - NC- ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener beneficio económico.

Quito, marzo de 2022



Diego Sebastián Núñez Solano

Resumen

Esta investigación recoge la experiencia de trabajo en el espacio público a lo largo de la vida de dos mujeres de mediana edad que en la actualidad ocupan formalmente una caseta municipal para desarrollar sus negocios en dos importantes avenidas del centro-norte de la ciudad de Quito. La experiencia de estas mujeres se explora a través de sus trayectorias laborales, desde la observación participante y los medios audiovisuales.

Aquí se indaga sobre cómo ocurren las disputas para obtener y mantener la ocupación de un equipamiento municipal y cómo esto evidencia las reglas sociales y espaciales con las que se significa y desarrolla el trabajo en el espacio público. También cómo estas mujeres asignan significados a su lugar de trabajo y su trabajo a propósito de su devenir laboral en el espacio público y la posesión de su caseta. Como la investigación etnográfica se hizo con mujeres tangencialmente se tocan temas de género.

Este estudio antropológico pretende mostrar matices sobre el trabajo en el espacio público en la ciudad de Quito, asunto que desde el discurso mayoritario y el sentido común se entiende principalmente como una problemática social y urbana. Los relatos de Doña Alegría y Doña Matilde muestran cómo se pueden encontrar oportunidades en el espacio público para desarrollar una vida laboral y gestionar negocios de pequeña escala.

Introducción

Esta tesis me la encontré caminando, como un transeúnte curioso que se hace preguntas sobre su ciudad mientras la recorre. Entre mediados del 2017 y 2018, iba a una biblioteca cercana a mi lugar de residencia, al menos cuatro días a la semana, para elaborar mi aplicación a la maestría de Antropología Visual de Flacso. De ida o de vuelta, compraba alguna golosina en una caseta, de esas dispuestas por el municipio, que está justo frente a una de las entradas de la Escuela Politécnica Nacional. Siempre me atendió una mujer joven de rostro duro.

Con el paso del tiempo, la vendedora empezó a reconocermé y yo a ella, el saludo distante se volvió cordial. En alguna ocasión hasta me atreví a gastarle una broma que recibió bien y suavizó su rostro. No recuerdo cuánto tiempo pasó desde ese evento, hasta que un día, tras mi rutinaria compra, saltaron, sin más, varias preguntas en mi cabeza: ¿Cómo es trabajar en una de esas casetas municipales? ¿Cómo llegó esta chica a trabajar ahí? ¿Cómo se siente estar dentro de la pequeña caseta todo el día, todos los días, viendo pasar por el marco de la ventana de atención a cientos o miles de estudiantes de la ‘Poli’? ¿Desde dónde vendrá para vender golosinas, snacks y cigarrillos en el sector de mayor concentración de universidades en Quito? Estas preguntas espontáneas son el punto de partida de esta investigación antropológica.

Aquí recojo la experiencia de dos mujeres de mediana edad, Doña Alegría y Doña Matilde, que han desarrollado sus trayectorias laborales en el espacio público bajo distintas modalidades hasta ocupar formalmente una caseta municipal como su lugar de trabajo. Dicha experiencia abarca las razones por las que decidieron empezar a trabajar en el espacio público, la obtención de su caseta y cómo gestionan su posesión con el Municipio de Quito, los significados que le asignan a su lugar de trabajo y su actividad laboral, y cómo el espacio público ha sido favorable o desfavorable para desarrollar una actividad productiva. A través de su experiencia también se observa el “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008) de Quito, en particular las dinámicas urbanas del centro-norte de la ciudad donde se ubican.

En la primera sección del capítulo uno reviso cómo se elabora el discurso de la administración municipal y el discurso común sobre el trabajo en el espacio público en la ciudad de Quito a través de notas de prensa. Este tema ocupa un lugar en el debate público como una de las problemáticas urbanas más evidentes. A simple vista y desde el sentido

común, se observa quienes trabajan en calles, veredas, semáforos, plazas o parques como un grupo social que atenta contra la imagen y el buen funcionamiento de la ciudad. Poco se considera que las clases menos favorecidas buscan medios de subsistencia mediante la oferta de productos y servicios en el espacio público frente a la falta de oferta laboral en el sector formal de la economía. Tampoco se diferencian matices entre las personas que ocupan formalmente el espacio público o aquellas que han construido una forma de vida trabajando en ‘la calle’. También hago una aproximación a la conformación de la metrópolis latinoamericana considerando que los fenómenos urbanos en América Latina tienen su origen en la modernidad y no solamente en la reciente globalización (Duhau y Ángela Giglia 2008). Para Quito en particular reviso el primer proyecto de modernidad de la ciudad de finales del siglo XIX e inicios del XX (Kingman 2006, 2019).

En la segunda sección del mismo capítulo el lector encontrará la aproximación teórica que se hace desde la geografía humana (Lindón 2009, 2012, 2015, 2017) anclada en la teoría social constructivista que tiene al sujeto como constructor de lo social y lo espacial. Para abordar Quito tomo a la Ciudad de México como un tipo ideal de la metrópolis latinoamericana siguiendo el modelo de “orden urbano” y “división social del espacio metropolitano” (Duhau y Ángela Giglia 2008). Las trayectorias laborales de Doña Alegría y Doña Matilde están marcadas por un componente espacial, entonces la ciudad y el espacio público son abordados como estructuras socio-culturales y espaciales.

En el capítulo dos hago un relato de mi experiencia etnográfica y una reflexión metodológica que tiene como búsqueda el encontrar maneras para construir una relación etnográfica con los interlocutores basada en la empatía (Pujadas, Comas d’Argemir y Roca i Girona. 2010) y la “relación significativa” (Muratorio 2005). Así como el propósito de acortar distancias de clase y género entre las interlocutoras y el etnógrafo a través de la autorreflexión y el uso de medios audiovisuales, siguiendo el “cinema transcultural” (MacDougall 2009), la antropología visual y la etnografía sensorial (Pink 2003, 2009). También explico cómo usé los recursos audiovisuales como registro durante la investigación etnográfica y como material de análisis durante la escritura de este trabajo (Ardèvol 1998). Esta investigación estuvo guiada por un ejercicio (auto)reflexivo constante en todas sus etapas.

En el capítulo cuatro primero presento una reflexión teórico-metodológica sobre la elaboración de trayectorias laborales a partir del método biográfico (Pujadas 1992, 2000) y el

concepto de “trayectoria laboral” (Guzmán y Mauro 2001, Lera et al 2007, Longo 2009, Labrunée 2010). La “trayectoria laboral” se aborda como una metodología que se enfoca en el sujeto y su agencia y desde ahí también se observa problemáticas de mayor escala y las estructuras socio-culturales. Luego están las trayectorias laborales de Doña Alegría y Doña Matilde y mis observaciones de campo de su situación hasta ese momento como *trabajadoras de la caseta*. Finalmente, el capítulo cinco es un ejercicio de cruzar los datos con las teorías revisadas para llegar a unas conjeturas etnográficas.

La elaboración de esta tesis se vio afectada por el brote de la pandemia de la Covid-19, lo que me obligó a abandonar el trabajo de campo el día lunes 16 de marzo del 2020. Justo antes de realizar la entrevista final a mi segunda interlocutora e iniciar el trabajo etnográfico con un tercer interlocutor. Con la crisis sanitaria asumí el cuidado de mis padres mayores de 65, que son población de riesgo frente al virus y mis rutinas se vieron fuertemente afectadas. Por esa razón el metraje que produje con el propósito de hacer un documental etnográfico lo he usado únicamente como material de análisis. Aunque Quito empezó a recuperar la normalidad para julio del 2020, decidí no retomar el trabajo de campo para no ser un posible vector de contagio para mis padres, dado que implicaba estar en contacto constante con las personas que transitan la ciudad o dentro del espacio reducido de la caseta.

Capítulo 1

El trabajo en el espacio público en Quito y otras ciudades de América Latina

1. Antecedentes

1.1 Un poco sobre Quito: la ubicación de esta investigación

Quito es la capital del Ecuador, está situada a 2.850 metros sobre el nivel del mar en la cordillera de los Andes, con una población de 2.239.191 habitantes (INEC 2010). Se compone de varios asentamientos, el principal está contenido en un valle, con forma parecida a una media tubería, a los pies del volcán Pichincha que ha condicionado la morfología de este asentamiento de la ciudad, largo y estrecho, con más o menos 80 km de largo y 5 km de ancho. Este valle da paso a otros dos, ubicados hacia al este, separados por el Ilaló, un pequeño volcán inactivo, hacia donde la ciudad también ha crecido en las últimas décadas.

El asentamiento principal se desarrolló desde la ciudad colonial hacia el sur y hacia el norte siguiendo el eje largo del valle. Esta lógica geográfica ha determinado también una división simbólica de la ciudad. A grandes rasgos, Quito se puede dividir en tres áreas: el Centro Histórico, el Sur y el Norte. En el imaginario el Sur está asociado con las clases populares y el Norte con el progreso, las clases medias, medias altas y altas, aunque en la realidad no sea tan así. El Centro Histórico tiene una connotación ambivalente, su núcleo es patrimonial y turístico,¹ poco habitado, una cápsula de la nostalgia para algunos quiteños, y al mismo tiempo se lo puede considerar peligroso, un lugar donde además de las tradiciones, las edificaciones coloniales y republicanas se agrupa el comercio informal y personas consideradas marginales.

A partir de esta lógica, las áreas inmediatas al Centro Histórico se las suele denominar como centro-norte y centro-sur de Quito. El espacio comprendido entre el centro-sur y el centro-norte, según el Plan Metropolitano de Ordenamiento Territorial 2012-2022, alberga la mayor cantidad de servicios, equipamientos y desplazamientos en la ciudad, en este documento se lo denomina “hipercentro”: “su delimitación estimada encierra el área que se extiende entre los ejes Tomás de Berlanga al Norte; Alonso de Angulo, al Sur, América, Universitaria y Mariscal Sucre, al Oeste; y, 6 de Diciembre, Gran Colombia, Maldonado, al Oriente; sin ser

¹ En 1978 Quito fue declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO por poseer uno de los centros históricos más grandes y mejor conservados en América Latina.

estricta, sino referencial”.² Sin embargo, cuando se usa “hipercentro” como categoría de búsqueda en la prensa, la búsqueda arroja notas con títulos como: “El hipercentro, una alternativa habitacional en Quito”, “En el hipercentro de Quito se concentran proyectos de altura” y se refieren a barrios del centro-norte de la ciudad, como Ñaquito o La Pradera, donde se puede observar un significativo crecimiento inmobiliario.³

En este contexto, el Quito cercano a mi vivencia cotidiana es donde se localiza mi investigación. Justamente, en el “hipercentro”, en dos puntos del centro-norte de la ciudad. El primero en el sector de Ñaquito, zona donde se ubica el parque de La Carolina -quizás el más emblemático de Quito actualmente- y alrededor de éste varios centros comerciales y un sin fin de instituciones públicas, privadas y financieras. El segundo, se sitúa en el límite sur del centro-norte, frente al parque de El Ejido, en el inicio del barrio de La Mariscal, zona rosa de la ciudad, donde también se pueden encontrar algunas instituciones públicas y privadas.

1.2 El contexto de esta investigación: Quito y el trabajo en el espacio público

El debate público sobre el trabajo en el espacio público en la ciudad de Quito se puede encontrar en los medios de comunicación. En el tratamiento que se da a este tema en las notas de prensa, en el uso del lenguaje, donde nada es neutral y las elecciones lingüísticas dan cuenta de posicionamientos frente al mundo social (Strauss y Feiz 2014), se puede rastrear cómo se elabora el discurso al respecto del trabajo y los trabajadores en el espacio público. En la siguiente transcripción textual de una nota de prensa conservo las negritas tal como aparecen en la publicación con el fin de observar los términos en lo que hace énfasis el medio de comunicación que cito.

Al circular por las principales **vías** de **Quito** es frecuente encontrarse con cientos de **vendedores**. Son cuadras con **puestos ambulantes** de zapatos, ropa, golosinas, **accesorios de celulares**. Hombres y mujeres ofertan **bebidas energizantes** o **frutas** junto a los **semáforos**. Según la **Agencia Metropolitana de Control** (AMC), con base en el último censo realizado en 32 **parroquias urbanas**, existen 9 606 comerciantes en la **actualidad**. De esa cantidad, el 70% cuenta con permisos para laborar y el resto son **autónomos** no regularizados.

² Plan Metropolitano de Ordenamiento Territorial 2012-2022 (Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda del Municipio de Quito 2012, 35).

³ Evelyn Jácome. “El hipercentro, una alternativa habitacional en Quito”. El Comercio, 3 de mayo de 2018; Ana María Carvajal y Gabriela Quiroz “En el hipercentro de Quito se concentran proyectos de altura”. El Comercio, 30 de marzo de 2019.

El ente **identificó 15 puntos sensibles de la capital en donde se desarrolla esa actividad**. Unos se ubican en el **Centro Histórico**, otros en el **hipercentro**, como el **parque La Carolina**, las **avenidas República de El Salvador, Naciones Unidas, Amazonas, 10 de Agosto** y el **sector de La Y**. También en el extremo norte, como **Carapungo** y **Calderón**. En el sur se encuentran en las **avenidas Morán Valverde, La Michelena, Maldonado**, entre otras.

‘Hay sectores complicados, donde se han tomado el espacio público’, dice Estefanía Grunauer, supervisora de la AMC. Acota que uno de los factores que ha influido en el incremento de la informalidad es la migración masiva. Sin embargo, la AMC no cuenta con una cifra exacta que detalle la cantidad de foráneos laborando como vendedores en el Distrito. No obstante, en la entidad se admitió que con base en los operativos realizados, cerca del 90% de los comerciantes foráneos es **venezolano**. (Diego Bravo. “El 30% de comerciantes es informal en Quito”. *El Comercio*, 28 de agosto de 2019).

El artículo inicia con una escena que resulta cotidiana para quienes vivimos en Quito. La presencia del comercio en el espacio urbano es parte de la vida diaria de la ciudad. Según la funcionaria de la Agencia Metropolitana de Control (AMC),⁴ solo el 30% de las personas que ocupaban en 2019 el espacio público para sus actividades productivas eran “informales” o trabajadores “autónomos no regularizados”, es decir, no tenían el debido permiso municipal para realizar sus actividades productivas en el espacio público. Ahora, para quienes vivimos en Quito esta distinción es imposible de hacer a simple vista, las calles, veredas, plazas y parques se observan “tomado(s)” -término que utiliza la funcionaria entrevistada- da igual si los trabajadores poseen o no permiso municipal. El autor del artículo, tampoco hace explícita esta diferencia, menciona a grandes rasgos el “incremento de la informalidad”, que además, atribuye a la llegada de migrantes, sin abordar otras posibles problemáticas que expliquen el fenómeno.

Los 15 lugares que en el artículo se mencionan como “sensibles” y la entonces máxima autoridad de la AMC califica de “complicados” se ubican, en su mayoría, dentro de lo que el Plan Metropolitano de Ordenamiento Territorial denomina como “hipercentro”. No obstante, en esta nota de prensa, al igual que en las que mencioné antes sobre el crecimiento inmobiliario, el término “hipercentro” se refiere, más bien, a Iñaquito. Quizás porque esta

⁴ La AMC es la dependencia encargada de controlar el trabajo en el espacio público, pero no solo de eso, también de La Licencia Metropolitana Única para el Ejercicio de Actividades Económicas - LUAE de bares, restaurantes y otros negocios.

zona del centro-norte de la ciudad encarna el imaginario de un Quito moderno y en crecimiento.

De acuerdo a la reglamentación municipal que norma el trabajo en el espacio público, la “Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito”, emitida en el año 2012 con No. 280,⁵ el trabajo autónomo es: “toda actividad comercial que consista en la compra o venta lícita de productos o artículos; en la prestación de servicios que se desarrollen en el espacio público; o, en la transportación pública”, “las trabajadoras y trabajadores autónomos son aquellas personas que realizan actividades de comercio y prestación de servicios de manera independiente, sin relación de dependencia de un tercero, en el espacio público autorizado”, y el *giro* es la “clase de productos, mercadería o naturaleza de la actividad comercial y de servicios”. Finalmente, los “trabajadoras y trabajadores autónomos fijos, son aquellos que se encuentran en espacios de uso público fijos, ubicados en una jurisdicción administrativa zonal delimitada con calle principal y secundaria”.⁶

Tal como se los usa en la ordenanza, los términos “trabajo autónomo” y “trabajador autónomo” dicen poco sobre el uso del espacio público como lugar de trabajo. Por sí mismos los términos se refieren al trabajo que se ejerce sin una relación de dependencia con un empleador y en esa medida podrían cobijar a trabajadores liberales, freelance o artesanos. Dado que esta investigación indaga sobre trabajadoras que usan de manera formal el espacio público para sus actividades productivas, en concreto mujeres que hacen posesión de una caseta municipal, a lo largo de esta investigación usaré el término *trabajadores del espacio público*, para referirme a lo que la ordenanza No 280 denomina “trabajador autónomo”. Con esta misma lógica, si bien las mujeres con las que trabajé entran dentro de la categoría “trabajadoras y trabajadores autónomos fijos”, este término abarca no solamente a personas que usen un mobiliario o una caseta para su trabajo, de tal manera que, en este caso usaré el término *trabajador de la caseta*.

⁵ Durante la recopilación de documentos pude encontrar en el archivo público en línea del Municipio de Quito el siguiente documento: “Ordenanza que Establece el Marco Jurídico que Permita Regular, Controlar y Dignificar el Trabajo Autónomo en el Espacio Público del Distrito Metropolitano de Quito, Sustitutiva de la Ordenanza 280”, sin embargo, es solo un proyecto fechado a 2016 que no ha entrado en vigencia.

⁶ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 4).

Cualquier persona que realice su trabajo en una calle, parque o plaza puede acceder al permiso municipal o debería hacerlo. La ordenanza obliga a los *trabajadores del espacio público* a “solicitar y renovar cada año el permiso metropolitano, cuyo trámite deberá iniciarse con al menos 60 días de anticipación a la fecha de caducidad; exhibir el original del permiso metropolitano actualizado y presentarlo cuando sea requerido por la autoridad metropolitana competente; ejercer personalmente las actividades comerciales autorizadas; respetar el espacio o área asignada; desocupar el espacio público en el caso de que no se haya renovado el permiso; limitar su actividad a lo que esté expresamente autorizado en el permiso”,⁷ es decir el giro asignado al trabajador. Cabe señalar que la ordenanza no hace una distinción clara entre quienes trabajan con o sin permiso en el espacio público, así como con los otros tipo de trabajadores que revisé antes, se refiere escasamente a “trabajadoras y trabajadores autónomos que estén regularizados” y a “trabajo autónomo regularizado”.⁸

Entonces, haciendo una inferencia desde lo no dicho por la ordenanza, alguien que realiza su actividad productiva en el espacio público sin el debido permiso municipal es un trabajador no regularizado. Mientras, en el artículo de prensa que cité arriba una persona que no posee el permiso para trabajar en el espacio público es calificado de “informal”, solamente considerando la legalidad o no del uso del espacio público para el trabajo. Como ya mencioné antes, a simple vista no se puede diferenciar a quien ocupa el espacio público de forma legal o no, tampoco si las actividades productivas que se observan pertenecen al sector formal o informal de la economía. La presencia de trabajadores en el espacio público resulta simplemente “complicada” o “sensible” y el espacio público se observa “tomado” por estas personas. El debate público y el sentido común sobre el trabajo en el espacio público se alimentan de una mirada superficial que generaliza desde la dicotomía formal-informal. No se toman en cuenta la normativa municipal, otros matices, o se consideran las oportunidades laborales dentro del sector formal de la economía que la ciudad de Quito puede ofrecer a quienes trabajan en el espacio público.

En general, la ordenanza No 280 busca “garantizar el comercio y la prestación de servicios sostenibles” observando principios como: equidad, justicia, solidaridad, cooperación,

⁷ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 7-8).

⁸ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 7).

responsabilidad social y ambiental, salubridad, progreso y respeto al espacio público. Tiene por objetivo el “desarrollo integral” de los trabajadores del espacio público, a través de otorgarles derechos con el fin de mejorar su situación laboral.⁹

De tal manera, cuando un trabajador del espacio público ha obtenido su permiso, el municipio le debe proporcionar y garantizar:

[El] trabajo autónomo, el acceso a los planes y proyectos que lleve a cabo el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, en lo concerniente a la formación, capacitación, educación, salud, seguridad social y vivienda, entre otros; a participar en los órganos consultivos metropolitanos del comercio popular y de participación ciudadana y control social; a participar en la construcción y ejecución de modelos de asociación y de gestión; al acceso a créditos, de acuerdo con las condiciones determinadas por las instituciones respectivas y las promovidas por la Municipalidad.¹⁰

Cabe aclarar que la capacitación también es una obligación, los trabajadores del espacio público que deseen obtener un permiso deben presentar el “certificado de capacitación en el curso de la Agencia de Coordinación Distrital de Comercio”.¹¹

La ordenanza No 280 hace hincapié en el uso debido y el respeto del espacio público, en tal sentido, otorga atribuciones de control al Municipio sobre las obligaciones de los trabajadores regularizados y no regularizados. El permiso es el principal mecanismo de control y los agentes metropolitanos pueden solicitarlo a discreción. Además, tienen la atribución de libre acceso a los sitios utilizados donde se dan las actividades productivas para inspeccionarlos,¹² y a asegurarse de que quien realice una actividad en el espacio público sea la misma persona

⁹ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 5).

¹⁰ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 7).

¹¹ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 20).

¹² Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 24).

quien se otorgó el permiso y no otra.¹³

Además, la ordenanza garantiza al Municipio el:

Tener libre acceso a información derivada de las actividades comerciales y de servicios realizadas por las trabajadoras y trabajadores autónomos, de conformidad con los mecanismos y procedimientos que se contemplen en la respectiva normativa de ejecución, para su control y el aprovechamiento del espacio de uso público, que contribuya al fortalecimiento de la economía popular y solidaria.¹⁴

Un par de notas de prensa¹⁵ informan sobre la campaña de la AMC “Rompe el Círculo”, del alcalde Mauricio Rodas, hecha poco antes de concluir su gestión en 2019. Esta buscaba combatir el comercio “informal” y concientizar a los ciudadanos que comprar en la calle incentiva este fenómeno “problemático”. Los artículos hacen énfasis que la campaña tiene una estrategia “lúdica, graciosa y no violenta”, pero no describen o elaboran sobre la problemática del trabajo en el espacio público. Según un funcionario de la AMC, esta dependencia pretende “prevenir antes que multar”, por eso, “para construir una ciudad más ordenada” la estrategia es la socialización de la ordenanza. Aunque, no se especifica que ordenanza o qué contiene el mencionado cuerpo legal.

Con la llegada a la alcaldía de Jorge Yunda, en mayo del 2019, el tema del comercio informal tomó mayor relevancia en el debate público desde la agenda municipal. En ese tiempo Yunda afirmaba: “las ventas informales son un problema social profundo”, “Quito es la ciudad del índice más alto en desempleo y subempleo. Es un tema que lo hemos venido heredando”, “la capital está sufriendo una tragedia migratoria, sin embargo, esta situación no será un pretexto para invadir las calles con ventas ambulantes por ello se hará respetar el espacio público con la ley en la mano”.¹⁶

¹³ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 19).

¹⁴ Ordenanza Metropolitana para el Desarrollo Integral y Regularización de las Actividades de Comercio y Prestación de Servicios de las Trabajadoras y Trabajadores Autónomos del Distrito Metropolitano de Quito (2012, 6).

¹⁵ “‘Rompe el Círculo’, una campaña para concienciar sobre el comercio informal en Quito”. *Gestión Digital*, 14 de diciembre de 2018; “‘Rompe el Círculo’, la campaña de Quito contra el comercio informal, *LA.Network*, 17 de febrero de 2019.

¹⁶ “Jorge Yunda: ‘Quito es la ciudad del índice más alto en desempleo, subempleo’ #SÍ,PERO”, *Ecuador Chequea*, febrero 2021.

La ordenanza No 280 busca el “desarrollo integral” de los “trabajadores autónomos”, sin embargo, en el actual discurso oficial se presenta al trabajo en calles, plazas, parques o semáforos como un “irrespeto hacia el espacio público” y se hace énfasis en mecanismos represivos para ‘solucionar el problema’ como: operativos de control, desalojos y confiscación de mercancías. En la cuenta oficial de twitter de la AMC, se despliegan uno tras otro los registros fotográficos de los operativos de control hacia los “trabajadores autónomos”.

Los medios de comunicación hacen eco de este discurso oficial, y lo legitiman al señalar que las denuncias por actitudes agresivas de los trabajadores del espacio público hacia los transeúntes han disminuido. Citan brevemente a alguna autoridad de control que afirma que también se quiere “ayudar a que estos vendedores alcancen la formalidad y cumplan con los controles y normas respectivas”.¹⁷

En las cuentas de redes sociales del municipio y sus dependencias, así como en la prensa es difícil encontrar la promoción y el reporte de proyectos dirigidos hacia el “desarrollo integral” de los trabajadores del espacio público, es decir, hacia mejorar las condiciones en que realizan su actividad. Únicamente aparece el proyecto “KiosQuito”,¹⁸ lanzado hacia mediados del 2019 por las secretarías de Inclusión Social, de Territorio y de Seguridad, las agencias metropolitanas Distrital de Comercio y de Control, en coordinación con el despacho del alcalde Jorge Yunda.

KiosQuito ofertaba 1000 casetas para trabajadores que realizaban su actividad en el espacio público sin un equipamiento, de las cuales 800 eran casetas que para ese entonces estaban abandonadas en la ciudad y solo se proyectaba construir 200 nuevas. “El plan [era] darles nueva vida y atraer a los turistas con una oferta temática, según la tradición de cada sector. Además, se busca[ba] mejorar la seguridad en sus alrededores y así conseguir que la gente acuda a hacer sus compras a precios justos”.¹⁹ Si bien el proyecto ofertaba mil equipamientos, un censo del año 2018 detectó “alrededor de 9000 comerciantes informales, pero [era] una población flotante que no trabaja en un punto fijo y que varía[ba] por la migración”.²⁰ Sin embargo, en la misma nota de prensa se entrevista a una trabajadora de la caseta quien afirmaba que su negocio, ubicado en la avenida Patria, ha decaído debido a la reubicación de

¹⁷ “Patrullajes continuos combaten el comercio informal en Quito”. *NotiMundo*, 28 junio, 2019.

¹⁸ Ana María Carvajal. “KiosQuito, un plan para formalizar las ventas”. *El Comercio*, 15 de julio de 2019.

¹⁹ Ana María Carvajal. “KiosQuito, un plan para formalizar las ventas”. *El Comercio*, 15 de julio de 2019.

²⁰ Ana María Carvajal. “KiosQuito, un plan para formalizar las ventas”. *El Comercio*, 15 de julio de 2019.

las paradas de bus. Así mismo, un representante de la Federación de Comerciantes Minoristas y de los Mercados de Pichincha manifestaba la preocupación de quienes se inscriban para acceder a un Kiosquito sean comerciantes “informales”, es decir personas que trabajan en el espacio público sin permiso municipal.

El video promocional de Kiosquito está colgado en la cuenta oficial de Youtube del Municipio de Quito <https://youtu.be/ConRwVIIoUo>.²¹ No se puede encontrar nada más que el proyecto. Dado el brote del Covid-19 en Ecuador, para Marzo del 2020, sería entendible que Kiosquito se haya pospuesto, para priorizar la respuesta a la crisis sanitaria, sin embargo, no hay registros de su implementación, incluso, antes de la pandemia.

1.3. El origen del contexto: Quito entre finales del siglo XIX e inicios del XX

Para entender el contexto de esta investigación y por qué, desde el sentido común, se concibe al trabajo en el espacio público como problemático, y se pretende encontrar soluciones principalmente desde medidas represivas, es decir, que buscan retirar a los trabajadores sin ofrecerles otras alternativas de trabajo con el fin de tener un espacio público “limpio y ordenado”, es necesario hacer una revisión histórica del primer proyecto de modernidad en la ciudad de Quito, éste se ubica temporalmente entre finales del siglo XIX e inicios del XX. Me anclo en el siguiente argumento:

Si bien de ningún modo pretendemos ignorar que hacia los años setenta del siglo pasado comienza a perfilarse nuevos fenómenos de alcance planetario, estamos convencidos de que lo que sucede actualmente en la(s) metrópoli(s), sólo se puede entender si colocamos sus raíces en la ciudad moderna. Dicho de otro modo, pretender que en metrópolis de muchos millones de habitantes todo ha cambiado durante los últimos veinte o treinta años, nos parece francamente inadecuado. En una metrópoli como la mexicana y como muchas otras en América Latina y otras latitudes, la pobreza, la segregación, la fragmentación, e incluso la violencia y, por supuesto, el desorden, no son únicamente un producto de la globalización. Detrás de estos fenómenos se sitúan procesos de muy larga duración (Duhau y Giglia 2008, 16).

Con el fin de que Quito fuese una ciudad a la manera de las ciudades modernas europeas, el proyecto modernizador de las élites blanco-mestizas, siguió ideas y patrones como el ornato y

²¹ Este video también se colgó en las cuentas de redes sociales del Municipio y las dependencias encargadas del proyecto.

el higienismo que determinó “las formas de percibir al Otro y de relacionarse con él” (Kingman 2006, 340) desde cuestiones de raza y clase. Los indígenas y clases populares no eran compatibles con dicho proyecto modernizador de tintes europeos, su presencia y actividades fueron el foco del control policial. En términos urbanos esto se reflejó en una disputa por el espacio público, lugar donde los comerciantes populares realizaban sus actividades de subsistencia, y la población indígena cumplía labores de mantenimiento y limpieza de la ciudad, “los trajines callejeros” (Kingman 2019). Dentro de este escenario y relaciones de poder, de acuerdo a Eduardo Kingman (2006), las clases populares y la población indígena produjo y reprodujo sus formas culturales a través del “barroco andino”, es decir, un ethos y un habitus basado en un juego de máscaras e imposturas que les permitía cierta capacidad de agencia en las fisuras del sistema dominante. El primer proyecto de modernidad de Quito habría producido “un acumulado histórico que había conducido a la separación de la cultura de élite, concebida como cultura moderna, de la cultura popular, mestiza e indígena, percibida como arcaica” (Kingman 2019, 288).

Kingman afirma que:

Hacia mediados del siglo XX, Quito era una ciudad poco industrializada, aunque no por eso menos industrial, estrechamente relacionada con la economía agraria y atravesada ella misma por el campo. Su dinámica estaba dada por el comercio de bienes agrícolas y manufacturados, un incipiente sistema bancario y los aparatos del estado. Aunque para muchos seguía siendo una ‘ciudad conventual’, en realidad estaba cambiando: no solo había aumentado la población, sino que se estaban formando nuevas capas sociales [...] se estaban constituyendo sectores populares y medios propiamente urbanos (artesanos del calzado, metalmecánicos, costureras, transportistas, obreros fabriles y manufactureros, pequeños y medianos comerciantes) con sus propios barrios. Se trata de un proceso complejo de formación de nuevas identidades en condiciones en las cuales las antiguas aún eran dominantes (2019, 287).

En ese contexto, ya entrado el siglo XX:

Desde la vida popular, se había abierto la posibilidad de construir una cierta autonomía dentro de lo que podríamos llamar la política de la vida cotidiana. [...] [Donde] para los sectores populares, indígenas y mestizos [...] la ciudad pasaba a ser percibida como un espacio de

oportunidades, incluso bajo condiciones de marginación en los centros históricos y en las barriadas (Kingman 2019, 288-289).

Si bien esta investigación no tiene como objetivo indagar sobre temas de clase y raza, considero que las relaciones de poder que han marcado la disputa por el espacio público en Quito tienen su origen en aquel primer proyecto modernizador. En el presente, siguen vigentes y condicionan el contexto de esta investigación. Entre la década de los noventa del siglo pasado y los primeros años de la segunda década del presente siglo, Blanca Muratorio (2014) retoma los hallazgos de Kingman (2006) y a través de las historias de vida de las “cajoneras de los portales”²² demuestra cómo “los intereses de clase que sustentan este [...] discurso entre lo ‘culto’ hegemónico y lo popular, no han cambiado significativamente [...] en lo que va del Siglo XXI” (Muratorio 2014, 124) con respecto a la ocupación del espacio público para las actividades productivas por parte de las clases menos favorecidas.

1.4. Abriendo el espectro: el trabajo en el espacio público visto desde algunas ciudades latinoamericanas

Según Duhau y Giglia, el proceso de la modernidad de las ciudades latinoamericanas está vinculado al modelo de desarrollo económico basado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) que se implementó en América Latina hacia la década de los setentas (2008). Si bien el Ecuador fue parte de este proceso, no se podría decir que el país en general o la ciudad de Quito en particular llegaron a industrializarse significativamente (Merizalde 2018). Sin embargo, durante este periodo “por regla general las capitales y sus áreas metropolitanas, funcionaban como los principales centros de atracción de masivas migraciones internas, lo que dio lugar a que experimentaran tasas de crecimiento demográfico sumamente elevadas” (Duhau y Giglia 2008, 75). Entonces:

El desfase entre el empleo generado por el sector moderno de la economía [...] y la afluencia de migrantes internos, dio origen a una clase trabajadora informal y por consiguiente desprotegida en términos de derechos laborales y sociales, empleada o autoempleada en una gran diversidad de actividades industriales, de comercio y servicios que se desarrollaron paralelamente al sector moderno de la economía (Duhau y Giglia 2008, 74).

²² Las cajoneras de los portales comercializaban productos de consumo popular ocupando la plaza de Santo Domingo, en el Centro Histórico de Quito, desde finales del siglo XIX hasta los primeros años del presente siglo. Estas mujeres toman su nombre de los cajones donde exponían sus productos.

Para ubicar y describir la “clase trabajadora informal”, Emilio Duhau y Ángela Giglia usan un término que alude al “espacio social”, “mundo popular”:

En la Ciudad de México y en otras grandes metrópolis de América Latina [...] las clases medias junto con las élites suman cuando mucho la cuarta parte de la población total. Las mayorías [que] se componen tanto de obreros (sigue siendo una metrópolis industrial) y trabajadores en el comercio y los servicios “formales” o legalmente establecidos, como por un ejército de prestadores de servicios personales, vendedores ambulantes, trabajadores domésticos, albañiles, trabajadores en servicios de vigilancia, porteros, choferes, guardaespaldas, indígenas que sobreviven mediante el microcomercio y la mendicidad. Se trata de un *mundo popular* que, espacialmente, se localiza tanto entremezclado con las clases medias, como segregado en vastas áreas socialmente homogéneas. Es un universo de trabajadores que se reproduce en parte a través de las fuentes de trabajo formales proporcionadas por el Estado, las empresas y los ‘nodos’ globales, pero también, y cada día más, mediante la autogeneración de sus medios de vida, como es evidente en la proliferación de comercio callejero, de los taxis y en general de servicio personales prestados informalmente (Duhau y Giglia 2008, 14).

En este contexto económico de desfase entre la oferta y la demanda de trabajo dentro del sector formal de la economía, una parte de “la clase trabajadora informal” subsiste y (re)produce sus formas de vida en el espacio público, gracias al “comercio callejero” de bienes y servicios.

Ni los poderosos actores globales, ni las empresas formales en general, ni el gobierno, logran controlar de manera efectiva este mundo popular. Lo que significa que el espacio urbano, y en particular los espacios públicos, donde se desarrollan prácticas sociales simultáneas contiguas, son espacios disputados, y en muchas ocasiones apropiados exitosamente por grupos populares (Duhau y Giglia 2008, 14).

Actualmente en Quito es evidente la efectividad de los “grupos populares” para ocupar el espacio urbano con el fin de realizar actividades de subsistencia. Su presencia es prueba de que las políticas y planes municipales de control no alcanzan para reprimir el fenómeno, sobre todo, a mejorar las condiciones de los “trabajadores autónomos” y formalizarlos, como pretende la ordenanza No 280. Es decir, que los trabajadores usen el espacio público con permisos municipales, que accedan a capacitaciones o mejoren sus niveles de educación, que

tengan acceso a préstamos, etc, que en algún momento puedan llegar a tener un trabajo dentro del sector formal de la economía. Ni en el debate público y tampoco en el discurso oficial parece tomarse en cuenta el problema estructural del desfase entre la oferta y la demanda de empleo en la ciudad para entender el fenómeno. Desde el sentido común se siguen reproduciendo patrones culturales en los que se entiende a quien trabaja en el espacio público como a un ‘otro’, calificado de “informal” que atenta contra el ornato, la imagen y la seguridad de la ciudad.

Duhau y Giglia afirman que:

Buena parte de los conflictos por el espacio surgen del enfrentamiento entre lecturas distintas acerca de los derechos sobre éste, mientras que la ausencia de conflictos refleja la existencia de acuerdos, no siempre formales sino tácitos, sobre sus usos posibles. [...] Esta confrontación puede resultar exacerbada por la ausencia de un referente común que funcione como árbitro legítimo, reconocido por la mayoría de los habitantes. Ese referente común ausente, remite a dos tipos de carencias. Por una parte la de un conjunto de reglas explícitas y aceptadas por la mayoría, es decir lo podríamos denominar como un orden reglamentario urbano. Y por otra, la de una autoridad capaz de aplicar dicho orden (2008, 16).

El trabajo de Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008) tiene como objeto de estudio a la Ciudad de México, pero me ha sido posible aplicarlo al contexto de la ciudad de Quito y quizás sea posible hacer lo mismo con otras ciudades latinoamericanas, en la medida que éstas comparten procesos de conformación análogos y, por tanto, presentan fenómenos urbanos similares. En la literatura sobre las urbes latinoamericanas el trabajo en el espacio público y los trabajadores en el espacio público son un tema recurrente de distintas disciplinas de investigación social, ya sea que aborden este tema en sí mismo o temáticas específicas que están dentro o derivan de este fenómeno.

Dentro del contexto de ciudades de la sierra ecuatoriana, el comercio callejero resulta una alternativa de subsistencia frente a los problemas económicos estructurales como el desempleo (Sánchez 1996, Naranjo 2000, Salazar 2015, Gamboa et al. 2016). Lo mismo ocurre con trabajadores precarios en la ciudad de México que subsisten de las propinas que obtienen por brindar servicios menores en gasolineras. Lo interesante es que muchos trabajadores encuentran ventajas en este tipo de trabajo en “condiciones hiperflexibles” que

van desde bienestar económico, a veces superior al que obtienen en trabajos formales, hasta independencia para manejar tiempo y combinar el trabajo con otras actividades, que en el caso de las mujeres suelen ser de cuidado, sin embargo, los “contextos socio-espaciales”, lugar de residencia y redes de apoyo de cada trabajador, determinan la calidad del trabajo y los ingresos (Giglia 2016). Justamente, estas investigaciones corroboran cómo en las ciudades latinoamericanas el desfase entre la oferta y la demanda laboral del sector formal de la economía desemboca en fenómenos urbanos como el comercio callejero, y la conformación de una “clase trabajadora informal” o un “mundo popular” propiamente urbano.

La disputa por el espacio urbano entre la administración municipal y “el mundo popular” en algunas ciudades de América Latina ocurre dentro del contexto de áreas patrimoniales y proyectos de preservación o regeneración de las mismas. En este marco, los trabajadores del espacio público o habitantes de clases menos favorecidas resultan un ‘otro’ incompatible con los intereses de dichos planes que priorizan la memoria oficial y las agendas turísticas. En el Centro Histórico de Quito se puede observar la disputa por el espacio público como lugar de comercio y de la memoria, en el caso del desalojo y reubicación de los comerciantes que ocupaban el sector conocido como “La Ipiales” a inicios de la década del 2000 (Monsalve 2007). El caso de la calle “La Ronda” es similar, pero la disputa fue por un barrio que desde el discurso oficial y ciudadano se estigmatizó como peligroso y tomado por personas marginales. Si bien la regeneración apuntaba, al menos en proyecto, a constituir “La Ronda” como una calle habitacional, en la práctica ésta se transformó en un lugar turístico tras el desalojo de los moradores del barrio, de los cuales muchos eran familias enteras de clases populares que no tenían nada que ver con actividades “peligrosas” (Durán 2015).

Otra de las disputas por el espacio urbano es aquella por el acceso y ocupación de manera legal de puestos de trabajo. En esta juega un papel fundamental la capacidad de los trabajadores para asociarse que suele estar dada por la cohesión a propósito de un bien común. La asociación es un mecanismo de defensa frente a otros trabajadores que pugnan por el espacio y provee de capacidad para negociar con la administración municipal. Las asociaciones permiten mantener acuerdos dentro del marco legal con el municipio para garantizar buenas condiciones de trabajo, acceso a equipamientos y capacitación. Sin embargo, en determinados momentos la relación es clientelar, los trabajadores sirven a los intereses de los grupos políticos de turno en la administración municipal. Cuando se dan

acuerdos por fuera de la ley los trabajadores, al contrario del municipio, quedan en posición de desventaja para negociar y obtener beneficios (Jaramillo 2007, Vázquez et al. 2011). Estas investigaciones fueron hechas en la Ciudad de México, que como menciono antes, es el tipo ideal que tomo como referencia para el estudio de la ciudad de Quito por las similitudes en su conformación que serían el origen del fenómeno del trabajo en el espacio público.

En la ciudad de Quito, Julianna Montes de Oca (2018) estudia el caso de la “Asociación Coco y Sabor”, en su investigación demuestra que la agremiación entre trabajadores del espacio público no solo es una estrategia para disputar por el espacio urbano o negociar con la autoridad municipal. Para los miembros de esta asociación de afroecuatorianos, que vende coco y productos derivados del coco en las calles de Quito, el agruparse y auto-organizarse ha sido una reivindicación socio-política que abarca varios ámbitos: los modos de autorepresentarse como una minoría étnica a través de redes sociales, la reivindicación, formalización y profesionalización de su actividad. La asociación, más allá de la figura legal frente al estado, es una red de soporte y ayuda entre los miembros para hacer frente a la exclusión por parte de la sociedad y el mismo estado, y la vida como migrantes en la ciudad. En términos metodológicos, la investigadora explicita su lugar de enunciación y desde ahí realiza un trabajo etnográfico basado en la empatía para elaborar la historia de vida de algunos miembros de “Coco y Sabor”, la oralidad y los relatos biográficos son entendidos como una forma de visibilización y reivindicación de los sujetos (Montes de Oca 2018). En Medellín y Cúcuta, otros trabajos abordan este tema considerando la misma apropiación y ocupación del espacio público para las actividades productivas como una forma de reivindicación social (Jemio 2014, Ayala 2015).

Desde la sociología de lo cotidiano se critica a las investigaciones sobre la informalidad desde las teorías económicas, que la describen únicamente como un problema económico. En cambio, desde este marco teórico, que prioriza las prácticas y vivencias de los sujetos, es posible observar cómo a través de la apropiación del espacio público para el trabajo, en ciudades como Medellín o Bogotá, se constituyen formas de vida y subjetividades colectivas alrededor de intereses en común al grupo humano al que se pertenece. Como en otros trabajos que he revisado, se describe a la asociación como un medio para obtener seguridad y que garantiza el acceso al espacio público como lugar de trabajo. Además, se muestra cómo la presencia y la actividad de los vendedores informales configura el espacio público al ser ellos parte de la cotidianeidad de la ciudad (Galeano-Rojas y Beltrán-Camacho 2008).

Mencioné antes brevemente la investigación sobre las “cajoneras de los portales”, la retomo aquí pues muestra cómo el trabajo en el espacio público se construyen identidades. Las historias de vida de estas mujeres dan cuenta de cómo los rasgos culturales del primer proyecto de modernidad de Quito sigue impregnado en el sentido común y el discurso de la mayoría, al presente. “Las cajoneras” tomaron su nombre de los cajones que usaban para comerciar en el espacio público objetos de consumo popular, desde peinillas hasta unas muñecas de trapo que tenían fama de ser usadas en prácticas de brujería. Estas mercancías y la presencia de las cajoneras en el espacio público estaban asociadas a un mundo cultural popular alejado de los ideales estéticos de modernidad europea que se pretendía para Quito. Esto convirtió a estas mujeres en una otredad y su identidad se construyó a razón de su actividad y el lugar que ocupaban en la ciudad (Muratorio 2014).

En Quito, el tema del trabajo de las mujeres en el espacio público se investiga recientemente a razón de un ‘boom’ de venta de jugo de naranja en las calles, que ocurre entre 2016 y 2017 tras la crisis económica del Ecuador por la caída de los precios del petróleo. Este fenómeno fue masivo y resultó particularmente visible en la ciudad. La preocupación sobre la higiene del jugo de naranja que se comercializaba alcanzó niveles de debate público y suficiente sinergia social para que la administración municipal de aquel tiempo tome medidas de control. Entonces, se desalojó a los vendedores de jugo de naranja que trabajaban en las calles sin permiso. En esta coyuntura, con la economía de género como marco teórico y conceptos como la división sexual del trabajo se hace un análisis sobre la desigualdad en el trabajo en el espacio público entre hombres y mujeres. Dado que las mujeres deben asumir los trabajos de cuidado que se les impone desde los roles de género tradicionales, el trabajo en el espacio urbano resulta una alternativa laboral que garantiza cierta flexibilidad y hace posible combinar tanto el trabajo productivo como el reproductivo. En las trayectorias laborales de estas vendedoras de jugo de naranja es interesante notar cómo la vida familiar y de pareja juega un rol decisivo en su vida laboral (Jácome 2018).

El trabajo en el espacio público también es abordado desde la perspectiva del significado que pueden tener los objetos que se comercian “al paso”. En las calles de Quito se ofertan a conductores y transeúntes desde esferográficos y gafas para sol, hasta accesorios para celulares y dispositivos electrónicos. Estos artículos han reemplazado a los que tradicionalmente se ofertaban en el espacio público y eran considerados de comercio y

consumo popular. Este fenómeno sería el resultado del proceso de globalización cultural y económica del que el Ecuador ha sido parte desde mediados de la década del noventa del siglo XX (Fernández 2002). El espacio y los tiempos urbanos favorecen al ya mencionado comercio ‘al paso’ (Vinueza 2016). La formación de clientelas ambulantes está condicionada por los desplazamientos que ocurren en el espacio urbano donde vendedores y consumidores se encuentran. Los primeros satisfacen algunas necesidades de consumo de los segundos y esto resulta en una relación de interdependencia (Durán 2015).

A propósito de esta interdependencia entre quien oferta algo y quien consume en el espacio público, se producen fenómenos de sociabilidad y relaciones intersubjetivas en la ciudad. Este es el caso de los vendedores de café y sus clientes fijos en las ciudades colombianas de Neiva y Cartagena. Desde la psicología económica se muestra cómo la relación sostenida a largo plazo entre un vendedor y un comprador resulta en beneficio mutuo. Por su lado, el vendedor al conseguir la lealtad de un consumidor se asegura un cliente fijo que incluso rechaza ofertas mejores. El cliente, en cambio, ya no necesita conseguir siempre a un vendedor nuevo para obtener el producto y la calidad deseados (Botero, Herrera y Grey 2015).

Hasta aquí, dentro del marco del trabajo en el espacio público como un fenómeno de las ciudades latinoamericanas, he venido revisando algunos de los temas como el de los medios de subsistencia, las disputas por el espacio urbano, el asociacionismo, la construcción de subjetividades e identidades y la sociabilidad. A lo largo de la búsqueda y recopilación de estos trabajos fue difícil encontrar investigaciones que indaguen sobre la experiencia de ocupación formal de un equipamiento provisto por la administración municipal para las actividades productivas en el espacio público y la experiencia de trabajo a propósito de dicho equipamiento.

Los trabajos que toman como enfoque de investigación a los sujetos que trabajan en el espacio público, su vida cotidiana, prácticas e historias de vida, han sido referentes para la elaboración de este trabajo de investigación antropológica. Son relevantes en la medida que evidencian la agencia de dichos sujetos y a través de ésta a las estructuras socio-económicas que los sujetan y con las que tienen que negociar. Desde este posicionamiento es posible comprender al trabajo en el espacio público y al espacio mismo, como una actividad y lugar donde se construyen formas de vida, identidades y oportunidades laborales. En otras palabras,

observar con una mirada más aguda para encontrar matices en un fenómeno que desde el sentido común y la mirada superficial aparece solo como una problemática social y urbana.

2. Problema de investigación

En las ciudades latinoamericanas, trabajar en el espacio público conlleva una serie de disputas, aquellas por el espacio mismo, por la subsistencia, por (re)producir una forma de vida, una subjetividad/identidad individual o colectiva, también, por realizar un determinado trabajo en el espacio urbano, lo que incluso puede conllevar reivindicar dicha actividad productiva. El “mundo popular” negocia con el “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008). Este último tiene unas reglas escritas, la legislación urbana que se encarna en los controles y políticas de la administración municipal, y unas no escritas, que son las convenciones sobre el uso del espacio público que se elaboran en la dinámica misma del habitar la ciudad que, además, impregnan de significados socio-culturales al espacio urbano y las prácticas que ocurren en éste (Duhau y Giglia 2008).

Esta tesis parte de preguntarse cómo es trabajar en una caseta municipal en una vereda de Quito, de la incógnita por conocer y comprender la situación de un trabajador en el espacio público que no es visto como un “informal” que se ha “tomado” un semáforo o una plaza para ganarse la vida. Es decir, trata sobre el trabajo en el espacio público cuando la ocupación de este último es formal a través de la posesión de un equipamiento provisto por la administración municipal. Indaga sobre las disputas y negociaciones particulares de un trabajador de la caseta para ocupar su lugar de trabajo y desarrollar su actividad productiva. También, pretende dar luces sobre el sentido que elabora un ocupante de la caseta sobre su lugar de trabajo y su trabajo mismo, así como las oportunidades y dificultades que ha encontrado a propósito de su equipamiento y del trabajo en el espacio público. Dado que la investigación etnográfica se realizó con mujeres se abordan tangencialmente cuestiones de género. La aproximación a estos temas se hace desde la experiencia de los trabajadores, su agencia, primero, frente a la ciudad, entendida como una estructura espacial y socio-cultural, y, segundo, frente a su propia trayectoria laboral.

En ese sentido, el abordaje metodológico se enfoca en el sujeto, sus trayectorias laborales y prácticas cotidianas. Los recursos audiovisuales formaron parte de la investigación etnográfica y la escritura de este trabajo como registro y material de análisis, la (auto)reflexión sirve como herramienta para intentar salvar las distancias de clase y de género

entre las interlocutoras y el etnógrafo.

2.1. Preguntas de investigación

Pregunta principal

- ¿Cómo las acciones y disputas de los trabajadores de las casetas para obtener y mantener su lugar de trabajo produce significados sobre el trabajo en el espacio público en el centro-norte de la ciudad de Quito?

Preguntas secundarias

- ¿Cómo un trabajador de la caseta elabora sentidos sobre su lugar de trabajo tras una trayectoria laboral en el espacio público?

- ¿Cómo un trabajador de la caseta elabora sentidos sobre su trabajo a propósito del lugar que ocupa y su trayectoria laboral en el espacio público?

2.2. Objetivos

2.2.1 Objetivos generales

1. Analizar la experiencia de los trabajadores de la caseta en el espacio público de Quito a lo largo de su trayectoria laboral y en la actualidad.
2. Rastrear en el presente los patrones culturales del primer proyecto de modernidad de Quito al respecto del trabajo en el espacio público.
3. A través de las trayectorias laborales de los trabajadores de la caseta matizar y contrastar el discurso habitual sobre el trabajo en el espacio público en Quito.

2.2.2. Objetivos específicos

1. Elaborar trayectorias laborales de sujetos que trabajan en una caseta municipal para evidenciar su agencia individual y comprender cómo entienden su vida laboral y su lugar de trabajo.
2. Relatar detalladamente la jornada laboral de los trabajadores de las casetas y lo que ocurre en el espacio público inmediato a propósito del equipamiento que ocupan para su actividad productiva.
3. Describir y analizar cómo los trabajadores de la caseta gestionan la ocupación de su caseta y su negocio.
4. A través de la experiencia cotidiana de los trabajadores de la caseta indagar lo que ocurre en las zonas de la ciudad donde trabaja.

3. Marco teórico: sujetos habitantes y su trabajo en el espacio público de la metrópolis latinoamericana

3.1. La geografía humana

Para investigar las disputas de quienes trabajan en una caseta municipal desde la premisa que la ciudad es una estructura espacial y socio-cultural que los sujeta, pero sobre la que ellos también tienen una capacidad de agencia para transformarla y para aceptar o rechazar dicha sujeción, me resulta útil posicionarme teóricamente en la geografía humana anclada en las teorías sociales constructivistas. Primero “pensar la relación espacio/sociedad a la luz de temas claves como la reproducción social y el papel del sujeto en ese proceso” (Lindón 2009, 9) y, segundo, “pensar la ‘reproducción/producción’ en términos socioespaciales y no exclusivamente sociales” (Lindón 2009, 9).

Alicia Lindón define a la geografía humana de la siguiente manera:

Este tipo de enfoques, que buscan integrar lo material y lo no material, no pretenden ubicarse en puntos medios en el sentido literal de expresión, sino en una articulación de ambas dimensiones que genera una tercera dimensión. [...] Esta articulación no es ni la sumatoria de lo material y lo no material, ni lo intermedio entre ambos: el constructivismo geográfico busca la comprensión del espacio a partir de la experiencia espacial del sujeto que ocurre en su mundo de la vida cotidiana (2012, 599).

Los trabajadores de las casetas en tanto sujetos que habitan el espacio público, construyen a través de su actividad la experiencia cotidiana de quienes habitamos Quito, su presencia es uno de los elementos desde donde se elaboran los significados sociales de la ciudad. Además, desde la posición que ocupan y su trayectoria laboral, ellos elaboran sentidos propios sobre la ciudad, su lugar de trabajo y su actividad productiva. Desde la geografía humana se puede decir que:

Estos abordajes del espacio en términos de experiencia espacial y vivencia han ido abriendo el camino a las concepciones del ‘lugar como construcción social’ [...] aspiran a no dejar de lado la materialidad del espacio en aras de una concepción exclusivamente idealista o subjetivista, pero tampoco olvidan todo lo no material con lo cual los sujetos dan sentido al espacio materialmente dado, pues construirlo socialmente implica hacerlo materialmente, y también dotarlo de sentido y apropiarlo (Lindón 2012, 598-599).

Ahora, a qué me refiero con habitar. Alicia Lindón afirma que “nuestro actuar en el mundo hace y modela los lugares” (Lindón 2009, 9). Desde la geografía humana, habitar es la acción de los sujetos para transformar el espacio en lugar, hacerlo propio, cargar la materialidad de sentidos y significados sociales y subjetivos. Según De Certeau, en el lugar “imperla la ley de lo ‘propio’” (1996, 129), donde los elementos se disponen con un sentido para diferenciar el uno del otro.

Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008), que tienen como marco la teoría de Pierre Bourdieu, afirman que, “habitar la metrópoli alude al conjunto de prácticas y representaciones que hacen posible y articulan la presencia -más o menos estable, efímera, o móvil- de los sujetos en el espacio urbano y de allí su relación con otros sujetos” (Duhau y Giglia 2008, 24).

Heidegger, por su parte, propone que “aquellas construcciones que no son viviendas no dejan de estar determinadas a partir de habitar en la medida en que sirven al habitar de los hombres. Así pues, el habitar sería, en cada caso, el fin que persigue todo construir” (1951, 1).

Heidegger entiende el habitar desde la etimología del verbo construir en alemán, “*bauen* significa que el hombre es en la medida que habita, [...] significa al mismo tiempo abrigar y cuidar; así, cultivar (construir)” (1951, 2). El habitar, entonces, está en el núcleo mismo de la cultura. “El habitar es la manera en que los mortales son en la tierra” (Heidegger 1951, 2).

Entonces, habitamos en la ciudad en la medida en que somos en ella a través de las prácticas y las relaciones intersubjetivas con las que la construimos (cultivamos) material y simbólicamente. Los trabajadores de las casetas hacen lo mismo con el equipamiento donde trabajan y el espacio público, por lo tanto los habitan.

El concepto de sujeto en la geografía humana está vinculado al espacio, pero parte de la perspectiva constructivista de la ciencias sociales, donde los sujetos somos producto y productores de la sociedad y la cultura. Desde esta corriente se reconoce en igual medida la capacidad de agencia de los sujetos y las sujeciones de las estructuras socio-culturales en los que éstos se desenvuelven para entender los fenómenos sociales.

La sociedad es producida y/o reproducida constantemente por los sujetos. [...] El concepto de sujeto social reconoce un vínculo directo con la acción. La relación entre el sujeto y la acción

es tan fuerte que incluso se expresa en el concepto gramatical de sujeto: es quien ejecuta la acción o de quien se habla. [...] El sujeto social en esencia da cuenta de la capacidad para transformar su realidad. [...] Al mismo tiempo que iniciativa y capacidad transformadora, también conlleva una sujeción a un mundo social (Lindón 2009, 7).

Entonces, la geografía humana se presenta como un enfoque teórico bidireccional que observa los fenómenos socio-espaciales considerando a los sujetos como punto de partida y de llegada. Los sujetos son capaces de dar respuestas a la condición de sus existencias, de aceptar o no las reglas sociales y culturales que los sujetan y transformarlas, son capaces de transformar sus propias trayectorias vitales a pesar -o gracias- a esas condiciones objetivas que los sujetan. Justamente, es a través de los sujetos que se observan y comprenden dichas estructuras.

Siguiendo a Alicia Lindón, para la geografía humana el lugar es una construcción social, y para que el concepto de sujeto sea útil en el estudio del espacio, la ciudad y sus fenómenos, se transforma en “sujeto-habitante”, en tanto éste es “constructor de lo social y de lo urbano” (Lindón 2009, 7).

Las perspectivas del sujeto habitante, con su corporeidad y emocionalidad, resultan fecundas para comprender las ciudades porque lo urbano lleva consigo una dimensión espacial insoslayable, tanto en lo que respecta a formas espaciales (lo morfológico) como en cuanto a la espacialidad de la experiencia urbana, o la espacialidad del habitar la ciudad. La correspondencia de estos enfoques con la ciudad también encuentra otra razón de ser al considerar que la producción y reproducción de las ciudades es resultado de la obra constante de sus habitantes, tanto aquellos sujetos anónimos como los que devienen en agentes con poder como para influir en la gestión urbana misma (Lindón 2009, 11-12).

Desde lo revisado hasta aquí puedo hacer una primera diferenciación entre espacio y lugar. El primero es la materialidad espacial en sí misma, vacía, como una hoja en blanco. El segundo es esa misma materialidad espacial cargada de sentidos y uso a través del habitar de los sujetos, una hoja escrita, apropiada, donde se puede leer una historia social y subjetiva. La ciudad es construida por todos los “sujetos anónimos” que la habitamos, las casetas por quienes trabajan en ellas. En resumen, el “sujeto-habitante” es quien hace de los espacios lugares.

Lindón (2009) hace una subdivisión de la noción de sujeto-habitante para hacerla más dúctil en términos analíticos y habla de sujeto-cuerpo y de sujeto-sentimiento. La afectividad es la parte de la subjetividad que permite significar los espacios y el cuerpo la que permite la acción dentro y sobre éstos. Esta atención al cuerpo para estudiar la ciudad conduce a prestar atención a las prácticas de quienes la habitamos, “la acción, el comportamiento o las prácticas son expresiones evidentes del movimiento corporal. El ámbito del hacer constituye la forma por excelencia del movimiento que anima a la ciudad” (Lindón 2017, 111).

La geografía humana es donde me posiciono teóricamente para indagar acerca del trabajo regular en una caseta municipal en el espacio público en Quito. El enfoque de investigación está en la experiencia de estos trabajadores, la historia de la ocupación de este equipamiento desde cómo la obtuvieron hasta su situación actual, y al observar sus disputas por el lugar de trabajo, al mismo tiempo indago sobre la ciudad de Quito, y su “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008). Por lo tanto, considero y me aproximo al espacio urbano, a la ciudad, como una construcción social, una materialidad impregnada de sentidos que se puede narrar desde las historias de los sujetos que la habitan.

¿Desde donde intentaré hacer esta doble narración etnográfica de los sujetos y la ciudad? Pues desde las trayectorias laborales como un segmento del método biográfico (Pujadas 1992, 2000). Considero esta aproximación metodológica pertinente para poner el énfasis investigativo en el devenir de los sujetos habitantes en la ciudad vinculado a su actividad productiva y lugar de trabajo. Lindón afirma que “la observación del espacio y la búsqueda de su inteligibilidad articulando lo material y lo ideal, requiere una posición metodológica diferente a la usual” (2012, 599), por lo que las trayectorias laborales son solo una parte de la aproximación metodológica que iré completando a lo largo de este texto. Además, queda pendiente una reflexión elaborada sobre las trayectorias laborales y el método biográfico que el lector podrá encontrar en el capítulo tres, antes de las trayectorias mismas de mis interlocutoras.

A través del relato del devenir laboral de mis interlocutoras quiero poner en valor la agencia de los trabajadores de las casetas en la conformación simbólica de la ciudad, el espacio público y su equipamiento como lugares de trabajo. Sobre todo, como agentes de su propia regularización para el uso del espacio público para las actividades productivas y de la obtención de su caseta. Cabe aclarar que los trabajadores de las casetas no son los únicos

trabajadores del espacio público que lo usan de manera formal, pero a diferencia de quien trabaja en una vereda o un parque con permiso usando su propio equipamiento, la caseta municipal hace que desde la simple vista y el sentido común no se entienda a su actividad como una “toma del espacio público”, diferenciación que no ocurre con los primeros.

En resumen, propongo entender la producción y reproducción de la forma de vida de los trabajadores de las casetas como un fenómeno socio-espacial, vinculado a los valores simbólicos y significados culturales que se asignan al espacio público en la ciudad y su orden urbano.

3.2 Una aproximación conceptual a la metrópolis latinoamericana, a la ciudad en general y al espacio público

¿Desde donde entender la ciudad latinoamericana y, en particular, la ciudad de Quito? Propongo hacer una aproximación desde el trabajo de Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008) que mencioné ya antes. Estos autores estudian a la Ciudad de México desde el concepto de “tipo ideal” de Max Weber para categorizar los distintos espacios urbanos de los que se compone la metrópolis mexicana. Para esta investigación la Ciudad de México es el tipo ideal de la metrópolis latinoamericana y aplicaré el modelo teórico de Duhau y Giglia (2008) a Quito.

Duhau y Giglia (2008) explican la Ciudad de México a través de dos conceptos: la “división social del espacio metropolitano” y el “orden urbano”. Desde el primero, la metrópolis se entiende como un gran contenedor de partes o tipos espaciales. La primera tipificación separa los distintos tipos de ciudades contenidos en la metrópolis y luego está el espacio metropolitano. Los tipos de ciudad son los barrios, los lugares de residencia, que a su vez se tipifican de acuerdo a los fenómenos que ocurren en ellos, por ejemplo, barrios autoconstruidos o en proceso de disputa.²³ La tipificación de Duhau y Giglia sigue una lógica espacial, de usos y simbólica.

El “espacio metropolitano”, es decir, la metrópolis misma, son los espacios donde los habitantes de los distintos tipos de ciudades se encuentran, por ejemplo, zonas comerciales o

²³ Este tipo se refiere a barrios que enfrentan procesos de cambio en uso y/o sustitución de habitantes. Dejan de ser residenciales para dar paso a usos comerciales o recreativos, o la injerencia de intereses inmobiliarios expulsa a vecinos de cierta clase social para que lleguen otros de clases más acomodadas.

centros financieros (Duhau y Giglia 2008). Justamente, en el espacio metropolitano es que ocurre la “experiencia metropolitana”:

Con el término ‘experiencia metropolitana’ nos referimos tanto a las prácticas como las representaciones que hacen posible significarla y vivir la metrópoli por parte de sujetos diferentes que residen en diferentes tipos de espacio. El concepto de *experiencia* alude a las muchas circunstancias de la vida cotidiana en la metrópolis y a las diversas relaciones posibles entre los sujetos y los lugares urbanos, a la variedad de usos y significados del espacio por parte de diferentes habitantes (Duhau y Giglia 2008, 21).

Este encuentro de los habitantes de los distintos tipos de ciudad no se limita a las acciones o interacciones sociales de la vida práctica en el día a día de la urbe. El espacio metropolitano, en tanto lugar, es donde los habitantes metropolitanos otorgan valores simbólicos y elaboran los sentidos sociales sobre la ciudad. Me atrevo a decir que la metrópolis es la experiencia misma de interacción social, son las prácticas y su carácter inestable y cambiante las que configuran la ciudad espacial y socialmente.

El concepto de experiencia implica la vinculación entre, por un lado, los horizontes de saberes y valores -las visiones del mundo- y por el otro lado, la dimensión de las prácticas sociales, ancladas en contextos situacionales. La noción de experiencia puede considerarse como el lado dinámico de la cultura, o como una forma de ver la cultura urbana en su concreta actualización por parte de diferentes sujetos y sus múltiples maneras de vivir y de ser parte de la metrópoli. Al reflexionar acerca de la experiencia de la metrópoli, proponemos un enfoque que privilegia ‘los intercambios, las relaciones interindividuales, las interacciones; lo cual significa prioritariamente desprenderse de las visiones esencialistas, esto es, guardar una actitud crítica hacia categorizaciones étnico-culturales, en términos de identidad colectiva, de tradición, etcétera’ (Althabe y Sélím, 1998: 84). En suma hablar de experiencia urbana es para nosotros una manera de focalizar y delimitar las prácticas que hacen la metrópoli (Signorelli, 1999: 85), en lugar de definir una supuesta esencia cultural de lo urbano y luego, a partir de allí, escoger las prácticas urbanas pertinentes (Duhau y Giglia 2008, 21-22).

El concepto de orden urbano:

Indica el conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a algún nivel de orden jurídico) como convencionales, a los que los habitantes de la ciudad recurren, explícita o

tácitamente, en el desarrollo de las prácticas relacionadas con los usos y las formas de apropiación de los espacios y bienes públicos o de uso colectivo que, más allá de la vivienda, son los elementos constitutivos de la ciudad. Este orden está siendo afectado por transformaciones importantes tanto en el nivel formal (el del orden reglamentario) como en el plano general de los distintos órdenes urbanos que componen la metrópolis contemporánea (Duhau y Giglia 2008, 52).

El orden urbano considera tanto la legislación que rige la ciudad a través de la administración municipal, así como las reglas no escritas que se constituyen en el mismo habitar de los sujetos en la ciudad. Es decir, los usos del espacio urbano, las intensidades de esos usos y ocupación en las distintas zonas, eso que antes he mencionado como dinámica urbana. Además dentro de ese orden no escrito se puede considerar a los valores simbólicos y significados sociales que se le asignan a cada tipo de espacio urbano o determinada zona de la urbe y las prácticas o acciones que se realizan, también resultado del habitar de los sujetos en la ciudad. El concepto de “orden urbano” sirve para abordar las disputas por el espacio público que ocurren entre el “mundo popular”, la administración municipal y los otros sujetos que lo habitan.

Entonces, ¿cómo entender la ciudad y el espacio público? Lindón (2017) habla de la ciudad en términos de una secuencia de ritmos cotidianos, fugacidades, fragmentos espacio temporales y espacios escénicos. El espacio público es donde ocurre la “performatividad constructora del espacio urbano [...] [y] de las diferentes distancias sociales” (Lindón 2017, 116). Así mismo, Manuel Delgado (1999, 2002, 2007), desde el interaccionismo simbólico, sostiene que la antropología urbana es la antropología del espacio público y las situaciones que ocurren en éste. Estas interacciones son inestables, momentáneas, de escala intersubjetiva y de carácter dramático donde “los usuarios [del espacio público son los] productores de lo urbano” (Delgado 2002, 4). Por su parte Duhau y Gilgia afirman que:

Es casi imposible pensar la metrópoli sin partir de los espacios públicos. En primer lugar, porque son la ciudad. Hasta tal punto los son, que los cambios que observamos en ella son el resultado, primero y fundamentalmente, de los cambios experimentados por los espacios públicos. Su condición y características nos hablan de diversas cosas al mismo tiempo: la idea dominante de lo que es la ciudad; las reglas efectivamente vigentes para usarla y convivir en ella; la relación entre lo propio y lo que es de todos. En suma, los espacios públicos, su condición y sus usos, aluden a un orden, es decir a un conjunto de normas y reglas, no

siempre explícitas, que es necesario desentrañar si queremos entender qué pasa con la ciudad (Duhau y Giglia 2008, 13).

Partiendo de que “resulta [...] plausible como hipótesis de trabajo, admitir la extrema fragmentación de la experiencia y las prácticas urbanas en las grandes metrópolis” (Duhau y Giglia 2008, 13). El espacio público y lo que ocurre en éste condensan dicha fragmentación, y en esa medida para los fines de investigación *ciudad y espacio público* son categorías casi equivalentes. Para definir de manera más clara espacio público, recojo la siguiente interpretación que hace Alicia Lindón de la propuesta de Manuel Delgado:

En lo que atañe al espacio público, más que pensarlo en las perspectivas dicotómicas y muy discutidas de la oposición público/privado, se lo considera en la mirada de Manuel Delgado, vale decir en la tensión y porosidad de las fronteras móviles e inestables entre el ‘adentro y el afuera’, o entre la ciudad de las ‘implantaciones (o los enclaves)’ y la ‘ciudad de los desplazamientos’ (Delgado 2007 en Lindón 2015, 14).

Las casetas de mis interlocutoras, precisamente, se ubican en ese ‘afuera’ que es el espacio público, concretamente en el espacio metropolitano de Quito, la ciudad de los desplazamientos. Zonas de la ciudad que concentran actividades como el trabajo de oficina, el comercio formal, la recreación, actividades financieras y educativas. Lugares donde ocurre la experiencia metropolitana. Se podría entrar en el debate de si la caseta es o no una privatización del espacio público o directamente verla como un espacio privado, propongo alejarme de esas posturas que son poco relevantes para lo pretendo indagar en este trabajo. En todo caso, la caseta se puede entender como una frontera que separa el afuera de un interior, un envoltorio que conforma un “territorio del yo” (Goffman 1979) en medio del espacio público que es “reivindicado” (Goffman 1979) para el trabajo.

Además, la caseta es un lugar de permanencia y un nodo de encuentros intersubjetivos en medio del espacio público que es el de los desplazamientos. Los trabajadores de las casetas, como el resto de sujetos que pululan en el espacio público, aunque no se desplazan y están envueltos por una caseta, performan en el espacio público con el hacer y el actuar de su cuerpo sus prácticas que “siempre se tiñen de significados, emociones y afectividad”, como diría Alicia Lindón (2009, 12).

3.3. Herramientas para etnografiar “situaciones” en el espacio público:

intersubjetividad, corporeidad y sensorialidad

Desde el abordaje teórico que propongo para esta investigación, la ciudad está en permanente elaboración/construcción social y física como resultado del mismo habitar de los sujetos. Y el estudio de la ciudad se aborda desde el espacio público, la experiencia de sus habitantes, sus prácticas urbanas y las interacciones sociales, que son la materia misma de la que está hecha la ciudad. De ahí que el concepto de “situación” resulte clave para el estudio de la ciudad.

Alicia Lindón lo define de la siguiente manera:

Los espacios exteriores pueden ser analizados desde el ángulo de las micro-situaciones que en ellos se hacen, aun cuando sean fugaces y efímeras. Las micro-situaciones contienen claves acerca de procesos más extensos, como la reproducción y producción socio-espacial de la ciudad. Así, la ciudad se puede estudiar a partir del análisis de las prácticas del actor territorializado en sus múltiples puestas en escena (Lindón 2009, 12).

Por su parte, Manuel Delgado define el concepto de situación haciendo un recorrido más amplio que además de las ciencias sociales considera al situacionismo:

Cabe entender por situaciones aquello que los teóricos de Chicago y luego el interaccionismo simbólico definieron como los átomos básicos de la vida social. [...] Los letristas y los situacionistas europeos de los años cincuenta y sesenta llevaron a las últimas consecuencias las tesis basadas en el concepto de situación, entendiéndolo como ‘un microambiente transitorio y un juego de acontecimientos para un momento único de la vida de algunas personas’ (Delgado 1999, 69-70).

Entonces, las situaciones que ocurren en el espacio público pueden ser, por ejemplo, el encuentro de un par de desconocidos donde uno le pregunta la hora o una dirección a otro, una abuela comprando un dulce para su nieto en una caseta, un hombre que se lustra los zapatos sentado en una banca mientras conversa con el lustrabotas. Todos estos son eventos que duran apenas minutos, son fragmentos de la vida de los sujetos que habitan la ciudad y, sin embargo, a través de éstos se puede desentrañar los fenómenos que ocurren en la ciudad y sus estructuras socio-culturales. Esta escala de investigación nos acerca a:

Lo que Mauss definía como ‘el estudio de lo concreto que es el estudio de lo completo’ (Mauss, 1924). Puede que hoy en día lo concreto ya no sea completo, como en los tiempos de

Mauss. Sin embargo, estudiar etnográficamente situaciones concretas resulta todavía muy útil para asir los nexos entre los diferentes aspectos entrelazados de lo complejo (Giglia 2012, 69).

Como ya cité antes, para investigar los fenómenos socio-espaciales Lindón propone asumir una “posición metodológica diferente a la usual” (2012, 599), y mencioné una parte de la posición que asumo para este trabajo, las trayectorias laborales. Ahora para el estudio etnográfico de la ciudad hay que poner el foco de percepción etnográfica en las “situaciones” que se performan en espacio público. En el caso de este trabajo esto implica una singular atención en las acciones que realizan quienes trabajan en una caseta, y lo que ocurre a razón de sus acciones y equipamiento. Manuel Delgado hace dos sugerencias a los etnógrafos de la ciudad, es decir del espacio público. La primera:

De la vivencia de lo público se derivan sociedades instantáneas, muchas veces casi microscópicas, que se producen entre desconocidos en relaciones transitorias y que se construyen a partir de pautas dramáticas o comediográficas -es decir basadas en una cierta teatralidad-, que resultan al mismo tiempo ritualizadas e impredecibles, protocolarias y espontáneas. Su conocimiento obliga a colocarse ojo avizor, puesto que, por naturaleza, tales asociaciones son con mucha frecuencia inopinadas e irrepetibles, irrumpen en el momento menos pensado. Son acontecimientos, situaciones, ocasiones... que emergen en los cruces de caminos o *carrefours* que ellos mismos provocan, y que hacen del estudioso de esos fenómenos una especie de cazador furtivo, siempre al acecho, ‘a la que salta’, siguiendo el modelo del reportero ávido de noticias que sale a la calle presto a captar incidentes y accidentes significativos, o del naturalista que aguarda pacientemente desde su punto de vigilancia que suceda algo significativo en el entorno que observa (Delgado 1999, 13).

La segunda:

En un espacio público definido por la visibilidad generalizada, paradójicamente el antropólogo ha de moverse por fuera casi a tientas, conformarse con distinguir apenas brillos y perfiles. Indispensable para ello dotarse de técnicas con que registrar lo que muchas veces sólo se deja adivinar, estrategias de trabajo de campo adaptadas al estudio de sociedades inesperadas [...] que, para levantar acta de formas sociales hasta tal punto alteradas, deberían recabar la ayuda tanto del arte y la literatura como de la filosofía y de todas las disciplinas científicas que se han interesado por las manifestaciones de la complejidad de la vida en general (Delgado 1999, 18).

Si bien las sugerencias de Delgado parecería que hacen referencia solamente a una investigación etnográfica basada en la observación, deja planteada una pregunta central para la investigación etnográfica en el espacio público ¿cómo potenciar y agudizar la percepción y la atención etnográficas durante la observación participante? Partiendo de las mismas respuestas que esboza Manuel Delgado, me propongo para esta investigación adoptar la etnografía sensorial siguiendo a Sarah Pink (2003, 2009). Entonces, abandono la tradición etnográfica más clásica que se basa en la mirada, para ampliarla a una percepción etnográfica que integra todos los sentidos y la corporalidad del etnógrafo con el fin potenciar y agudizar la atención sobre las situaciones que ocurren en el espacio público. Este posicionamiento basado en la corporalidad, también considera la intersubjetividad, eso sumado a la presencia del investigador en las situaciones que ocurren en la caseta y su alrededor me hace considerar la posibilidad de ser un actor más de dichas situaciones cuando éstas lo ameriten.

Al respecto de los medios de registro, a la herramienta básica del cuaderno de campo y las anotaciones textuales les sumo los medios audiovisuales para recoger las acciones tanto de mis interlocutoras como de los otros actores del espacio público. Considerando la recomendación de Manuel Delgado sobre:

Las posibilidades del cine de acceder a los principios que regían el cuerpo humano en acción, es decir las técnicas por las que los humanos se valen para relacionarse con otros seres humanos y con las coordenadas tempo-espaciales precisas, es la que había acompañado la aparición de la cámara cinematográfica como instrumento no ya de arte, sino de conocimiento. El cine nació para ponerse al servicio de una aproximación antropológica inédita a ciertos aspectos de la actividad física y social del ser humano, precisamente en aquellas circunstancias en las que otros métodos de registro, como la anotación escrita o la fotografía, se antojaban insuficientes o incluso contraindicados. Esa realidad humana que la palabra o la imagen fija no podían retener ni reproducir tenía que ver con el movimiento de los cuerpos humanos en el espacio y el tiempo. Gestos, palabras y miradas irrepetibles podían ser captados, conservados y reproducidos (Delgado 1999, 60).

Esta posición sobre los medios audiovisuales para la investigación etnográfica desde la antropología urbana la aproxima a la antropología visual. De acuerdo a Elisenda Ardèvol (1998) los medios audiovisuales potencian el registro y el análisis de datos etnográficos. Así la cámara es una herramienta de exploración y descubrimiento etnográfico. El registro

obtenido permite observar cosas que a simple vista se pudieron pasar por alto y prolongar una relación etnográfica basada en la empatía con los interlocutores. En el siguiente capítulo el lector podrá encontrar una reflexión con más detalle sobre la antropología visual y la etnografía sensorial combinado con el relato de mi propia experiencia de campo como aprendiz de etnógrafo.

3.4. Una breve revisión del concepto de trabajo y de trabajo informal

Los sentidos o significados subjetivos e individuales que los trabajadores de las casetas elaboran sobre su trabajo de una manera u otra aparecen en el relato de su trayectoria laboral y su experiencia en el espacio público. Entonces considero pertinente hacer una aproximación a este tema. Desde la sociología, la categoría conceptual *trabajo* se ha abordado desde cuestiones como: el empleo y las regulaciones de la relación salarial; el trabajo a raíz de los procesos de globalización, el neoliberalismo y la precarización del empleo; los procesos de producción, el mercado laboral y la imposición del trabajo; o la acción humana de dominar la naturaleza y transformar la materia como la manera en que se crean las relaciones sociales y se satisfacen necesidades para la reproducción de la vida (Ghiotto 2015). En función de poder abordar los sentidos subjetivos que puede darle un individuo a su actividad productiva, me alejaré parcialmente de estas corrientes y, siguiendo a José Antonio Noguera, rescato el “concepto amplio de trabajo”:

Una definición teóricamente más elaborada del concepto de trabajo amplio sería la siguiente: el concepto amplio es el que abarca las dimensiones de la acción que van más allá de la racionalidad instrumental, esto es, el que puede considerar el trabajo no sólo como producción instrumental de valores de uso, sino también, al mismo tiempo, como medio de solidaridad social y de autorrealización personal; el concepto amplio tiende a incorporar así las tres dimensiones o racionalidades que pueden estar presentes en la acción humana: cognitivo-instrumental, práctico-moral y estético-expresiva. El concepto reducido, por el contrario, sólo podría considerar el trabajo bien como deber social o disciplina coercitiva; en ambos casos, el concepto reducido supone que el trabajo no puede dar lugar a ningún potencial de autonomía ni de autorrealización individual (Noguera 2002, 146).

Considerando que mis interlocutoras se ubican dentro del “mundo popular” (Duhau y Giglia 2008), segmento del espacio social donde las personas autogeneran sus medios de subsistencia, el concepto amplio de trabajo permite indagar en qué medida las actividades que

realizan mis interlocutoras en sus casetas van más allá de solventar sus necesidades de subsistencia. Y, así, poder observar si su actividad productiva, en sí misma, les ha brindado cierto grado de autonomía, autorrealización y ha sido un medio para encontrar la solidaridad entre sus pares.

Denominaremos *concepto amplio* del trabajo al que considera que una actividad laboral puede tener recompensas *intrínsecas* a la misma, y que por tanto el trabajo no necesariamente consiste en una actividad pura y exclusivamente instrumental, sino que puede ser -al menos parcialmente- *autotélica* (tener en ella misma su propio fin) (Noguera 2002, 145).

Otra consideración a partir de que mis interlocutoras autogeneran sus medios de vida es la de si se ubican dentro del llamado trabajo y la economía formal o informal. Así mismo sin entrar un gran debate al respecto, retomo la investigación etnográfica de Rosario Palacios (2011) hecha desde la sociología visual y el método etnográfico para investigar en la vida cotidiana de los sujetos. Esto abre la posibilidad de estudiar del trabajo llamado ‘informal’ no únicamente “asociado con actividades de subsistencia de quienes trabajan en los sectores marginales de la economía” (Palacios 2011, 592) y “no relacionar necesariamente informalidad con pobreza” (Palacios 2011, 592).

Palacios parte de definir:

La informalidad como un fenómeno asociado con el capitalismo tardío, con la flexibilización de las leyes laborales y con el uso de prácticas precapitalistas que son funcionales al desarrollo de la economía capitalista. De esta forma, la informalidad no es un rasgo exclusivo de los países subdesarrollados, sino un fenómeno asociado a la falta de regulación del Estado de las condiciones laborales. Las actividades informales serían “todas las actividades redituables que no están reguladas por el Estado en entornos sociales en los que sí están reguladas actividades similares” (Portes 2000 en Palacios 2011, 592).

Y desde ahí hace una:

Crítica al concepto de informalidad, ante criterios múltiples, cada uno de los cuales puede cumplirse de manera independiente de los demás; ante la imposibilidad de separar, efectivamente, el universo de referencia en dos sectores ajenos y complementarios, como la economía informal y la formal, entre las cuales hay intersecciones, y ante la imprecisión del

universo de referencia cuando se habla de economía informal, ya que se utiliza indistintamente el establecimiento, el hogar o el individuo para aplicar el criterio seleccionado (Salas 2006 en Palacios 2011, 592).

Los hallazgos de Palacios (2011) evidencian cómo la dicotomía entre trabajo formal-informal puede resultar poco útil para entender el fenómeno desde la vida cotidiana de los ‘trabajadores informales’. En estas formas de trabajo -que se ubican por fuera de las regulaciones estatales, el aseguramiento social, la estabilidad y los beneficios de ley, como la jubilación- los ‘trabajadores informales’ a veces encuentran beneficios significativos, por ejemplo, manejar de forma autónoma sus propias condiciones laborales y acomodarlas a las necesidades que su vida cotidiana presenta, la posibilidad de la autoorganización en función de objetivos comunes con otros trabajadores, la posibilidad de ser gestores y propietarios de micro-empresas, a veces exitosas, y dar trabajo a otras personas. En el caso contrario muchas veces las razones de la pobreza no obedecen a la informalidad, sino a otros factores como la composición familiar o gastos elevados por temas de salud u otros motivos. En resumen, Palacios (2011) encuentra que los ámbitos de la economías y el trabajo formal e informal no son dicotómicos, sino más bien que se intersecan y son complementarios.

3.5. Para cerrar esta parte

En este marco teórico he intentado exponer las corrientes teóricas y los conceptos que guían esta investigación, y que, sobre todo, subyacen en el desarrollo de mi trabajo de campo. Dejé pendiente el desarrollo y la reflexión al respecto de las metodologías por un interés particular en el mismo ejercicio de investigación etnográfico y lo que conlleva. En los dos capítulos que siguen, el lector podrá encontrar el relato etnográfico entrelazado con las reflexiones metodológicas pendientes, tanto de orden conceptual, como herramental, es decir, sobre el uso mismo de las herramientas de investigación que esas metodologías proveen a los antropólogos.

Capítulo 2

Un aprendiz de etnógrafo sale al campo por primera vez: trabajo de campo y reflexión metodológica

1. Cómo se hizo este trabajo de campo

1.1. Conozco a Doña Alegría: la etnografía es un encuentro intersubjetivo y una relación significativa

Para finales del 2019 decidí iniciar los acercamientos a quienes podrían ser mis posibles interlocutores en esta tesis. El sábado 16 de Noviembre en horas de la mañana me acerqué a una caseta donde se preparan alimentos en el sector de la avenida 12 de Octubre y avenida Veintimilla, ubicada a la entrada de una universidad. Solicité a quienes atendían que me permitieran filmar la ciudad desde el punto de vista del interior de la caseta, desde su punto de vista, pero recibí una negativa rotunda. Recorrí el sector, a ver si encontraba otra abierta pero no tuve éxito, el fin de semana las universidades no tienen actividad y esta zona de la ciudad permanece desierta y las casetas cerradas.

Ese mismo día al iniciar la tarde se me ocurrió ir a “La Gran Avenida”,¹ donde había observado otra gran concentración de casetas. En el mes de octubre me había acercado a una en la que se copian llaves, a comprar un accesorio para mi llavero, y donde me atendió una mujer de carácter jovial. Eran más o menos las 16h00 y decidí probar suerte, me acerqué a la mujer y le pedí que me permitiera filmar la ciudad desde el interior de su caseta. De inmediato y con algo de desconfianza me respondió que no. Yo insistí con algo de nerviosismo y le expliqué que era un trabajo para mis estudios de mi maestría. Entonces, accedió y me permitió entrar a su caseta y grabar con mi celular.

Al principio los dos permanecemos en silencio. Doña Alegría² atendió a varios clientes que buscaban copiar llaves o algún accesorio para sus llaveros. Cuando el flujo de clientes desapareció, ella empezó a preguntarme sobre lo que estudio, mi edad, si estaba casado, con quién o dónde vivía. No dudé en responder espontáneamente a esas preguntas, ella me escuchaba con gesto entretenido. Yo le hice las mismas preguntas a ella, las respondió

¹ Hasta el momento que trabajé en esta zona de la ciudad mi interlocutora y el resto de trabajadores de las casetas que ejercen su trabajo ahí se encontraban bajo un fuerte control municipal y nuevos requerimientos para la renovación de sus permisos para el uso de las casetas. Por lo que a esta zona de la ciudad le cambiaré el nombre con el fin de proteger la permanencia de mi interlocutora en su lugar de trabajo.

² Todos los nombres de mis interlocutoras han sido cambiados para preservar su identidad y proteger la posesión de sus lugares de trabajo.

divertida y me contó que el siguiente sábado cumpliría 53 años. La conversación anecdótica sobre nuestras vidas y cotidianidades se transformó en el vínculo que sostendría nuestra relación etnográfica. Como afirma Joan Josep Pujadas, el método de investigación etnográfico implica “un juego de empatía y extrañamiento, de proximidad y distanciamiento” (2010, 77), que “presupone el establecimiento de vínculos personales y emocionales entre observadores y observados, entre los investigadores y los actores sociales (2010, 76). Es decir, la etnografía es fundamentalmente un “encuentro intersubjetivo” (Pujadas 2010).

Ese día, Doña Alegría me contó que trabaja de lunes a sábado, a veces también los domingos, que entre semana lo hace con su hijo y los fines de semana está sola. Creo que esa tarde de sábado le di un poco de compañía y a cambio ella me dejó grabar desde su caseta la ciudad. Momentos después, accedería a que grabe el interior de su taller -como ella llama a la caseta- y registre con mi cámara el proceso de copiado de llaves que hace con destreza.

Una semana después, volví a visitar a Doña Alegría para desearle feliz cumpleaños y proponerle que me ayude a hacer mi tesis, que quería contar su historia laboral, que es importante para narrar la historia de Quito, “¡Ya! Bueno, bueno”, me respondió. En las siguientes semanas le hice pequeñas vistas a la pasada, hasta que le pedí una entrevista.

Esa entrevista la realicé el miércoles 4 de Diciembre del 2019, durante la celebración de las fiestas de fundación española de Quito. Doña Alegría me narró gran parte de su trayectoria laboral, lo cual me sorprendió al tener los dos un vínculo tan reciente. Durante el resto de ese mes continué haciéndole visitas al paso, donde brevemente comentábamos sobre cómo cada uno celebraría las fiestas de fin de año o cómo iba su trabajo y mis estudios.

En Enero del 2020 empecé mi permanencia en su caseta de forma sostenida. A veces lo hacía durante horas de la mañana, a veces durante horas de la tarde. Las visitas duraban alrededor de tres horas, hasta que ella me decía “bueno amiguito...” y yo les respondía “bueno Doña Alegría, le parece si vengo mañana...” y acordábamos el siguiente encuentro. No logré compartir una jornada de trabajo completa con Doña Alegría hasta cuando me ofreció un día de su tiempo para que documente en video su jornada laboral. Supongo que esto ocurría por varias razones: la dificultad de compartir el espacio reducido de su caseta³ cuando llegaba su

³ Dos metros de frente y uno y medio de costado.

hijo, que se nos acababan los temas triviales de conversación o que mi presencia empezaba a ser incómoda para relacionarse normalmente con alguna vecina trabajadora de las casetas o vendedor ambulante con quienes sostiene relaciones de amistad, compañerismo y hasta complicidad.

Durante mis visitas, como le había explicado a Doña Alegría a inicios de Enero, realicé varias actividades, más orientadas hacia la observación, la participación o en un punto intermedio. Esto basado en la premisa que la observación participante se plantea como una cuestión de “involucramiento” que oscila entre distintos grados del observar y el participar de la vida, las prácticas y el mundo de los interlocutores (Guber 2004). Estar dentro de la caseta de doña Alegría era cómodo, pese a que el espacio no es holgado. Ingresaba de lado por una pequeña puerta y me sentaba cómodamente en un banco a su mano derecha. Ella ocupaba una banca más amplia y acolchonada, con la herramienta para copiar llaves frente a ella, sobre una mesa, y un esmeril a sus pies para eliminar las astillas de las llaves recién duplicadas.

Desde mi lugar presenciaba cómo atendía a sus clientes ya sea para copiar llaves o venderles algún accesorio, las charlas con su vecina de la caseta de al lado o un hombre cubano, vendedor ambulante, con el que mantiene una relación de amistad cordial y hasta coqueta. Otras veces, le ayudaba a pasar alguna llave virgen o un llavero que algún cliente le había pedido, dar un vuelto o cambiar un billete en alguna de las otras casetas. La conversación era agradable y los momentos de silencio no eran incómodos.

Rosana Guber (2004) afirma que la observación participante se fundamenta en la presencia del etnógrafo en el campo, para recoger de primera mano y a través de sus sentidos los datos y en esa medida garantizar su confiabilidad, esto supone compartir espontáneamente la vida cotidiana de los interlocutores, desde las prácticas que se quiere estudiar hasta actividades sencillas como chismear o compartir una taza de café. El objetivo es poder entender cómo los interlocutores significan el mundo del que son parte.

Dentro de la caseta intentaba recoger con mis sentidos la globalidad del ambiente. Mis oídos registraban en primer plano la música que Doña Alegría escucha a un volumen agradable, desde cumbias y chicha hasta rock comercial y música disco en un mix interminable. En horas de la tarde la banda sonora cambia. La música de Doña Alegría era reemplazada por el reggaeton, a volumen insoportable, que despliegan los parlantes de los locales comerciales

que están cerca de su local de trabajo. De tanto en tanto aparecía un cliente, con esto los diálogos amistosos y las expresiones llenas de simpatía de Doña Alegría. Con los clientes también se accionaban las herramientas y en mi oído izquierdo aparecía el chillido agudo con leves golpeteos que produce la máquina copiadora de llaves, seguido del siseo largo y sin agudos del esmeril al rozar una llave recién copiada o el raspado de la lima contra una llave, igualmente, recién duplicada. A esos sonidos les seguía un breve olor a quemado. Si la actividad era intensa durante las horas de permanencia en la caseta, sentía un ligero ardor en la garganta.

Con los soles devastadores que tiene Quito la caseta es un verdadero paraíso, fresca y agradable. Con las lluvias torrenciales y el frío la historia es distinta, sin llegar a ser un infierno, pero el frío se siente y obliga a usar una chompa, en estos casos, Doña Alegría también se cubre las piernas con una cobija.

La ventana de atención de la caseta limita bastante la percepción visual. La ciudad se observa en fragmentos que llenan por poco tiempo el marco de la ventana en primer y segundo plano sobre un tercer plano que es constante. A lo lejos está la silueta de un parque formada por el verde de los árboles y el gris de la amplia vereda, le siguen los autos y buses que pasan por la avenida, que llamaban poco mi atención a menos que su ruido se volviera intenso. Luego, en segundo plano, peatones caminando que se alcanzan a observar de cuerpo entero. Y en primer plano, el paso constante de una cabeza, un medio cuerpo, que llenaban el marco de la ventana apenas fragmentos de segundo.

Mientras ocupaba mi lugar en la caseta, durante los breves momentos que no mantenía conversación con Doña Alegría o la ayudaba con algún asunto menor, tomaba escuetas y pocas notas en mi cuaderno de campo.

Una tarde entre semana, Doña Alegría me enseñó a copiar llaves. El proceso y la ejecución manual no son complicados. Primero reconocer la llave virgen para que coincida con el modelo a duplicar. Luego, colocar la llave a copiar en la máquina copiadora y la virgen en pequeñas presas alineadas según una guía, entonces se enciende la máquina y se sigue la forma de los dientes de la llave a copiar, con otra guía, mientras un disco va tallando la llave virgen. Esa tarde la pasé bien y acabé agotado, más que por la dificultad del trabajo, por la cantidad de cosas que pasaban a mi alrededor y se me pedía hacer. El flujo de clientes era

alto, yo debía buscar con rapidez la llave virgen dentro de una infinidad de modelos que cuelgan de las paredes de la caseta de Doña Alegría. Ella procedía con el copiado, que no le toma más dos minutos y de inmediato yo debía cobrar al cliente, dar el vuelto y volver a buscar otra llave virgen. Cuando el flujo bajó, siguiendo sus instrucciones, copié con éxito las llaves de la chapa y el candado de la puerta de su caseta y luego me dejó un rato a solas. Atendí parcialmente a algún cliente, pues a la hora de hacer una copia de llave, ella regresaba oportuna para finiquitar el trabajo. Doña Alegría garantiza cada llave que duplica.

Sarah Pink “exhorta a los antropólogos a transformarse en ‘aprendices sensoriales’ por medio de la adquisición de conocimiento a través de prácticas corporizadas y prestando mucha atención a todos los sentidos humanos”⁴ (Nakamura 2013, 134). La etnografía sensorial que propone Pink:

Es un proceso de creación y representación de conocimiento (acerca de la sociedad, la cultura y los individuos) que se basa en la experiencia misma de los etnógrafos. No pretende producir una descripción objetiva o veraz de la realidad, pero debería aspirar a ofrecer versiones de la experiencia que los etnógrafos tienen de la realidad que sean lo más fieles posibles al contexto, negociaciones e intersubjetividades a través del cual el conocimiento fue producido (Pink 2007 en Pink 2009, 5).⁵

La etnografía sensorial “es una metodología crítica, que [...] se aleja del abordaje observacional [...] para insistir que la etnografía es un proceso reflexivo y experiencial a través del cual se produce comprensión, saberes y conocimiento (académico)” (Pink 2009, 4).⁶ Esto empata con la idea de que al etnografiar “las herramientas son, pues, la experiencia directa, los órganos sensoriales y la afectividad que lejos de empañar, esclarecen la dinámica cultural” (Guber 2004, 174).

Finalmente, el viernes 21 de febrero del 2020 Doña Alegría me permitió documentar su jornada entera en video y por primera vez participé de ésta por completo. Esto me permitió conocer rutinas que desconocía como la apertura y cierre de la caseta, los momentos en los que come, o se maquilla y arregla el pelo para atender su negocio, y cómo talla una llave desde cero, sin tener una original, solamente a partir del candado al que pertenece la llave.

⁴ La traducción es mía.

⁵ La traducción es mía.

⁶ La traducción es mía.

Una cosa interesante es que Doña Alegría escogió como día de rodaje, justamente, cuando planeaba ir al Municipio a renovar los permisos para el uso de su caseta. El retraso en la obtención de un par de documentos impidió que ella realice el trámite y que yo lo registre, pero presencié y documenté en video los preparativos.

Las sensaciones de etnografiar manejando en simultáneo la cámara⁷ y la grabadora de audio fueron muy distintas, en gran medida porque su uso requería de una nueva atención para lograr registrar de la forma más global y precisa posible el trabajo y las actividades en la caseta y conseguir planos al menos decentes en el sentido estético. Como premisa le propuse a Doña Alegría que llevara su día de forma ‘normal’, ‘como si yo no estuviese ahí’, pero eso no ocurrió y mejor que haya sido así. El carácter risueño y espontáneo de Doña Alegría pudo más y yo simplemente me dejé llevar por éste, ocupando la posición de mosca en la pared o mosca en la sopa de acuerdo su ‘actuación’, que, como antes, incluyó ayudarle con alguna tarea menor con la cámara y grabadora de audio en mano. De igual forma me dejé llevar por las ‘actuaciones’ de sus clientes y compañeros de trabajo. Si alguno de ellos interactuaba conmigo yo participaba de la interacción sin apagar la cámara y respondía abiertamente a la pregunta ‘¿cómo así está grabando?’. Más tarde profundizaré sobre la metodología que guió este ejercicio.

El viernes 28 de febrero del 2020 le realice una segunda entrevista a Doña Alegría, para completar la información que me quedó pendiente y confirmar algunos datos, además de pedirle su consentimiento informado. Comparto con Blanca Muratorio (2005) la premisa ética de que el consentimiento informado es más que un trámite o requerimiento legal a seguir para realizar el trabajo etnográfico, es una relación significativa de simpatía y confianza entre sujetos que permite acceder al mundo particular de un determinado actor social. El privilegio de la educación académica del etnógrafo-antropólogo es la de contar las historias (de vida) no contadas o poco valoradas por la sociedad. Tras la entrevista permanecí un rato más en mi habitual posición, sentado en el banco, conversamos como siempre sobre nuestras vidas, hasta que dijo ‘bueno amiguito...’ como era su costumbre. Le agradecí varias veces, me despedí de Doña Alegría por última vez y salí de lado por la puerta de su caseta.

⁷ Luego me referiré a los tipos de cámaras que utilicé y las razones por las que las elegí.

1.2. Conozco a Doña Matilde: encuentro intersubjetivo y relación significativa de otro tipo

A inicios de diciembre del 2019, tras un paseo por el Centro Histórico, regresaba a mi casa por la avenida Patria con dirección hacia la avenida 12 de Octubre. La calle estaba desierta, era feriado, pero encontré una significativa concentración de casetas que iba disminuyendo a medida que avanzaba. Un mes después, realicé observaciones en esta parte de la ciudad y dos casetas llamaron mi atención: una donde se venden libros, producto poco habitual en las casetas, y otra donde se prepara y vende fritada.

No fue hasta el miércoles 22 de Enero que me acerqué a la caseta de venta de libros. La inseguridad de no poder entablar una nueva relación significativa con un nuevo interlocutor hizo que demoré el acercamiento. Me aproximé como un cliente más, tras ojear libros, le pregunté a la mujer que atendía si ella antes los vendía en el mismo lugar, pero en una carpa, pues recordaba haber comprado algún libro ahí cuando era estudiante de una de las universidades cercanas. Me respondió que sí, que usa la caseta desde el 2009 o 2010 y que los estudiantes saben que vende libros más baratos, entonces, suelen acudir donde ella. ‘Últimamente me piden *La Insoportable Levedad del Ser*’, me dijo. Le pregunté por los precios y ella me respondió amable. Cuando me despedí diciéndole que no tenía dinero a la mano, devolvió la despedida con un tono de voz seco, casi molesta.

Cuando llegué al día siguiente con el dinero suficiente para hacer una compra la mujer que vende libros revisaba sus documentos del Sistema de Rentas Internas (SRI), hablamos un poco sobre ese tema y nos interrumpió un cliente. Cuando él se fue, concreté mi compra. Ese día pensaba hacer solo eso, pero el instinto pudo más, y le manifesté a la mujer mi interés de que ella sea una de las interlocutoras de esta investigación, a lo que solo respondió con un gesto escéptico. Entonces, le expliqué en qué consistiría el proceso, que protegería su identidad y le manifesté que su historia era importante para conocer sobre la ciudad de Quito, que me sería de gran ayuda si aceptaba ser mi interlocutora, finalmente, le mostré mi carnet estudiantil. Entonces, ella me respondió que no tendría problema en ayudarme porque siempre ha tenido todo en regla con el municipio, cosa que repetí insistentemente. En esa misma conversación empecé ya a relatar, con cierto apuro, cosas sobre su trabajo, la relación que tiene con el municipio para mantener su caseta, su trayectoria laboral y a contarme algunas de sus actividades cotidianas. La escuché con atención y al despedirme le pedí su nombre.

Las condiciones para etnografiar donde Doña Matilde fueron diametralmente opuestas a las de Doña Alegría, debido a la estrechez de su caseta,⁸ que además está abarrotada de libros, por lo que me era imposible ingresar a su lugar de trabajo si ella estaba dentro. Así que siempre ocupé la ventana de atención, con mi cuaderno de campo sobre la repisa que sirve para atender y exponer libros, lo que me permitió tomar notas constantemente. Si un cliente llegaba, me desplazaba a uno de los lados de la ventana. Mi situación era incómoda, me obligaba a estar bajo el sol y de pie por períodos de entre dos y cuatro horas. Al menos, nunca fui impedimento para que ella concrete sus ventas, y, de todas formas, tuve la suerte de que Quito tuvo un verano extemporáneo en los primeros meses del 2020, con las habituales lluvias de esa época del año mi trabajo habría sido imposible.

Donde Doña Alegría mi percepción iba del adentro de la caseta al afuera de la ciudad, en cambio, desde la posición que ocupaba donde Doña Matilde ocurría todo lo contrario. Mis sentidos se concentraban, sobre todo, hacia el interior de su caseta, hacia los diálogos y las acciones de mi interlocutora. Era ella quien me hacía caer en cuenta de alguna anomalía que ocurría en el exterior, como un leve choque de autos o un chico que perseguía a un ladrón que le había quitado su celular. Así como lo que ocurre en la otra vereda en el parque de El Ejido: controles policiales para evitar el microtráfico de drogas, la permanencia irregular de una carpa de libros durante más tiempo del que suele ser permitido o las formas de los árboles, que Doña Matilde imagina como personas con los brazos en alto que sostienen el cielo.

Al inicio, realizaba visitas cortas que poco a poco fui prolongando. Esta vez, sería yo el que proponga el diálogo. Entre la conversación trivial colaba preguntas sobre los temas de esta investigación. Ya entrados en confianza Doña Matilde empezó a contarme sobre su vida familiar. Su hija menor es abogada, trabaja en una dependencia pública y está interesada en hacer su doctorado en leyes en una de las universidades de posgrado de la ciudad. No dudé en compartirle mi propia experiencia como estudiante de posgrado.

Unos días después, mientras me despedía, Doña Matilde me contó que le había comentado a su hija abogada que me estaba ayudando a hacer la tesis y lo que yo le había compartido de mi experiencia como estudiante de posgrado. La joven abogada, le había respondido que es bueno que me ayude. Esto hizo que mi despedida se torne algo efusiva, a lo que respondió,

⁸ Un metro de frente y costado en la base, que se va ampliando para llegar a ser 1,5 metros por lado en el tope de la caseta.

con su manera de hablar distante y su tono agudo, ‘con que le sirva’. La otra hija de Doña Matilde es ingeniera ambiental y varios de sus sobrinos han llegado a tener títulos en ingenierías. Esto y el hecho de que Doña Matilde tiene varios clientes estudiantes universitarios fue lo que posibilitó y sostuvo nuestra relación etnográfica.

Doña Matilde permanece dentro de su caseta sentada en un banco en el único espacio libre, que tendrá unos 60 centímetros por lado. Desde ahí, ordena los libros, les pone forrosplásticos a los recién llegados o repone los forros que se han degradado y atiende a sus clientes con cordialidad, pero sin simpatía. Lo que más vende son libros para llevar una vida saludable y espiritualmente armoniosa, para ser exitoso o hacerse millonario. En segundo lugar de ventas están los libros de terror, las biografías de narcotraficantes o el libro que ha publicado algún youtuber de moda, folletos con sopas de letras, crucigramas o sudokus para hacer gimnasia mental, libros de texto para educación inicial o para las clases de literatura de secundaria. Nunca la vi vender un libro de Bukowsky, Murakami o Sábato, tampoco de Foucault o Simone de Beauvoir, de los que oferta. Esto último, supongo debido a que las universidades cercanas a su caseta estaban de vacaciones durante mi trabajo de campo. A los proveedores los atiende igual que a los clientes desde su puesto y con seriedad. Dos le visitan con cierta frecuencia para entregarle algún pedido menor o para ofrecerle alguna novedad por iniciativa propia. Doña Matilde ocupa el tiempo muerto leyendo, resolviendo sopas de letras y revisando su celular. Solamente la primera vez que la visité la encontré con su nieta con quien compartía el reducido espacio de la caseta.

En la cuadra donde trabaja Doña Matilde hay otra caseta, que solo estuvo abierta durante mi última estadía, y dos personas mayores que trabajan sin equipamiento municipal: un hombre que lustra zapatos y una mujer que vende vestidos para muñecas. Pocas veces vi interactuar a Doña Matilde con estas personas, permanecía en su caseta, aunque en alguna de mis llegadas la encontré sentada en el sillón de lustrar zapatos conversando con el ‘señor de los zapatos’. Ella dice que la relación con sus compañeros de cuadra es cordial y distante, pero que le ayuda a hacer los trámites ‘al señor de los zapatos’ para obtener sus permisos municipales y pude presenciar cuando le prestó dinero de urgencia a la ‘señora de las muñecas’. El día que abrió la otra caseta sería el último que su dueña la atendería. Fui testigo del diálogo de despedida cordial, corto y distante de despedida entre la dueña de la caseta y Doña Matilde.

En todas mis visitas algún transeúnte se acercó a preguntar por alguna dirección o línea de bus y Doña Matilde casi siempre tuvo respuesta, ‘soy como guía turística’, me comentó irónica alguna vez. A diferencia de la zona de trabajo de Doña Alegría que se ubica en una vibrante y creciente área de Quito, Doña Matilde ha visto cómo en los últimos años varias instituciones públicas y privadas han abandonado el sector donde trabaja. Con esto, también ha decrecido la venta de su negocio. Supongo que por esta razón, Doña Matilde sufrió un robo poco antes de que yo empiece mi trabajo de campo con ella, responsabiliza a “los extranjeros” que han llegado al país en los últimos años. En cambio, según el hijo de Doña Alegría, su caseta en “La Gran Avenida” nunca ha sido robada.

Por las características de las actividades de Doña Matilde, no participé de su trabajo. Apenas si le ayudé a abrir o cerrar las ventanas de su equipamiento o intenté convencer a algún cliente de llevarse un libro, diciéndole ‘comprar libros no es gasto, es inversión’. Y, por las condiciones de su espacio de trabajo, ingresé pocas veces al interior de éste. La primera vez, la estrechez bloqueó mis sentidos hacia el exterior, no alcancé a escuchar o ver lo que ocurría afuera, en la ciudad. Ni bien entrar, la caseta me aplastó. El espacio entre mi estómago y mis pulmones se llenó de una sensación incómoda. Con dificultad intenté acomodarme en el puesto de Doña Matilde, además de la estrechez me preocupaba causar algún daño, mis movimientos eran sumamente torpes. Una vez sentado en el banco de Doña Matilde percibí cierto olor, que sin ser desagradable tampoco era agradable y luego un picor en la nariz, reacción alérgica al polvo y smog que recogen los libros. Cuando intenté dirigir mis sentidos hacia la ciudad no logré ver lo que Doña Matilde ve, lo sombrío de la caseta pudo más. Luego, me paré, abrí los brazos, la sensación incómoda y la preocupación de botar algún libro se intensificaron. No pasaron más de diez minutos y Doña Matilde vino a verme. Al notar que estaba un poco afectado se rió con el tono agudo de su voz, le respondí con una exhalación entrecortada y salí de la caseta.

La segunda vez, entré a la caseta cámara en mano e hice un registro audiovisual en pocos minutos. La sensación incómoda fue menor. Recorrí el cubículo con el lente de la cámara, primero de pie sobre el piso y luego sobre el banco de Doña Matilde. Otra vez, fue difícil moverme y nunca tuve la sensación de tener un espacio en firme donde plantar mis pies. No puede evitar botar un par de libros que puse en su lugar de inmediato. Luego, hice un par de tomas de la ciudad vista a través de la ventana de atención. Solamente recuerdo mis

movimientos y lo que vi a través de la pantalla de la cámara, de lo que escuché y olí mi memoria no tiene registro.

Después de más de un mes, le propuse a Doña Matilde que me permitiera documentar en video su jornada de trabajo, accedió, el rodaje se fijó para el lunes 2 de marzo. Doña Matilde trabaja de lunes a viernes entre diez de la mañana y cuatro de la tarde, los fines de semana su horario puede variar. Como cuando filmé donde Doña Alegría, llegué una hora antes de que inicie la jornada de trabajo para registrar la dinámica de la ciudad. Pero, a las nueve de la mañana de ese día, Doña Matilde ya estaba atendiendo su caseta con los libros completamente dispuestos para la venta. Sin más, tuve que renegociar el acuerdo para realizar la filmación.

El miércoles 4 de Marzo a las 9h00 estuve en la avenida Patria, hice varios registros de la dinámica de la ciudad. Poco antes de las diez llegó Doña Matilde, caminaba a paso firme y apresurado. Saludamos y le pedí que se ponga un micrófono corbatero y repita su llegada, para registrarla. ‘Cómo me hace perder el tiempo’, exclamó mientras se colocaba el micrófono y repitió la acción. Dadas las condiciones en que realicé esta etnografía, la filmación se hizo desde los puntos que ya había ocupado, mi lugar en la ventana de atención y, también, coloqué la cámara como mosca en el techo durante un período de tiempo, mientras observaba el registro de forma remota.

Doña Matilde cambió su actitud con respecto a que la filmara a lo largo del día. Aunque siempre se mostró más bien rígida, logré hacerle una breve entrevista y provocar algunas interacciones. Pese a notar mi presencia, los clientes se comportaron como siempre, nunca interactuaron conmigo, tampoco busqué la interacción con ellos. A las cuatro de la tarde me dijo que ya iba a cerrar. Registré cómo guarda los libros, recoge la repisa de la ventana de atención, cierra esta última y con la cámara y grabadora de audio en mano le ayudé a cerrar la ventana lateral de la caseta. Entonces me dirigí a la puerta para registrar cómo se prepara para volver a su casa, asegura la puerta y parte. Pero, en ese momento, si más, Doña Matilde se apresuró a despedirme desde el umbral. No insistí en que me deje seguir grabando, le agradecí y me marché. Ese fue un día complicado, agotador y tenso. No registro en mi memoria con claridad lo que pasó, el metraje que obtuve sirvió como diario de campo. Al día siguiente volví donde Doña Matilde, mi visita fue corta, el cansancio del rodaje me pesó. La conversación fue la de siempre y le puse un poco más de atención a lo que ocurría

afuera de la caseta. Antes de despedirme, le pedí la entrevista a profundidad, para con eso acabar el trabajo de campo con ella, pero no acordamos una fecha. Esa sería la última vez que la vería en persona, pues la semana siguiente no la visité. En esos días elaboré el guión de la entrevista, a partir de una minuciosa revisión de mi diario de campo y observé a otros trabajadores de las casetas para entablar contacto con un tercer interlocutor.

Planeaba retomar el trabajo con Doña Matilde el lunes 16 de marzo justo cuando empezó la cuarentena por la Covid-19 en Ecuador. El miércoles 15 de abril, durante el encierro, me comuniqué con ella para pedirle su consentimiento informado, vía mensaje de voz de whatsapp. Me dijo que ella y su familia estaban bien, se lamentó que no hayamos podido acabar el trabajo ‘que estábamos haciendo’, me dio su consentimiento y me felicitó por estar culminando mis estudios. A la mitad del mensaje su voz se quebró un poco.

1.3. Un poco de observación e imprevistos: no alcancé a conocer a mi tercera interlocutora

El lunes 2 de Marzo empecé a hacer observaciones en una vereda amplia ubicada en plena Mariscal donde funcionan tres casetas. La primera la atiende una pareja indígena de la tercera edad que vende ropa y artesanías, en la segunda una mujer de mediana edad que oferta confites y la última pertenece a una mujer joven que vende ropa. Tras la vereda se ubica el amplio portal de un edificio de oficinas que ocupa todo el frente de la cuadra.

En este lugar separé mi atención en dos niveles, la dinámica global de la ciudad, lo que ocurre en las casetas y a propósito de su presencia. Realicé las visitas a distintas horas del día donde saltaban a mi percepción diferentes cosas: las intensidades del tráfico, su ruido, el smog, los variados tipos de personas que circulaban por el lugar, si llegaban o se iban, la luz del sol, las sombras que generan los edificios y los árboles, y los sonidos, un día a la tarde un saxofonista se puso a interpretar versiones jazz de varios boleros.

Este tramo de la Mariscal es vibrante, pero nunca vi a nadie hacer una compra en las casetas de ropa o artesanías, algún oficinista se acercó a la caseta de confites a comprar chicles, nada más. En mi diario de campo registré, con detalle, horarios de atención, los procesos de montaje y desmontaje de las mercancías en las casetas, las acciones y actitudes de las personas que trabajan en éstas. A partir de estos datos me acercaría a mi siguiente interlocutora o interlocutores.

La mujer que vende confites tiene un gesto duro y atiende sentada en una silla sobre la vereda. Su caseta y las otras dos son estantería y bodega de productos, pues al igual que ella, sus pares atienden desde el exterior, en la vereda. Me sorprende ver cómo se abastece la mujer de los confites, el volumen de los productos que recibe me recuerda a una tienda de barrio. Los adultos mayores pasan el tiempo sentados a la sombra que da el techo de su caseta y a veces está con ellos una niña de unos cinco años. La mujer tiene un gesto amable, el hombre no tanto. La niña a veces juega con otro niño de la misma edad a lo largo de la vereda.

A la mujer joven se la ve poco, pero su gesto es más bien apacible. Su caseta tiene la ropa colgada afuera, por todos lados. Un día a eso de las cuatro y media de la tarde observo a un chico de unos 13 o 14 años, en su uniforme del colegio, ayudar a desmontar la ropa y a guardarla en costales dentro de la caseta. La niña los acompaña, se dirige a la caseta de los adultos mayores y regresa puesta una mochila. Minutos después, cuando todo está desmontado, la mujer asegura la caseta mientras el chico lava las manos de su hermana usando un bote de agua. Guardan el bote por una pequeña puerta, la única que queda abierta, la mujer la asegura y se van. La noche de ese viernes, mientras escribía mi diario de campo, decidí que la mujer joven podría ser mi tercera interlocutora, pero el encuentro etnográfico no llegó a ocurrir, el lunes 16 de Marzo del 2019 Quito está en cuarentena.

2. Consideraciones Metodológicas

Hasta aquí he intentado hacer una “descripción densa” (Geertz 2001) y del “tipo más elemental” (Geertz 2001, 23), de lo que fue mi experiencia sensorial al compartir con mis interlocutoras en su lugar de trabajo. Además de las relaciones y negociaciones intersubjetivas en que ocurrieron el trabajo de campo y que me permiten construir, ‘ficcional’ (Geertz 2001), esta etnografía que en el siguiente capítulo tomará la forma de trayectorias laborales que servirán para pasar al plano interpretativo. Ahora quiero hacer algunos apuntes metodológicos pendientes.

2.1. Describir densamente sin importar las circunstancias

El análisis cultural se funda en conjeturas, pero para que tenga rigor, de las muchísimas que uno recogió, se debe evaluar y seleccionar las mejores, las que más dicen de los significados

que uno pretende encontrar en el mundo, cultura y la vida de los interlocutores (Geertz 2001, 32). Además:

Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de ‘interpretar un texto’) un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas y de comentarios tendenciosos y además escrito, no en las grafías convencionales de representación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada (Geertz 2001, 24).

Si en condiciones normales, pre-pandemia, la etnografía era un ejercicio de interpretación a partir de un “texto” inestable y lleno de elipsis, el brote de la pandemia durante mi trabajo de campo resulta en la ampliación de dichas elipsis e inestabilidades. De tal forma que la descripción e interpretación etnográfica que presento a los lectores, es aún más “microscópica” (Geertz 2001, 32) e incompleta de lo que yo mismo me había propuesto inicialmente.

Aprehendiendo estas condiciones, pretendo, sino responder, al menos hacer más pequeñas mis preguntas de investigación a la manera de una “descripción densa” (Geertz 2001) de las trayectorias laborales de mis interlocutoras. Clarificar lo que les ocurrió y les ocurre (Geertz 2001, 29), reducir mi propio enigma (Geertz 2001, 29) sobre cómo llegaron a trabajar en una caseta municipal, comprender cómo hacen para conservar su lugar de trabajo y cómo el trabajo en este equipamiento resuelve uno o varios aspectos de su vida. En resumen, qué significa y ha significado para ellas su trabajo en la caseta.

2.2. Antropología visual: conocimiento e intersubjetividad a través de la cámara y la grabadora de audio

Como antropólogo visual en formación mi prioridad ha sido aprender los rudimentos de esta disciplina de investigación social con un pie en el arte. Como dice Sarah Pink (2003) la Antropología Visual es una subdisciplina que pugna entre el objetivismo de la ciencia y la subjetividad artística a la hora de producir documentales antropológicos. Entonces, como etnógrafo novato me apegué a las técnicas y herramientas más clásicas de investigación. Pero, a la permanencia y al diario de campo integré la cámara de video y la grabadora de audio, valiéndome de alguna experiencia previa con las prácticas creativas.

Ardèvol reflexiona sobre el uso “de los medios audiovisuales en la práctica antropológica” (Ardèvol 1998, 219) desde tres aristas:

Como técnica de investigación, modo de representación y medio de comunicación. Al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que la imagen es un objeto teórico de estudio de la antropología y a la vez producto de la actividad antropológica: no solo estudiamos imágenes del mundo, sino que las producimos; el proceso de investigación es también un proceso cultural (Ardèvol 1998, 220).

Justamente, filmar las jornadas completas de trabajo de mis interlocutoras fue una técnica de investigación y el metraje que produje lo he usado como material de análisis. Siguiendo con la reflexión de Ardèvol, en la antropología visual “la utilización de la imagen [funciona] como dato sobre una cultura y como técnica de investigación [...], se centra [...] en el análisis de la imagen como portadora de información por sí misma, como un documento etnográfico” (1998, 218).

La cámara de video me sirvió como una herramienta de conocimiento que me permitió elaborar datos que habrían sido imposibles sin ésta.

El etnógrafo con una cámara, obtiene además una descripción audiovisual de lo que está escuchando, ve hacer o señala -descripciones verbales, acciones, objetos, herramientas, espacios. La cámara deviene entonces en una técnica de obtención de un tipo distinto de datos, basados en la descripción audiovisual, no escrita (Ardèvol 1998, 226).

Además, el registro audiovisual, como una actividad coordinada con mis interlocutoras, intensificó el vínculo etnográfico y me permitió acceder a la totalidad de sus jornadas de trabajo.

Los antropólogos visuales ven la producción de imágenes y las negociaciones y colaboraciones que esto implica como parte de un proceso por el cual se produce el conocimiento en lugar de ser una mera toma de notas visuales. La colaboración es importante en cualquier proyecto que involucra personas e imágenes, tanto en términos éticos como para reconocer la intersubjetividad que subyace en cualquier encuentro social (Pink 2003, 190).⁹

⁹ La traducción es mía.

El proceso de introducir la cámara en el campo fue paulatino. Tras un tiempo de haber hecho visitas sostenidas, solo con el diario de campo, hice unos registros iniciales y sencillos de las actividades y los lugares de trabajo de mis interlocutoras, para que ese metraje fuera parte de mi diario de campo. Una vez que ya conocía de forma parcial la jornada de trabajo de Doña Alegría y Doña Matilde y que ellas estuvieran familiarizadas con la presencia de la cámara, procedí a registrar esas jornadas por completo. Esos días de rodaje fueron los únicos en los que ellas me permitieron asistir a su jornada de trabajo de principio a fin.

Llegué a los días de filmación con la pretensión de obtener planos que tengan algún valor estético. Pero, la situación de descubrimiento de actividades y rutinas de mis interlocutoras, de las que aún no había participado, la espontaneidad de sus ‘actuaciones’ y la misma dinámica de interacción social que ocurre a razón de la caseta, con otros ‘personajes’ de la vereda, me hizo dejarlas de lado. La situación en el campo me pidió espontaneidad y seguir el ritmo de los eventos usando la cámara y la grabadora de audio como instrumentos para la investigación.

Este modo de producción de imágenes se acerca a lo que Ardèvol denomina: “*Cine etnográfico explorativo*: la cámara forma parte del proceso de investigación” (Ardèvol 1998, 222), que se caracteriza por:

- 1) *La incertidumbre*: la filmación no parte de un guión previo, sino de la adaptación y la improvisación sobre el terreno [...]
- 2) *La adaptación al contexto de investigación*: [...] supone que la cámara no tiene el control sobre éste, no puede modificar su organización o interrumpir una secuencia de comportamiento. Al contrario [...] la sigue
- 3) Ausencia de contexto ‘audiencia’: [...] el cine de exploración no tiene mercado abierto sino está sujeto a las condiciones de su investigación (Ardèvol 1998, 222-223).

Además, “la interpretación de la imagen cinematográfica desde la antropología está estrechamente vinculada a la posición epistemológica del etnógrafo en relación a la técnica que utiliza” (Ardèvol 1998, 220). Entonces, tras acceder a lo que no conocía y registrar de forma contextualizada, dentro de una jornada de trabajo completa, las actividades que ya conocía, procedí a revisar el metraje que obtuve.

De France señala la diferencia entre la experiencia en vivo del etnógrafo y su experiencia ante

las imágenes filmadas, entre la observación directa y la observación ‘diferida’ (différée). La aportación más interesante de esta autora para la filmación etnográfica es la de mostrar el contraste entre la observación en vivo y en diferido, y cómo ambas se complementan en el análisis del texto audiovisual para la construcción de nuevos datos sobre la comunicación humana (Ardèvol 1998, 227).

La observación diferida resultó en una forma nueva de conocer a mis interlocutoras y sus espacios de trabajo, me permitió observarlas y escucharlas desde una perspectiva nueva sin la presión de tener que recoger los datos al mismo tiempo que ocurre la acción. Y me dejó ver desde fuera la relación etnográfica que tuve con cada una de ellas, marcada por lo distintas que son sus formas de ser y las trayectorias que las han llevado a trabajar en una caseta municipal en el espacio público.

Ahora, registrar en video el espacio público y en particular el trabajo dentro de las casetas municipales implicó considerar que mi presencia podría resultar invasiva y alterar de manera drástica el flujo constante de las acciones que ocurren en estos espacios. También, tuve que tomar en cuenta que el equipo humano para la filmación era únicamente yo. La elección de la cámara a usar era clave para minimizar dicha invasividad y facilitar mi trabajo como productor audiovisual, por lo que filmé con un celular inteligente los exteriores y con una cámara GoPro el interior de las casetas, aprovechando el lente gran angular de esta última. Además, el tamaño de estas cámaras y la ventaja de que funcionan sin la necesidad de configuraciones complejas, me permitió al mismo tiempo operar una grabadora de audio Zoom. El registro del sonido ambiental lo hice con los micrófonos de la misma grabadora y los parlamentos y sonidos producidos por mis interlocutoras a través de un micrófono corbatero. Las características de estas herramientas audiovisuales fueron las ideales para la exploración etnográfica que siguió la premisa de:

Grabar con pocos cortes durante largos períodos [pues] tiene la ventaja de acercarnos mucho más al tempo y el latido del lugar que contemplamos. Más adelante, durante la observación diferida, o mostrándolas a otros, estas largas secuencias ininterrumpidas prolongan nuestra ecuación empática. Tiene una mayor capacidad de transportarnos al lugar de la acción, de contemporizar con ella (Gomez-Ullate 2000 citado en Pujadas 2010, 173).

Entonces, el metraje que obtuve, como material de análisis, me ha permitido prolongar el

encuentro intersubjetivo (Pujadas 2010) y la relación significativa (Muratorio 2005) que mantuve con mis interlocutoras. Ser consciente de la empatía mutua que construimos y desde ahí elaborar los datos y analizarlos. “Los antropólogos visuales desde hace mucho tiempo se apartaron de la observación pura para enfatizar [en] la intersubjetividad” (Pink 2003, 190).¹⁰ Dejando en claro que esto no significa idealizar su accionar en tanto trabajadoras en el espacio público. Sino, más bien, la empatía resulta en una herramienta para comprender sus prácticas y accionar.

Esta prolongación de la empatía es posible gracias a la mayor capacidad de reproducir la experiencia etnográfica que ofrece el registro audiovisual como material de análisis. Frente al registro escrito que presenta lo particular (MacDougall 2009, 49), el audiovisual muestra la globalidad de la situación de exploración etnográfica.

La antropología visual se abre más directamente a lo sensorial que los textos escritos y crea formas psicológicas y somáticas de intersubjetividad entre el espectador y el actor social. En las películas, adquirimos una identificación con otros por medio de una sincronía con sus cuerpos, que se hace posible en gran parte gracias a la visión (MacDougall 2009, 68).

Aunque el registro audiovisual está mediado por lo que el realizador decidió recoger de la realidad, cuando un tercero se enfrenta a éste lo hace desde sus propios sentidos sin el lenguaje de por medio. Dentro del encuadre cada quien decide qué mirar y a qué sonidos poner más atención y desde esta experiencia es que cada quien construye su propia interpretación. La vivencia del etnógrafo cuando analiza el registro audiovisual que produjo no es distinta. En la revisión del metraje que obtuve con mis interlocutoras, es decir, durante la observación diferida, pude reparar en detalles periféricos al centro de mi atención a la hora de filmar. Observé sus rutinas de trabajo desde perspectivas diferentes gracias a la posibilidad que tiene la cámara de ocupar puntos de vista que serían imposibles para una persona. Lo mismo ocurre con la grabadora de audio que es más sensible que el oído humano.

En resumen, la antropología visual, los medios audiovisuales, expanden la experiencia del trabajo de campo como experiencia sensorial y como encuentro intersubjetivo abriendo así nuevas posibilidades de construcción de datos y análisis etnográficos.

¹⁰ La traducción es mía.

2.3. Reflexividad y transculturalidad desde la etnografía sensorial y la antropología visual

La etnografía sensorial, siguiendo a Sarah Pink (2003, 2009), además de alejarse del objetivismo y expandir la tradición antropológica centrada en la mirada hacia todos los sentidos y la experiencia corporal del etnógrafo, se plantea como un ejercicio reflexivo que explicita las condiciones subjetivas e intersubjetivas bajo las que se elabora el conocimiento antropológico en general y en particular desde el uso de los medios visuales para la investigación social. Justamente, en la primera parte de este capítulo relaté cómo hice el trabajo de campo y, en esa medida, cómo obtuve el conocimiento que presentaré más adelante al lector. En esta parte trataré los principios metodológicos sobre la reflexividad que me guían para elaborar esta etnografía y explicitaré mi posición personal en relación a mis interlocutoras.

Sarah Pink, siguiendo el libro ‘Visual Methodologies’ de Gillian Rose (2001), menciona a la reflexividad como “‘una suerte de autobiografía’ que explica cómo la “posición social” del autor ha afectado lo que encontró”¹¹ (2003, 187). Si bien en alguna medida, Pink critica a Rose, tomaré la idea de la reflexividad como “una suerte de autobiografía”. Primero, apegándome a la propuesta inicial, para explicitar el sesgo que podría tener yo en los hallazgos etnográficos y sus interpretaciones. Segundo, para mostrar las herramientas de las que me valí para intentar salvar las distancias de género y de clase entre mis interlocutoras y yo. Estas herramientas las encontré dentro de algunas experiencias que me han formado como persona. En la narración que hago arriba sobre mi experiencia de campo, justamente he mencionado qué fue lo que sostuvo la relación etnográfica con cada una de mis interlocutoras.

Desde otro ángulo Pink, siguiendo a David MacDougall, hace una aproximación a la reflexividad desde la producción de cine etnográfico: “un concepto de reflexividad profunda requiere que revelemos la posición del autor en la construcción misma de su trabajo, cualquiera que sea la explicación externa” (MacDougall 1998 citado en Pink 2003, 188).¹² Sin embargo, para esta autora la reflexividad va más allá del hecho de explicitar las condiciones y motivaciones con las que se hizo el trabajo de campo (Pink 2003, 188):

¹¹ La traducción es mía.

¹² La traducción es mía.

En cambio, lo que se requiere es el reconocimiento del constante reposicionamiento del etnógrafo a medida que desarrolla la investigación y él/ella experimenta ‘diferencias en los niveles de comprensión, así como, los cambios de estado de ánimo y rapport característicos del trabajo de campo’ (Pink 2003, 188).¹³

Es decir, la etnografía sensorial propone a la reflexividad no sólo como una explicitación de las motivaciones, posición social o biografía del autor al momento de escribir una descripción etnográfica, sino como un componente fundamental y sincrónico al mismo ejercicio de etnografiar que permite las negociaciones intersubjetivas con los interlocutores.

Aquí quiero abordar el tema de la reflexividad directamente desde David MacDougall y la Antropología Visual. Pese a no presentar un documental en esta tesis, la noción de “cinema transcultural” se me presenta útil, pues por un lado implica que el cine etnográfico es capaz de atravesar las fronteras y distancias culturales (David MacDougall 2009, 48), pero va más lejos y más profundo tal como la presenta el autor:

Transcultural en su otro sentido: que desafía las limitaciones. Nos recuerda que la diferencia cultural es como mucho un concepto frágil, a menudo deshecho por percepciones producto de afinidades repentinas entre nosotros y aquellos que aparentemente son tan distintos a nosotros (MacDougall 2009, 48).

Mediante el análisis de una foto hecha por Evans-Pritchard de los Nuer, MacDougall demuestra que las imágenes fotográficas y cinematográficas escapan a la categorización científica, a la que tiende la escritura etnográfica, pues las imágenes no describen a través de dicha categorización que es la que subraya la diferencia cultural. Cuando el joven Nuer sonríe en la foto, la sonrisa se interpreta como un gesto en sí mismo. Gesto que puede realizarlo cualquier individuo en cualquier cultura. “La fotografía nos presenta ante todo el fenómeno de un hombre” (MacDougall 2009, 55). “El contenido de una fotografía es abrumadoramente físico y psicológico, antes que cultural. Por tanto trasciende la ‘cultura’ de una manera que la mayoría de descripciones etnográficas no pueden hacerlo” (MacDougall 2009, 56).

En el caso del cine, éste privilegia la descripción de la acción social, el carácter de las personas, muestra al individuo sin analizar sobre cuánto las estructuras sociales y culturales lo

¹³ La traducción es mía.

han afectado o sujetado (MacDougall 2009). Además, “las películas reproducen algunas de las experiencias del trabajo de campo” (MacDougall 2009, 62). Esta capacidad comunicativa sensorial -desde la experiencia somática- que poseen los medios visuales, es lo que permite construir las “afinidades repentinas” que difuminan las fronteras culturales, una identificación con ‘el otro’. La empatía se desarrolla a partir de conocer a un individuo desde la propia individualidad, al reconocer que las acciones, gestos, movimientos de los representados son cosas que las podría hacer yo mismo “el concepto de individuo puede que sea una completa necesidad para la interacción humana” (MacDougall 2009, 62).

Al enfatizar en el individuo [tanto interlocutor como etnógrafo], es más probable que los antropólogos visuales se aparten de la idea de la cultura como un conjunto de estructuras discretas y distintivas, y la tomen como una serie de variaciones de un tema: una convergencia de lo personal, lo histórico y lo material en un momento y un lugar determinados (MacDougall 2009, 79).

El posicionamiento que asumo en esta investigación, siguiendo la lógica transcultural de David MacDougall, es entender cómo confluye en la vida laboral y trabajo cotidiano de mis interlocutoras lo personal, lo histórico y lo material. Es decir, sus subjetividades y ciertas condiciones estructurales que condicionan el trabajo en el espacio público de la ciudad de Quito. Siguiendo Abu-Lughod, MacDougall propone:

Abandonar el término ‘cultura’ y adoptar nuevas estrategias de escritura etnográfica, enfocándose en discursos antagónicos, en vez de ‘culturas’ monolíticas, examinando las interconexiones, en vez de las separaciones entre grupos e individuos (interconexiones de identidad, poder, posicionamiento), y escribiendo ‘etnografías de lo particular’. Estas sugerencias tienen mucho en común con lo que han hecho las películas etnográficas (MacDougall 2009, 66).

No entraré en la reflexión sobre abandonar o no el término cultura. Solamente propongo a los lectores que este texto se lea y entienda como una etnografía densa de lo particular, que se encarna en la forma de trayectorias laborales que arrojan significados individuales tanto del trabajo como del uso del espacio público para esa actividad en la ciudad de Quito. En resumen, tanto para el trabajo de campo como para la escritura de esta etnografía la (auto)reflexividad ha sido una herramienta fundamental, así como el asumir una posición transcultural, luego ampliaré esto último. Como afirma David MacDougall:

Nuestras voces como autores son plurales. En cualquier momento representamos esquivas y fragmentos de una experiencia social y cultural continua, en la cual aquellos que filmamos o sobre los que escribimos son una parte crucial. El autor nunca está aislado sino que siempre es un ser contingente, y la 'voz' de autor siempre está constituida en relación con su objeto (MacDougall 2009, 83).

2.4. Conceptos metodológicos finales y mis posiciones personales

Esta investigación la he realizado dentro de mi misma sociedad, cultura y ciudad, no está condicionada por la distancia cultural. La clase social y el género son los que marcan la distancia entre las interlocutoras y el antropólogo. Durante el establecimiento del vínculo etnográfico y el desarrollo del trabajo de campo estas distancias se salvaron de formas más o menos conscientes gracias a las experiencias personales y emotivas que me han formado como persona. Esas mismas experiencias son el origen de mi afinidad por las metodologías que escogí para hacer el trabajo de campo y son, al menos por lo pronto, la posición que asumo con respecto al método etnográfico.

La distancia de clase intenté salvarla desde la acción, considerando que vengo de una familia cuya trayectoria -dando pelea- me ha permitido ocupar un lugar en la llamada clase media-media. Esta posición social, desde los aprendizajes familiares y luego mi experiencia universitariame han permitido relacionarme con personas de clases más y menos favorecidas que la mía desde la horizontalidad y la sinceridad.

Registro en mi diario de campo una de las primeras conversaciones del día que nos conocimos con Doña Alegría, el sábado 16 de noviembre del 2019. Como para presentarse cerró uno de sus parlamento diciendo: 'yo soy la dura de aquí'. Mi reacción a ese tipo de actitudes y afirmaciones es siempre pasarlas por alto, y eso hice también esa vez. De inmediato cambié el tema de conversación hacia las cuestiones más bien triviales de las que solíamos charlar. Además, siempre mostré mi interés sincero por el oficio y la forma de vida de Doña Alegría. Desde ese mismo día, cuando necesitó algún llavero o herramienta que le quedaba lejos no dudé en ofrecerle mi ayuda. Con el tiempo, de alguna manera, me transformé en un aprendiz de su oficio, tanto que una tarde por iniciativa propia me enseñó a copiar llaves.

Mi intención inicial no era trabajar necesaria o solamente con mujeres, pero el curso natural que tomó el trabajo de campo hizo que así sea. Soy un hombre heterosexual, tenía 36 años mientras hacía el trabajo de campo, y provengo de una pareja que ha trascendido los roles tradicionales de género, mis padres gestionaron su hogar desde la colaboración. Por ejemplo, los primeros recuerdos que tengo son de mi padre como dador de cuidados. Eso ha marcado mi masculinidad, en el sentido que no necesito de la hipermasculinización para afirmarme. Durante la universidad descubrí que me resulta más fácil sostener relaciones de trabajo y amistad con mujeres, y con otros pares hombres, si ellos tampoco necesitan recurrir a la hipermasculinización como mecanismo de afirmación.

De tal forma, busqué acortar la distancia de género desde la conversación, que se basó en un auténtico interés por conocer a mis interlocutoras desde sus individualidades y poner atención a sus formas de ser, carácter e intereses. Además, durante esas conversaciones me abrí con autenticidad para contarles pedazos de mi propia historia de vida, lo que permitió que ellas me abran las suyas. Ese fue el caso con Doña Matilde, le compartí sin reparos mi experiencia de estudiante de maestría a razón de que su hija abogada tiene interés en hacer su doctorado en una las universidades de posgrado de la ciudad de Quito.

Sarah Pink (2003, 2009) y David MacDougall (2009) ponen énfasis en la corporalidad, mediada o no por el cine, que implica ineludiblemente el poner foco en la acción y el carácter de las personas, es decir en el individuo por sobre la categorización, sea cultural, de género o de clase. Estas formas de etnografía sensorial (Pink 2003, 2009) y de la conciencia (MacDougall 2009) permiten atravesar las categorías que nos diferencian para encontrarnos como individuos, tejer estas “afinidades repentinas” desde la acción corporal y desde el asumir una percepción etnográfica transcultural (MacDougall 2009) en el mismo desarrollo de la experiencia del trabajo de campo, sin la necesidad de una cámara o de una imagen de por medio. Las imágenes fotográficas o cinematográficas, como he mencionado ya antes, son una prolongación de la experiencia etnográfica gracias a las posibilidades comunicativas y sensoriales que el medio, en sí mismo, ofrece. Por lo tanto, considero posible que a partir de las nociones metodológicas de Pink y MacDougall, se pueda empezar a pensar en etnografías no solo transculturales, sino también trans-clase y trans-genéricas.

Me quedan dos cosas pendientes. Primero aclarar que la frontera de género fue la más difícil de atravesar, lo que quizás implicó que mis interlocutoras guarden ciertos datos o detalles de su vida y que otros solo me los dejen entrever como pistas sueltas sin desarrollar del todo. Sin

embargo, creo que un trabajo de campo más prolongado y compartir más sus actividades me habría permitido acceder a estas partes veladas de sus trayectorias laborales y acortar más la distancia de género.

Segundo, ¿cuánto de mi posición personal frente al trabajo llamado “informal” afectó mi percepción etnográfica, la relación con mis interlocutoras y cómo afecta ahora el análisis de datos y la escritura de este trabajo? Me explico, a diferencia del sentido común y el discurso que prima en Quito, que significa el trabajo y comercio en el espacio público como algo que “afea y ensucia” la ciudad, yo lo reivindico como la forma en que las clases populares se buscan la vida ejerciendo una actividad honesta, aunque dentro de esta actividad existan relaciones de poder, explotación y otras prácticas cuestionables.

3. Antes de cerrar esta parte: el ‘por qué’ y el ‘para qué’ de toda esta (auto)reflexión

Hasta aquí he presentado la narración de lo que pasó en mi trabajo de campo. Esto último espero que al menos resulte entretenido al lector, pues comparto con Clifford Geertz (2001) la idea de que la antropología, también, está para entretener. Luego he hecho una reflexión metodológica.

La motivación detrás de esto, como aprendiz de antropólogo y etnógrafo, es que desde el momento en que me planteé el tema de tesis se posó en mi cabeza -y nunca me abandonó- la pregunta: ¿cómo se hace etnografía? Aquí intento una respuesta. A través del relato muestro cómo resolví las incertidumbres durante el trabajo de campo. Comparto mi experiencia y los rudimentos etnometodológicos que usé, con el afán de que le pueda servir a otros aprendices de etnógrafos.

4. Para cerrar esta parte: cuatro escenas en fotogramas

La cámara como mosca en la sopa:



Secuencia de fotogramas 1. Doña Alegría se maquilla, inicia su jornada tallando una llave a partir de un candado y atiende a sus dos primeras clientes. Pide ayuda al etnógrafo para que le pase el taladro. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.



Secuencia de fotogramas 2. Doña Alegría atiende a sus dos primeras clientes y sigue tallando una llave a partir de un candado. Las clientas interactúan con el etnógrafo que filma y se ríen. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.



Secuencia de fotogramas 3. Doña Alegría atiende a sus segundos clientes y sigue tallando una llave a partir de un candado. El cliente reconoce la cámara que usa el etnógrafo y le comenta a él y su acompañante que ese tipo de cámara sirve para filmar deportes de aventura desde la perspectiva de quien los practica. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

La cámara como mosca en la pared:



Secuencia de fotogramas 4. Doña Matilde inicia su jornada acomodando los libros, luego se sienta a esperar clientes mientras revisa su celular. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

Capítulo 3

¿Qué significa trabajar en una caseta municipal? Dos distantes trayectorias laborales en el centro-norte de Quito

1. Bajo el gran paraguas del método biográfico: aproximación teórico metodológica a las trayectorias laborales

En el capítulo anterior hice la propuesta de que las trayectorias laborales se lean y entiendan como “etnografías de lo particular” que comparten las premisas de la antropología visual como una epistemología y como un método que posibilita salvar las distancias culturales (MacDougall 2009), las de clase y género. Ahora propongo extraer a las trayectorias laborales como una parte específica del método biográfico (Pujadas 1992, 2000), posible de ser trabajada de forma aislada y dentro del alcance de una tesis de maestría.

A grandes rasgos, siguiendo a Joan Josep Pujadas (1992, 2000) el método biográfico aplicado a las ciencias sociales consiste en la elaboración de la biografía de una persona desde motivaciones teóricas. A partir de esta historia subjetiva, individual o de un grupo reducido de individuos, se puede alcanzar a comprender la relación de este individuo o individuos con la estructura socio-cultural. De manera que estas biografías permiten dar cuenta de las problemáticas del grupo social al que pertenece el individuo o individuos de quienes se ha elaborado la biografía. Incluso, se puede llegar a develar una problemática social de mayor escala desde este método más bien microscópico, para utilizar un término que le podría gustar a Geertz (2001).

El método biográfico es parte de la corriente subjetivista de las ciencias sociales, se origina y adquiere relevancia como una crítica a las corrientes objetivistas (Pujadas 1992, 2000). Frente a la disputa de ambas corrientes Pujadas asume una posición conciliadora, que comparto:

Sin rehuir de la generalización y de la construcción de categorías abstractas, [el método biográfico] insiste en una aproximación humanista de la realidad social, que restituye al sujeto individual todo el protagonismo. Pensamos que, a medio camino entre las versiones más extremas del humanismo y del positivismo, existe un fértil dominio en el que puede desarrollarse una aproximación crítica a lo social, basada en estrategias de análisis que combinen dialécticamente su aproximación al subjetivismo de los testimonios biográficos y la debida contextualización de las trayectorias vitales dentro de una ‘matriz de relaciones

objetivas' en las que cada sujeto está implicado (Pujadas 1992, 12).

Aplicado a la Antropología el método biográfico:

Más que estudiar individuos o grupos sociales, lo que los antropólogos solemos hacer es *estudiar a través de ellos determinados problemas*, teóricamente dirigidos, a través de una abigarrada experiencia de campo, cuyas claves, fracasos, encuentros y desencuentros con las personas (a menudo reducidas a la categoría de 'simples informantes') escamoteamos a la consideración de nuestros lectores (Pujadas 2000, 132).

Entonces, el método biográfico resulta particularmente afín a la Antropología y al método etnográfico, pero no solo a éste, pues es “transdisciplinar en el que confluyen las corrientes humanistas de diferentes disciplinas” (Pujadas 2000, 127). En contraposición a Pujadas, yo diría que no estudiamos “a través de” las personas sino con ellas, en el encuentro y la relación intersubjetiva, gracias a los vínculos que podamos tejer dependerá que nos permitan conocer y contar. De acuerdo con esto último, y tal como he planteado en el capítulo anterior, la posición que asumí frente al método etnográfico y la antropología visual, la etnografía y la elaboración de un trayectoria laboral es un proceso compartido y de diálogo alejado de la posición, más bien objetivista de la observación. De ahí que haya optado por el término 'interlocutor' y no el de 'informante' que se ha usado en la antropología clásica.

Como una forma de (auto)reflexividad, en el capítulo anterior he intentado no escamotear a los lectores mi “abigarrada experiencia de campo” y explicité mi posición como etnógrafo, siguiendo la propuesta de Sara Pink (2003).

Este tema es tratado de forma similar por Pujadas, pero enfocado particularmente hacia el método biográfico:

Recurrir al *método biográfico* en su doble dimensión de recopilación de *historias de vida* de algunos miembros característicos de un grupo social y de *autobiografías* de las trayectorias de los etnógrafos, consideramos que constituye una clave metodológica digna de ser tomada en cuenta, tanto para mejorar el establecimiento de la validez y la fiabilidad de nuestras informaciones, como para servir de herramienta didáctica para los lectores de etnografías (Pujadas 2000, 132).

En este trabajo intento poner en relieve la agencia de los sujetos frente a las condiciones sociales en las que se han desenvuelto. Justamente por eso he escogido el método biográfico como herramienta metodológica, vinculada a la Antropología Visual y a la Etnografía Sensorial, “el método biográfico [...] lo que reclama es la misma subjetividad del sujeto como objeto principal, esencial de estudio” (Pujadas 2000, 152). Para justamente para hacer una:

Revalorización del actor social (individual y colectivo), no reducible a la condición de dato o variable (o la condición de representante arquetípico de un grupo), sino caracterizado como sujeto de configuración compleja [...] [y] a la voluntad de profundizar en lo que las personas y los grupos hacen, piensan y dicen [...] con la finalidad de ensayar interpretaciones de la realidad a partir de la subjetividad individual y grupal (Pujadas 2000, 127).

En este sentido, quiero retomar a Alicia Lindón (2009) y la noción de un sujeto, como quien ejerce la acción, incluso desde la simple observación de las estructuras gramaticales. Ante todo, como un producto y productor de las estructuras socio-culturales a partir de sus acciones, ya sea para moldearlas o asumirlas, producirlas o reproducirlas en una constante negociación entre actor o sujeto social y las estructuras socio-culturales en las que está inscrito.

La capacidad evocativa de esta narración biográfica nos sumerge, no sólo en las circunstancias particulares de la trayectoria individual misma, sino que nos familiariza con los sistemas de normas de una sociedad y nos ayuda a comprender los límites que la sociedad impone al libre albedrío (Pujadas 2000, 142).

Precisamente, intento vincular metodologías que tienen al sujeto como el centro de atención, aunque desde distintos enfoques. El cine transcultural (MacDougall 2009) y la etnografía sensorial (Pink 2003, 2009) ponen énfasis en las acciones y corporalidad, y el método biográfico (Pujadas 1992, 2000) en la agencia frente a las estructuras socio-culturales. Como ya he mencionado, las dos primeras metodologías han sido herramientas para tejer vínculos etnográficos. Y con la segunda busco evidenciar que “el sujeto social en esencia da cuenta de la capacidad para transformar su realidad” (Lindón 2009, 7).

Antes de seguir, quiero revisar la crítica que se le hace al método biográfico desde posiciones más objetivistas.

Cualquier trayectoria individual está llena de discontinuidades, que raramente son identificadas y reconocidas por los sujetos en sus narraciones. Por tanto, desde una perspectiva crítica del subjetivismo, *inevitablemente*, toda trayectoria individual o social será leída e interpretada desde lo que el individuo ha llegado a ser, de lo que es cuando narra su historia (Bourdieu 1989 en Pujadas 2000, 151).

Pujadas (2000) le da la razón a Bourdieu, pero la noción de sujeto que se considera desde su posición, como desde la de Lindón (2009), es la de un sujeto que es fluido y está construcción constante, además, ineludiblemente ubicado dentro de las matrices objetivas. Justamente, este requerimiento sería el que daría validez al método biográfico como herramienta para la investigación social (Bourdieu 1989 en Pujadas 2000, 152).

El método biográfico, al dar cuenta de la constante negociación del individuo con las estructuras socio-culturales -es decir en qué medida las acepta o no, las reproduce o transforma- permite reconocer que:

Por mucho que afinemos nuestras escalas de análisis de los factores que condicionan el comportamiento humano, existe un factor subjetivo irreductible, de carácter procesual, azaroso, imprevisible, con el que hay que contar. Esto supone que en ciencias sociales todas las predicciones no pueden ser más que tendenciales y no pueden aspirar a poseer un carácter absoluto. Existe un dominio intersticial, liminal, que el lenguaje común califica de *libre albedrío* que nos incapacita para reducir el comportamiento individual (con los procesos cognitivos y volitivos inherentes) a un conjunto cerrado de reglas nomotéticas (Pujadas 1992, 41-42).

De tal forma que las historias de vida pueden arrojar casos anómalos de individuos ‘atípicos’ que han escapado a la sujeción de su entorno socio-cultural o de clase y a la predicción que las mismas ciencias sociales pueden hacer sobre sus destinos.

Para cerrar la conceptualización metodológica voy a hacer una revisión de las técnicas mismas propuestas por Joan Josep Pujadas (1992, 2000) y cómo las usé para, a partir de su amplio método, elaborar únicamente trayectorias laborales. Sin olvidar que cualquiera sea la tipología “las historias de vida y las biografías, [...] [son siempre] narraciones subjetivas, testimoniales y autovalorativas” (Pujadas 1992, 49).

Pujadas (1992, 2000) subdivide el método biográfico considerando su posible uso, y desde ahí compone dos tipologías siguiendo el principio del “carácter más o menos amplio de la unidad social que se constituye como objeto de estudio” (Pujadas 2000, 147): “Las historias de vida como estudios de caso” y “La técnica de relatos biográficos múltiples” (Pujadas 1992). Precisamente, porque los resultados que se pueda obtener de una investigación que use el método biográfico dependen de la unidad social escogida. Así, los propósitos de investigación, las técnicas de sistematización y análisis, también, quedan subordinadas a ésta (Pujadas 1992).

Dentro de las tipologías biográficas que propone Pujadas¹ (1992), la selección me resultó natural: “Las historias de vida como estudio de caso” (Pujadas 1992). En primer lugar tomé en cuenta los plazos del trabajo de campo, tres meses son insuficientes para tener una muestra amplia, así que me propuse trabajar tres casos. Si bien, Pujadas (1992) trata a “las historias de vida como estudio de caso” considerando solo un biografiado, el tener solamente tres trayectorias laborales tampoco llega a cumplir los parámetros de “la técnica de relatos biográficos múltiples”, pues los resultados que se obtengan no alcanzan para hacer ninguna posible generalización. En segundo lugar, porque “las historias de vida como estudio de caso” son pertinentes con el carácter microscópico que Geertz (2001) le atribuye a la antropología y es la escala de investigación a donde el enigma que detona esta tesis me ha ido llevando.

De tal manera que no pretendo aquí hacer generalizaciones. A través de las trayectorias laborales de Doña Alegría y Doña Matilde pretendo abrir la posibilidad de desarrollar investigaciones posteriores, quizás usando este mismo método, que puedan abarcar en una escala más amplia a personas que trabajan en casetas municipales. Las historias de estos trabajadores y trabajadoras son una forma de narrar el trabajo en el espacio público desde unos actores que son pasados por alto en la simple observación que se hace de esta actividad. Desde sus relatos acaso se puede poner en duda el sentido y discurso comunes que califican al trabajo en el espacio público en Quito como un atentado al ornato de la ciudad, que como evidencia Blanca Muratorio (2014, 214) está marcado por una pugna entre lo ‘culto’ y lo popular que tiene su origen en el primer proyecto de modernidad de Quito y sigue presente en la contemporaneidad. También, estas historias son un intento de narrar a la ciudad de Quito desde un punto de vista desacostumbrado.

¹ No describo la otra tipología pues no es relevante para esta investigación.

Retomo a Pujadas:

El estudio del caso único es el elemento desencadenante, el productor de hipótesis, pero en la mayor parte de los casos, una historia de vida particular no es sino el primer paso hacia un estudio basado en la acumulación de una amplia muestra de narrativas biográficas, que den a esta técnica la posibilidad de cumplir con los requisitos de representatividad que requiere una investigación científica (Pujadas 1992, 50).

Con la siguiente cita quiero reiterar lo anterior y quiero empezar a tratar otro tema:

El estudio de un caso único puede servir, como análisis en la etapa inicial de un proyecto, para abrir caminos, sugerir hipótesis, para sumergirse en profundidad en el análisis de un caso posible. El grado de información y de significatividad que nos proporciona el estudio del caso único depende bastante de la ‘distancia’ relativa entre la posición del investigador y la especificidad de la historia de vida registrada (Pujadas 1992, 49-50).

En el capítulo anterior ya mostré cuales fueron las herramientas para intentar salvar las distancias de clase y de género en el transcurso del trabajo de campo. También, en este capítulo mencioné la doble dimensión del método biográfico “como [la] recopilación de historias de vida de algunos miembros característicos de un grupo social y de autobiografías de las trayectorias de los etnógrafos” (Pujadas 2000, 132) que, tal como he reflexionado en el capítulo anterior, se puede entender como una práctica reflexiva y de ética en la presentación de los resultados. Las distancias entre etnógrafo e interlocutor desde la tipología de “las historias de vida como estudio de caso” se las aborda de la siguiente manera: “El caso único [...] está también cargado de significación cuando nuestro objeto de estudio no se define por la distancia intercultural [...], sino por una distancia ‘más subjetiva’ e intra-cultural, como puede ocurrir en el *estudio de la marginación*” (Pujadas 1992, 50).

Dado que mi trabajo está marcado por una distancia intra-cultural y subjetiva sostengo que “las historias de vida como estudio de caso” resultan pertinentes para la investigación antropológica en la misma ciudad que el etnógrafo habita para dar paso a relatos urbanos poco acostumbrados, sin que necesariamente esto signifique investigar sobre la marginalidad. Por lo que debo aclarar que este trabajo no es sobre “la marginación” y mucho menos he considerado a mis interlocutoras como “marginales”. Las veo como mujeres que han buscado

oportunidades para resolver algunos aspectos de su vida a través del trabajo en el espacio público en una caseta municipal, la que, además, ocupan de forma legal.

Joan Josep Pujadas (1992) presenta un amplio estado del arte del método biográfico,² una aproximación teórico conceptual de método en el contexto de las ciencias sociales y elabora un manual para su uso. Ya traté la parte teórico conceptual que concierne a este trabajo, solamente me queda pendiente explicar a los lectores qué técnicas tomé del manual para elaborar de forma particular trayectorias laborales. Estas no son más que una versión “reducida”, “inacabada” y parcial de los productos finales que se pueden elaborar con el método biográfico, pues “la versión más completa y acabada del género [...] es una *historia de vida*” (Pujadas 1992, 60).

Para la elaboración de una historia de vida, en el caso de esta investigación una trayectoria laboral, Joan Josep Pujadas (1992) propone varias fases con sus respectivas técnicas. La primera, es la fase de encuesta, es decir, el levantamiento de la información biográfica del interlocutor. Con este fin use dos técnicas que combiné e intercalé. Primero, “la menos formal, la más usualmente utilizada en Antropología Social, y consiste en el énfasis especial en la observación participante [...]. Los datos biográficos se obtienen, junto a otra infinidad de datos objetivos, como fruto del ‘estar ahí’ del que habla Geertz (1988)” (Pujadas 1992, 67).

La segunda fue “la técnica de entrevistas semidirectivas sucesivas” (Pujadas 1992), que consiste en esbozar la biografía del interlocutor a partir de una primera entrevista y con cada una de las siguientes ir completando su trayectoria vital a través de la acumulación de relatos. Esta técnica tiene la ventaja de llenar con cierta facilidad los vacíos de la memoria del biografiado, profundizar en algún tema o evento en particular o, simplemente, confirmar datos.

De tal manera, la observación participante, entre otras técnicas que ya he mencionado, basada en la conversación informal con mis interlocutoras fue una suerte de entrevista informal que

² Pujadas (1992) hace una marcada referencia a La Escuela de Chicago de Sociología para demostrar que el Método Biográfico no era nuevo en el contexto histórico que lo presenta, inicios de los años noventas del siglo XX, ni en las ciencias sociales. El autor demuestra cómo esta metodología tomaba relevancia en la España de esa época para estudiar la marginalidad o recuperar las voces de los que algunos llaman subalternos. Uno de los ejemplos más claros es el caso de las historias de vida de heroinómanos cuando el uso de esta sustancia era un problema social y de salud pública en España.

me permitió acumular sus relatos con el fin de elaborar guiones lo más precisos posibles para las entrevistas formales y a profundidad. Con estas últimas pretendía confirmar datos, profundizar en ciertos temas y, sobre todo, llenar los vacíos que se habían quedado pendientes en las conversaciones informales. Con Doña Alegría realicé dos entrevistas formales registradas en audio y con Doña Matilde solo realicé una entrevista informal registrada en video, durante el día que filmé su jornada de trabajo, la pandemia impidió que realice una segunda entrevista formal.

Más que seguir al pie de la letra “la técnica de entrevistas semidirectivas sucesivas” apliqué su lógica para procurar alcanzar los mismo resultados que esta técnica pretende en los tres meses de trabajo de campo que se disponen para una tesis de maestría. Dadas las circunstancias el trabajo de campo finalmente duró poco más de dos meses. En un plazo tan corto es imposible seguir al pie de la letra las técnicas de Pujadas (1992), pues el método biográfico se propone como un trabajo de largo plazo, cualquiera sea la técnica que se utilice, con el fin de elaborar de una historia de vida completa que abarque todos los aspectos de la experiencia vital del biografiado, por ejemplo, creencias o prácticas religiosas, ideología política, asociacionismo y participación en instituciones, siendo el trabajo una más de las aristas de la vida de una persona (Pujadas 1992).

Siguiendo esta lógica temática, puse al trabajo como centro de la investigación: las distintas actividades productivas que han realizado mis interlocutoras hasta llegar a su actividad y lugar de trabajo actuales. Esto implicó un recorrido temporal y espacial por la globalidad de sus vidas donde aparecen sus creencias, el asociacionismo, la sociabilidad, la negociación con la autoridad municipal para mantener sus lugares de trabajo y su vida familiar.

A la fase de encuesta le sigue la de transcripción, elaboración de los relatos de vida, luego una de análisis e interpretación y, finalmente, una fase de presentación y publicación (Pujadas 1992). Si bien Pujadas (1992) presenta estas fases de forma sistemática y lineal, para facilitar la comprensión, este proceso no es lineal, las actividades se traslapan, implican un ir y venir entre indagar y ordenar la información obtenida. “[La] sistematización del material narrativo permite vislumbrar los ‘vacíos de la memoria’” (Pujadas 2000), para continuar con la indagación.

Para sistematizar los relatos de los biografiados, Pujadas (1992, 2000) propone seguir varios

procedimientos que siguen distintas lógicas: literal, temática, cronológica y de las personas relevantes en la vida de los biografiados. La sistematización de la información que obtuve siguió de forma natural a la fase de encuesta, es decir, fue temática. El hilo conductor fue el trabajo ordenado cronológicamente, vinculado en un segundo término, no tanto a las personas relevantes para el biografiado, tal como lo propone Pujadas, sino a los eventos de la vida personal y familiar de mis interlocutoras que fueron puntos de inflexión para su historia laboral o determinaron las motivaciones de su trabajo en general y, en particular, el buscar trabajar en una caseta municipal. Aunque no siempre las motivaciones provienen de ahí, pues las condiciones del propio trabajo han condicionado su llegada a la caseta y la elección de sus actividades productivas. En la otra dirección, consideré cómo el trabajo en la caseta ha cambiado la vida personal y familiar de mis interlocutoras. Además, a diferencia de lo que propone el autor, no separé los diferentes aspectos biográficos en productos de análisis separados, sino que los tejí entre sí en una suerte de cronologías, para reconstruir los hechos.

Resulta de sumo interés operar con esa doble dimensión de las trayectorias individuales y sociales: la reconstrucción objetiva de unos hechos y, particularmente, el análisis de los discursos que organizan socialmente la memoria de los mismos en sus confluencias y discrepancias con las narrativas individuales. En función del diseño de cada investigación se tenderá a poner el énfasis más el estudio de la memoria o en el de la reconstrucción de unos hechos (Pujadas 2000, 150).

Como con el resto de fases, Pujadas (1992) propone varias posibles formas de presentar y/o publicar una historia de vida. Igual que hice antes me referiré solamente a lo que es relevante para este trabajo de investigación. Pujadas (1992) diferencia entre las posibles presentaciones que una investigación hecha con el método biográfico puede tener de acuerdo a si ésta es de “caso único” o “de relatos biográficos múltiples”, es decir, nuevamente, tomando como factor determinante al tamaño de la unidad de estudio (Pujadas 1992). Como ya mencioné antes, si bien aquí presento dos casos, esta investigación se aproxima más al “estudio de caso único”. Entonces, seguiré la variante de publicación de los “*relatos de vida paralelos* de diferentes personas, cuyo rasgo común puede ser su condición social, su profesión, la pertenencia a una minoría, [entre otras]” (Pujadas 1992, 82).

Según Pujadas (1992), los problemas a considerar para presentar una historia de vida de “caso único” son la estructura y la forma de la escritura. Una biografía (trayectoria laboral)

por su ineludible condición de ser un relato entra en conflicto con la rígida estructura de la escritura académica.³ Tanto que este autor menciona que en una historia de vida se puede cometer el error de dejar el análisis en un plano muy secundario o tratarlo escasamente al priorizar el relato, de tal forma que el informe científico se termine pareciendo a una novela de ficción realista o a una novela de no ficción. Dado que esto es una tesis, mantengo la estructura científica, pero, dentro de ésta, introduzco apartados específicos para la narración, con sus respectivas reflexiones metodológicas, precisamente lo que el lector tiene ahora mismo frente a sus ojos.

Según Pujadas (1992), la cuestión problemática de cómo se presentan estas partes narrativas es la forma o estilo de la escritura. Para la recopilación de la información biográfica he usado las técnicas del método biográfico de manera flexible, ahora, con respecto a la presentación de las narraciones seré más fiel a la propuesta de Joan Josep Pujadas:

Aquí se trata de un *trabajo de construcción textual* que hilvane cronológica o temáticamente un discurso basado exclusivamente en sesiones de entrevista entre sujeto e investigador. El científico social aquí es fundamentalmente un especialista en el tratamiento formal de un texto, que ha de recoger, deconstruir y reconstruir y, luego, presentar (1992, 79).

Dado que la entrevista a profundidad con Doña Matilde no se llegó a realizar, lamentablemente su trayectoria laboral la contaré desde mis apuntes de diario de campo. En cambio, Doña Alegría será ella misma quien cuente su historia, como me la contó a mí en las entrevistas que le realicé. “Ahora bien, el objetivo último del investigador es que este proceso, obligado, de manipulación textual respete la literalidad de las intenciones y motivaciones del sujeto” (Pujadas 1992, 79). Espero alcanzar ese objetivo en el caso de Doña Alegría y aproximarme lo más posible en el de Doña Matilde.

Hasta aquí he intentado mostrar cómo tomé prestadas las técnicas que propone Joan Josep Pujadas para elaborar únicamente trayectorias laborales a la manera de una parte específica dentro una historia de vida. En todas las fases me guíé por lo que el tema y el alcance de mi investigación pedían. Este ejercicio me ha demostrado la versatilidad del método biográfico y

³ Basado en el isomorfismo de las ciencias sociales con respecto a las naturales, Pujadas (1992, 79) considera la siguiente estructura para un texto académico: Antecedentes y discusión teórica; presentación de hipótesis; delimitación del universo y la manera de analizar; presentación de los instrumentos de encuesta; presentación del material empírico, elaborado; análisis e interpretación del material, validación o falsación de la hipótesis, conclusiones.

sus técnicas para acomodarse a una situación investigativa específica.

2. El concepto de trayectoria aplicado al trabajo

Ahora quiero hacer una aproximación específica al concepto de “trayectoria”, como una parte de los métodos biográficos (Labrunée 2010), aplicado al mundo del trabajo y a temas específicos del trabajo femenino. Al igual que lo planteado en el método biográfico según Pujadas (1992, 2000), los trabajos que reviso a continuación (Guzmán y Mauro 2001, Lera et al. 2007, Longo 2009, Labrunée 2010) se alejan del debate entre posturas subjetivistas y objetivistas dentro de las ciencias sociales, como mutuamente excluyentes y hacen hincapié en las posibilidades de la “trayectoria” como un recurso metodológico que posibilita investigar las relaciones entre un determinado sujeto y las estructuras sociales, culturales y económicas.

De tal forma, que en la elaboración y el análisis de una trayectoria laboral es imprescindible considerar dos niveles de análisis: uno diacrónico, el relato del sujeto, y uno sincrónico, el contexto social, cultural o económico en que se ha desarrollado su vida (Pujadas 1992, 2000, Lera et al. 2007, Labrunée 2010). Si lo que se quiere es indagar en el aspecto más bien económico del mundo del trabajo, desde la perspectiva diacrónica, la del sujeto, serán relevantes su capacidad de agencia, su vida personal y familiar, y desde la perspectiva sincrónica, las estructuras sociales, las políticas económicas, los sistemas de producción, el mercado laboral (Labrunée 2010).

Esta misma lógica se aplica para realizar investigaciones sobre el trabajo con un enfoque social o cultural. Además de los temas o condicionantes de una trayectoria laboral mencionados arriba, se incluyen aquellos concernientes a los significados del trabajo a escala subjetiva y social (Guzmán y Mauro 2001, Longo 2009, Labrunée 2010). Por ejemplo en Chile, Guzmán y Mauro (2001) a través del análisis de trayectorias laborales de mujeres de distintas generaciones evidencian las transformaciones de los significados del trabajo femenino frente al masculino en sus entornos familiares, culturales y en sus propias subjetividades. Estos cambios se ven reflejados en la capacidad de una mujer para construir y elaborar sus propios proyectos de vida.

Siguiendo con el enfoque de género, en el contexto latinoamericano María Eugenia Longo (2009) a través del uso de trayectorias laborales evidencia cuánto los estereotipos de género

condicionan las vidas y aspiraciones profesionales y laborales de las mujeres. Su análisis se desarrolla a tres niveles, el las políticas públicas, las empresas y los empleadores, y las subjetividades individuales. En su trabajo se puede observar que el estereotipo de la mujer como encargada natural del cuidado de los hijos y el hogar persiste y determina sus aspiraciones laborales, las políticas públicas y los trabajos a los que tienen acceso en el mercado laboral. Estos estereotipos se basan en presupuestos sexuados, es decir, se asignan cualidades inherentes a las mujeres y los hombres por el simple hecho de ser mujeres u hombres.

El libro compilado por María Eugenia Labrunée (2010) muestra cómo un sujeto trabajador ha sabido aprovechar las oportunidades y sortear las dificultades que el mundo del trabajo le ha ofrecido mediante sus decisiones y acciones en el marco de las políticas económicas en la Argentina. Las trayectorias laborales abarcan un lapso de 40 años que va desde el estado de bienestar de los setentas, la dictadura militar, el regreso a la democracia, la implementación del neoliberalismo en los noventas y las crisis de los años dos mil.

Estos trabajos que abordan de forma específica la investigación sobre el trabajo usando la “trayectoria”, así como el método biográfico que revisé antes, demuestran ser una metodología bidireccional de investigación social. Qué quiero decir con esto, una trayectoria laboral tiene como centro de la investigación al sujeto trabajador, en su relato individual y subjetivo se pueden observar las consecuencias que han tenido las estructuras económicas y sociales en su vida. Esto es útil para tener una mirada cualitativa de dichas estructuras, que en el caso de la economía y del mercado laboral se suelen investigar desde metodologías cuantitativas.

La motivación principal de esta tesis es, a partir de mis propias inquietudes, aportar al conocimiento que se tiene sobre la ciudad de Quito desde las ciencias sociales. Dentro de este gran marco, es que se incluye el tema del trabajo y, en particular, el trabajo femenino, siguiendo el curso que tomó mi investigación de campo. Aquí pretendo contar la historia laboral de dos mujeres que han desarrollado sus actividades productivas en el espacio público y desde su punto de vista conocer sobre la ciudad de Quito, apelando a la capacidad bidireccional de investigación que tiene la metodología de las trayectorias laborales. No abordaré las políticas económicas, el sistema productivo o el mercado del trabajo o lo haré muy poco. En su lugar más bien estará la ciudad, cómo se administra el espacio público y los

equipamientos municipales para las actividades productivas. En qué medida estos son una oportunidad para obtener medios para la subsistencia o para desarrollarse en términos laborales y personales.

Antes de cerrar esta parte, debo aclarar dos cosas. Primero, que en principio no me planteé trabajar únicamente con mujeres y menos solo con mujeres de mediana edad. La selección de mis interlocutoras ocurrió de forma espontánea, basada en el volver a recorrer zonas de la ciudad con las que tengo algún vínculo emocional, el azar y la observación de las actitudes de las personas que trabajan en casetas en estas zonas con el propósito de poder entablar una buena relación etnográfica. Considero que queda pendiente dentro de esta misma investigación el abordaje del trabajo en la caseta municipal desde la perspectiva de un trabajador hombre y de personas más jóvenes o adultos mayores. Segundo, que el lapso de tiempo que cubren las trayectorias laborales que presentaré a continuación no obedecen a una consideración previa del diseño de la investigación, como se suele hacer, sino que se ajusta a las trayectorias mismas de las mujeres que aceptaron trabajar conmigo.

Finalmente, las narraciones etnográficas que presento a continuación tienen como hilo conductor los sentidos individuales que mis interlocutoras le dan a su lugar de trabajo y su actividad productiva. Pero estos temas no pueden observarse de manera aislada, así que los otros aspectos de su vida que se entretajan con sus trayectorias laborales aparecerán en la medida en que sean relevantes para comprender su devenir profesional en el espacio público. Así mismo, esos sentidos subjetivos tampoco se pueden considerar aislados en términos sociales, como ya mencioné antes, la ciudad será la principal urdimbre socio-cultural donde ubicaré a mis interlocutoras y desde su punto de vista y experiencia indagaré, también, sobre la ciudad de Quito a una escala mayor. Aunque, para esto último también servirá mi propia experiencia, observaciones y relato como etnógrafo.

3. Doña Alegría: una “entradora” del trabajo en el espacio público

Doña Alegría es una mujer jovial y risueña de 53 años, divorciada, posee dos viviendas en Amagasi del Inca, ambas construidas con sus propios ingresos, en la una vive ella con su hijo mayor de 33 años y en la otra su hijo menor de 24 con su familia. Estas viviendas son independientes y de dos pisos cada una, lo que permite a Doña Alegría arrendar cuartos en los pisos que le quedan libres. Sus dos hijos fueron a la universidad. El mayor se graduó de diseñador gráfico, pero no ejerce su profesión, pues le resulta más rentable trabajar en el

negocio de su madre. El segundo abandonó los estudios superiores en el momento en que decidió formar una familia, es mecánico y con la ayuda de su madre montó un taller especializado en cables para camiones en el sur de Quito. Los hijos de Doña Alegría son producto de una relación de pareja que inició siendo ella aún una adolescente.

Lo que presento a continuación sobre la vida de Doña Alegría lo tomo principalmente de las dos entrevistas que me dio. Ella cuidaba mucho el darme una imagen de mujer exitosa que ha conseguido lo que tiene dentro de los límites de lo formal. Y sí, creo que es exitosa. Aunque, desde lo que observé en las visitas a su lugar de trabajo y a través de alguna frase que se le salió durante las entrevistas, y que ella cortó de inmediato, como si se delatara, se alcanza a observar que ese camino de total formalidad que me relató no es tan así.

En esta parte trataré que sea la misma Doña Alegría, con su voz, quien cuente su historia, pero al mismo tiempo voy a contrastar su relato con mis observaciones de campo. Además, introduciré interpretaciones y reflexiones cuando las considere pertinentes. El lector encontrará ciertas discontinuidades y reiteraciones propias de la narración de mi interlocutora, que he decidido mantener, aunque esto pueda alterar la linealidad que presupone la noción de trayectoria.



Fotograma 1. Doña Alegría copia una llave mientras conversa con el etnógrafo, que está sentado a su lado dentro de la caseta. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

La vida laboral de Doña Alegría empieza cuando era una adolescente, incluso antes de entablar una relación de pareja, es artesana calificada en corte y confección y ejerció unos

años este oficio.

Sebastián: ¿Y por qué no se dedicó a la costura?

Doña Alegría: Porque me casé muy joven, de 16 años. Entonces, mi marido no me dio el apoyo porque yo trabajaba en una fábrica en el Comité del Pueblo haciendo sostenes, era gerenta ahí yo, en esa época. Ahí me pagaban tres mil sucres semanales, eso ganaba yo, de lunes a sábado. Pero mi marido, ya me casé, no me dio apoyo, nada de eso. En la fábrica que yo trabajé los tres años yo era como gerenta, yo ordenaba mandaba a todos, éramos como unos 50 operarios y la dueña me dejó a cargo de todito. Hacíamos lo que es interiores, todas esas cosas, ajá. Yo les contaba, les contabilizaba (Doña Alegría, entrevistas 2019).

Durante los años que Doña Alegría estuvo casada, vivió del ingreso económico de su esposo que tenía un taller de copiado de llaves y se dedicó al cuidado de sus hijos. Cuando se separa de su esposo se ve en la necesidad de salir a trabajar.

Doña Alegría: Es que más que todo yo cuando me separé tenía un carro del año. Mi marido me dejó con esa deuda en plata ecuatoriana. Y como yo saqué a mi nombre, entonces tenía que pagar esa plata. Después se dolarizó, compramos en 110 millones de sucres, en esa época era plata. Bueno es una historia así, ya. Entonces yo tenía que trabajar. Yo refinancié con los dos bancos, de lo que debía no podía pagar, refinancié para 3 años (Doña Alegría, entrevistas 2020).

La venta de confites es su primera actividad como trabajadora en el espacio público.

Doña Alegría: Yo en primer lugar vendía confites, durante como 5 años.

Sebastián: Y ¿Por qué empieza a trabajar usted en confitería después del corte y confección?

Doña Alegría: Porque mi marido no me dejaba trabajar y de ahí ya me vine para acá y me busqué un puesto donde habían estado arrendando y me puse a trabajar (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

En este punto el corte y confección queda atrás y Doña Alegría reorienta su actividad laboral.

Sebastián: Usted empieza a trabajar en la copia de llaves una vez que se separa.

Doña Alegría: Ahí me separo.

Sebastián: Pero antes trabaja usted 5 años vendiendo confites.

Doña Alegría: Sí, pero después ya me hice independiente, ya no seguí. Porque me dí cuenta, como el puesto era pequeñito, el cubículo era bien pequeñito, de 1 x 1.20 [m], entonces no me alcanzaba para tener caramelos, nada de eso, entonces me lancé a la copiadora de llaves.

Sebastián: Usted me decía que igual la confitería no era buen negocio, que se gana centavitos por cada venta...

Doña Alegría: Claro, sí. No, no se gana nada. Se pasan las cosas... no, no (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Hasta aquí Doña Alegría ha transitado entre el trabajo productivo y de cuidado, los puntos de inflexión en su trayectoria laboral han sido condicionados por su vida familiar. Dentro del trabajo productivo su experiencia ha sido como empleada en el taller de costura y como arrendataria de un negocio para vender confites en el espacio público. Con ‘arrendar’ ella no se refiere solo a la caseta, “el cubículo” como la menciona en esa transcripción, sino al espacio y al negocio. En su relato no fue muy abierta al respecto de este tramo de su vida, pero se lograba vislumbrar que esta condición de ‘arrendataria’ implicaba cierta relación de dependencia con el propietario del negocio. Ahora, cuando Doña Alegría dice “me hice independiente” se produce otro punto de inflexión que ya no está marcado por su vida familiar sino por su voluntad y su carácter y marca el fin de esta condición de ‘arrendataria’.

Voy a transcribir un fragmento de la primera entrevista que le hice, propongo al lector entender lo que quiere para su segundo hijo como lo que ha querido para ella misma.

Sebastián: Y su hijo ¿dónde se capacitó?

Doña Alegría: Él se capacitó con un sobrino mío. Con él se capacitó. Pero él pensó que nunca le va a dejarle, a pesar de que le trató bien mal a mi hijo, le trataba mal. Al último ya le descontaba de la comida. Ya llegó a tener plata [el sobrino], que se hacía 1000 dólares, 1500 diarios. Ya él se dedicaba solo a las mujeres, soltero, se dedicaba solamente a las mujeres. A venir cada mes, cada 15 días, así. Entonces, -yo le decía a mi hijo- ‘aguántate, no importa que te cobre del arriendo...’, dese cuenta le vienen a cortar de la luz, que mi hijo tiene que pagar él lo que le han cortado de la luz. Así... es hecho un relajó. Entonces, -yo dije- ‘no’. Estaba reúne [dinero]... por eso trabajo, a veces hasta los domingos... -dije no-. Mi hijo no tiene que sufrir así mandado de otro. Así es que trabajó, trabajó durante 3 años. Dije- ‘aguántate’ -mi hijo lloraba- ‘así aguántate mijito’ -no le digo- ‘aguántate, ¡aquí te ponemos! ¡aguántate!’. Hasta que yo pude, yo pude ayudarle a mi hijo (Doña Alegría, entrevista 2019).

Cuándo Doña Alegría dice, “el pensó que nunca le va a dejarle” quiere decir que su hijo menor nunca consideró la posibilidad o vio la posibilidad de un trabajo independiente. Cosa que dentro de su propia vida siempre fue un objetivo tras la experiencia de trabajo en relación ‘arrendataria’ como vendedora de confites, no tanto así, como ‘gerenta’ del taller de costura, que por su relato parece que más bien fue una buena experiencia.

En mi siguiente pregunta intento ver si el trabajo independiente tiene ventajas en relación al cuidado familiar, pero Doña Matilde me muestra su voluntad para ser ella misma quien decida y controle su trabajo y fuente de recursos económicos.

Sebastián: ¿Qué ventajas o desventajas en trabajar de forma independiente a ser empleada?
¿Qué prefiere?

Doña Alegría: Yo, independiente.

Sebastián: ¿Y qué ventajas encuentra usted en trabajar independiente?

Doña Alegría: Las ventajas que usted, por ejemplo, puede disponer de su plata, puede salir adelante, coger su plata, puede hacer algunas cosas.

Sebastián: Y ha tenido usted alguna ventaja, por ejemplo, cuando tenía que criar a sus hijos trabajando independiente que teniendo un horario, diga usted...

Doña Alegría: ...Claro...

Sebastián: ...en una oficina o en una...

Doña Alegría: Yo digo más la responsabilidad de uno cuando se tiene negocio... se es más responsable. Ajá. Más que todo yo cuando trabajaba así, yo he sido toda la vida responsable.

La plata que yo tenía todo invertía (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Desde esta voluntad por ser trabajadora independiente y propietaria de su negocio Doña Alegría toma la decisión de reorientar su vida laboral, al ver que el negocio de su exesposo era significativamente más rentable que la venta de confites se “lanza a la copiadora de llaves”. Para concretar su proyecto tiene que dar dos pasos: capacitarse y conseguir el capital inicial.

Sebastián: ¿Dónde se capacitó en la mecánica de precisión?

Doña Alegría: En el Sindicato de Mecánicos de Pichincha.

Sebastián: ¿Cuánto tiempo duró la capacitación?

Doña Alegría: Seis meses.

Sebastián: Y de ahí, ¿toda su vida se ha dedicado a la copia de llaves?

Doña Alegría: Sí. Toda la vida.

Sebastián: 25 años me decía...

Doña Alegría: Ajá, sí.

Sebastián: ¿Conoce usted otras mujeres que trabajen copiando llaves? ¿había otras mujeres capacitándose cuándo usted se capacitó en la mecánica de precisión?

Doña Alegría: ¡No! ¡no! solo yo.

Sebastián: Solo usted...

Doña Alegría: Solo yo...

Sebastián: ...solo usted.

Doña Alegría: Solo yo de... de ahí habían cerrajeros, mecánicos, enderezadores, todo, la mecánica de precisión, solo yo mujer.

Sebastián: Y ¿Cómo monta usted esa copiadora de llaves?

Doña Alegría: Mi difunta mamá me ayudó a comprar la máquina y ahí me puse a trabajar (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Una vez que Doña Alegría se capacita como mecánica de precisión y monta su negocio de copiado de llaves, su actividad productiva en adelante es estable, y su trayectoria es más bien espacial. Es decir, ocupa varios lugares en espacio público hasta llegar a su caseta actual en “La Gran Avenida”. Desarrollaré esto más adelante, cabe hacer una analepsis en su historia para llegar a ese punto a partir de su opinión actual sobre el trabajo en el espacio público.

Sebastián: Y con respecto a lo que el nuevo alcalde anda quitando a los informales, a los ambulantes. ¿Qué opina de eso?

Doña Alegría: No estaría de acuerdo con eso, porque igual esas son nuestras fuentes de trabajo, somos padres y madres de familia, no me gustaría que me quiten.

Sebastián: Yo también digo eso no. En Quito se piensa que la gente que trabaja en la calle está ahí por gusto y que está dañando la calle...

Doña Alegría: Pero no es así...

Sebastián: ...yo creo que están ganándose la vida...

Doña Alegría: Al menos la confitería, ¿qué se gana?, porque yo he trabajado en eso, un centavo, dos centavos, hasta cinco centavos. Qué es eso.

Sebastián: ¿Qué opina usted del trabajo informal?

Doña Alegría: [se queda en silencio]

Sebastián: ¿De los ambulantes, así?

Doña Alegría: Yo diría que, opino que se formaría un centro de acopio para que ellos también pudieran trabajar. Usted sabe que trabajar en la calle es duro, porque yo también trabajé en la calle y es bien duro.

Sebastián: Es complicado ese tema, no hay oportunidades para ellos...

Doña Alegría: ...Ajá (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Doña Alegría nunca reconoció abiertamente o elaboró de forma explícita la etapa de su vida cuando trabajó de manera informal o ambulante en el espacio público, pero en la anterior transcripción muestra empatía hacia los trabajadores que lo hacen. Sin embargo, cuando reconoce haber “trabajado en la calle” deja ver que en su trayectoria tuvo un paso del trabajo ambulante o informal hacia la formalidad en la ocupación del lugar de trabajo y la actividad económica frente al Municipio. Lamentablemente, por su reserva, me es imposible ubicar en qué momento de su trayectoria ocurrió esto. Justamente, “trabajar en la calle” es la categoría nativa que Doña Alegría usa para referirse al trabajo informal o ambulante sin permisos municipales. “Trabajar en la calle” toma la forma de una metonimia que hace alusión a una modalidad de trabajo en relación al espacio donde se desarrolla y que contrasta con su actual situación de trabajadora que ocupa una caseta municipal.



Fotograma 2. Una vendedora ambulante atraviesa brevemente el marco visual de la caseta. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

Una vez que Doña Alegría logra montar su negocio de copia de llaves, gracias a la ayuda de su madre, como mencioné antes, inicia un tránsito por distintos lugares de trabajo y modalidades de la ocupación de esos lugares. Su trayecto ocurre dentro de una de las áreas

más comerciales y céntricas de Quito, en los alrededores del parque más emblemático de la ciudad, donde trabaja hasta ahora.

Sebastián: Monta la copiadora de llaves en una caseta, no es cierto...

Doña Alegría: En una caseta, sí, de los municipales.

Sebastián: ¿Compró la caseta?

Doña Alegría: Yo arrendaba a una señora.

Sebastián: ¿Usted le arrendaba a una señora la caseta?

Doña Alegría: Sí.

Sebastián: Ya. Y usted tenía permisos y todo.

Doña Alegría: Sí.

Sebastián: Y ¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

Doña Alegría: Ahí estaba unos 8 años, así (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

El relato de Doña Alegría sobre los lugares de la ciudad que ocupó presenta varias incongruencias y contradicciones. Esto lo atribuyo, en parte, a las cuestiones propias de la memoria. Para resolver las incongruencias, durante la segunda entrevista intenté trazar junto con Doña Alegría su recorrido en un mapa. El ejercicio no fue fácil, el mapa resultó demasiado abstracto y ella se mostró bastante reservada. De todas formas, después de contrastar con la información que ya me había dado antes, el trayecto del mapa resultó ser el más claro, y quizás preciso, de su tránsito por distintos lugares de trabajo en la ciudad. Aunque Doña Alegría me dejó un importante punto ciego.

Sebastián: ¿Por qué escogió trabajar en la caseta y no en un local?

Doña Alegría: Es que todavía ahí tenía 18 años, o sea... todavía... no sé... pero sí me gustaba ser entradora. Porque en la fábrica que yo trabajé los tres años yo era como gerenta, yo ordenaba mandaba a todos, éramos como unos 50 operarios y la dueña me dejó a cargo de todo (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Cuando Doña Alegría ocupa la primera caseta para su negocio propio, en los alrededores de un centro comercial, lo hace bajo la modalidad de arriendo a una persona particular. Cuando se refiere a la caseta como “de los municipales”, quiere decir que mantenía todos los permisos respectivos para su negocio y el uso del espacio público, pero a través de la arrendataria, aunque dicha caseta no era parte del mobiliario urbano municipal. Después se desplaza apenas un par de cuadras, cerca del mismo centro comercial, pero deja de arrendar

su lugar de trabajo y lo compra. En adelante, ella misma será quien se encargue de mantener los permisos municipales para trabajar en el espacio público.

Doña Alegría: Entonces, yo ahí tuve que comprarle... tuve que comprarle a la señora que me arrendaba, compré en cincuen... 500 millones de sucres, le compré. Le compro a la señora la caseta, ya no le arriendo, le compro. De ahí paso a mi nombre con los municipales (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

En este lugar permanece algunos años y, debido a una renovación urbana de la zona, por disposición municipal se traslada a uno de los bordes del parque más hacia el sur.

Sebastián: ¿Y usted en todo este trayecto siempre tuvo la caseta regular?

Doña Alegría: Sí, siempre tuve regularizado, sí. Siempre estuve con los permisos al día (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Más adelante veremos cómo el cuidado de Doña Alegría por mantener su negocio operando con todos los permisos necesarios le ha rendido frutos en el largo plazo para gestionar la obtención y mantener la posesión de su actual lugar de trabajo en “La Gran Avenida”. Ese cuidado se agrega a un fuerte compromiso con su oficio de mecánica de precisión y la habilidad para hacer crecer su negocio. En su actual caseta tiene dos fotos pegadas, la una de su hijo mayor y en la otra está ella, de no más de 30 años, en el Perú. El viaje lo hizo para adquirir máquinas para su trabajo. Tras el traslado ordenado por el municipio de inmediato compró una pequeña planta eléctrica a gasolina para poder operar las máquinas que usa en su negocio. En sus propios términos Doña Alegría es “entradora”.

Sebastián: Y dice que sus máquinas son extranjeras.

Doña Alegría: Todas, no hay nada aquí ecuatoriano.

Sebastián: Ninguna se fabrica aquí.

Doña Alegría: No, no.

Sebastián: Y más o menos, ¿cuánto cuesta una máquina de éstas?

Doña Alegría: De esta cuesta... como... también tengo otra máquina ahí abajo. Total como unos diez mil dólares.

Sebastián: Solo trabaja copiando llaves o trabaja también haciendo alguna otra cosa.

Doña Alegría: Hago cerrajería, hago llaves para candados, trabajos para switches, para archivadores, así... Servicio a domicilio las 24 horas, todo eso.

Sebastián: ¿Y es bueno el negocio?

Doña Alegría: Sí.

Sebastián: ¿Sí da para vivir tranquilo?

Doña Alegría: Sí da para vivir, pero sabiéndole trabajar. Todo es bueno para estar constante, constante. La constancia es la que vale, la que prevalece, ajá.

Sebastián: Y si estuviera usted solo con las llaves, sin los arriendos ¿igual le alcanzaría para vivir tranquila?

Doña Alegría: Sí, solo que ahorita me refinancié con los bancos, estoy pagando. Pero ya... estoy así... que debo [menciona una cifra significativa], no debo más.

Sebastián: Y ¿usted construyó su casa sola?

Doña Alegría: Solita yo. No, lo que pasa es que estaba endeudada en tres bancos. Lo que pasa que cuando ya me mandaron no tuve nada de negocio, refinancié (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).



Fotograma 3. El etnógrafo solo en la caseta, sentado en el lugar que ocupa Doña Alegría. Se observa la máquina copiadora de llaves y las fotos de ella en el Perú y su hijo mayor. Fuente: metraje de campo Sebastián Núñez, Febrero 2020.

La permanencia en el borde del parque dura dos años, el tiempo que Doña Alegría y varios de sus compañeros, que también fueron trasladados, negocian con el municipio sus actuales lugares de trabajo en “La Gran Avenida”. Pero ellos no eran los únicos interesados, un grupo de vendedores de ropa que ya ocupaba “La Gran Avenida” antes de ser remodelada, así mismo, pugnaban por lugares de trabajo tras la remodelación. El Municipio solicita a los dos grupos que formen una asociación para sostener el proceso de negociación.

Sebastián: Y ¿Cómo fue hacer todo ese trámite, estaban asociados o usted hizo por cuenta propia?

Doña Alegría: Yo más antes era cuenta propia, pero después dijo que nos asociemos con las que estaban aquí [en “La Gran Avenida”], nosotros éramos de confitería, de artesanía y también somos de comida rápida, desde más antes, hace unos 10 años. Porque... verá, aquí hay dos grupos. Yo era individual y habían las señoras que vendían las ropas, ellas eran asociación, así de ropa, de cuero, ellas eran la mitad, y nosotros vuelta éramos independientes, porque una vendía salchipapas, la otra confiterías, así. Entonces nosotros nos unimos una sola para que nos pueda...

Sebastián: ...para que les puedan dar los puestos acá.

Doña Alegría: Ajá, sí (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

La asociación no es homogénea, cada grupo es tomado en cuenta de distinta manera por el municipio y lo mismo ocurre dentro del grupo de Doña Alegría que no estaba asociada previamente.

Doña Alegría: Verá, le cuento una cosa, verá. La mayoría que trabajamos aquí sobre “La Gran Avenida” éramos como 30, fuera de la asociación de la ropa que se ponían. Entonces ellos han sabido trabajar solamente así, o sea sin permisos, sin nada. Haciendo, como decir lo que les da la gana, pero yo siempre he tenido mis papeles, por eso yo llegué acá. Y verá le cuento, como ellos han sido asociación tuvieron ellos más, como decir, más... más prioridad. Aquí llegamos solamente las que hemos tenido los permisos. Solamente hemos sido 5 personas y las demás, las 11 personas son de la otra asociación, o sea, les dieron más prioridad. Las que teníamos papeles de verdad solamente llegamos acá.

Sebastián: ¿Usted y sus compañeros [de los alrededores del centro comercial] que han tenido ya una historia con los papeles legales son los que terminaron trabajando aquí?

Doña Alegría: Sí (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

La remodelación de “La Gran Avenida” se hizo durante la administración municipal del alcalde Augusto Barrera entre los años 2009 y 2014. Barrera también concluye la construcción del entonces nuevo aeropuerto, ubicado en la zona de Tababela; proyecta el Metro de Quito y el parque Bicentenario, este último se ubica en el espacio que deja el antiguo aeropuerto en el hipercentro de la ciudad.

Sebastián: Ese proceso que me cuenta, antes de la remodelación, para venir a trabajar acá. ¿Cómo fue?

Doña Alegría: O sea nos dijeron que desocupemos, que nos quitemos de donde estábamos porque van a trabajar, por eso nos repartieron por distintas partes, otros por atrás, otros por el parque, así. Hasta que remodelaron y algunos ya no regresaron, vendieron, cogieron sus cinco mil dólares y se fueron o se llevaron sus casetas a la casa. O sea no lucharon... Nosotros luchamos de sol a sol dos años. Reuniones, nos íbamos a hacer campaña, nos íbamos a hacer conferencias, así.

Sebastián: ¿Cómo hacen el contacto para venir acá?

Doña Alegría: O sea ahí nos ofrecieron que nos va a reubicarnos acá. Nos van a ponernos unos... éstos... cómo le digo.. estos quioscos.

Sebastián: Y ¿quién hizo el contacto? O sea, ¿ustedes fueron a buscar al municipio o llegó alguien del municipio?

Doña Alegría: Claro, nosotros fuimos a buscar -¡qué por qué nos tiene que mandarnos!- Entonces dijeron que nos van a reubicarnos, nos van a hacernos unos cubículos, de esos municipales.

Sebastián: ¿Con quién no más se reunía?

Doña Alegría: Con el alcalde, nos reuníamos, con las secretarías, con los asesores del municipio, con todos ellos.

Sebastián: Al alcalde sí le conoció.

Doña Alegría: Sí, en cambio, el Barrera venía... por ejemplo él decía, hacíamos oficios. Trabajamos con esa que se llama... María Sol... [busca en su memoria el apellido por un largo rato]

Sebastián: ¿Corral?

Doña Alegría: Corral, María Sol... señora María Sol Corral.

Sebastián: Ya...

Doña Alegría: Ya no nos daban. Hicimos campaña para el Correa, hicimos campaña para el Barrera. Nos íbamos a todas las campañas. Andábamos en todas las sesiones capacitación al cliente, todo, todo, porque nos exigió. Y ahí llegamos a los dos años acá...

Sebastián: ...a los dos años acá...

Doña Alegría: Porque ya no nos quería darnos, tuvimos audiencia con el alcalde, con el Barrera, pero nunca... este... pero tanto así... ir aquí en el municipio del norte, tantas cosas sí... Pero yo en cambio, yo ya iba a quedarme ahí, porque ya cogí clientes ahí. Yo ya cogí clientes, yo ya no iba a moverme de ahí. A mi me daba lo mismo.

Sebastián: Y ¿Cómo fue ese proceso de hacer campaña por el Correa y por el Barrera para poder tener la caseta?

Doña Alegría: O sea, nos dijeron que tenemos que hacer campaña. Por ejemplo, para el Correa para presidente nos íbamos a hacer campaña, todas esas cosas, pero jamás nos dieron un solo centavo, solo nos daban un sánduche, una cola, así no más.

Sebastián: Y ¿usted estaba a favor de ellos?

Doña Alegría: Sí, yo sí a favor de ellos. Gracias a dios por el Correa... ya no nos iban a darnos los puestos -que no hay la caseta, que no, no se qué, que ya no, ya no, ya no-. Entonces nosotros fuimos hablamos con el alcalde y el alcalde nos prometió. Y por medio del Correa, que era presidente, dio la orden que nos den nuestros sitios de trabajo.

Sebastián: Con María Sol Corral era con la que mantenían la relación directa...

Doña Alegría: ...sí, ajá.

Sebastián: ...para el tema de los puestos.

Doña Alegría: Sí con ella. Hicimos campaña para ella también (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

El relato de Doña Alegría sobre el proceso de obtención de su actual caseta es muy claro y abierto, al contrario de la reserva que a veces mantenía sobre ciertos temas. El lector podrá sacar conclusiones fácilmente. A riesgo de ser redundante quiero señalar algunas cosas, la gestión del lugar de trabajo entre la asociación de Doña Alegría y la administración de la caseta tuvo un carácter transaccional y estuvo marcada por ‘ires y venires’ que generaron cierto desgaste en mi interlocutora y varios de sus compañeros. Alguno de esos ‘ires’ dados por el interés de los mismos trabajadores del espacio público por mantener los clientes fijos que ya tenían en el lugar de la reubicación y con ello mantener su ingreso económico. Este desgaste provoca que muchos de los trabajadores decidan obtener un ingreso económico inmediato vendiendo sus casetas o simplemente abandonar la gestión. El grupo de trabajadores era heterogéneo tanto en sus intereses, capacidad para lidiar con la administración municipal y de “ser constante” como diría Doña Alegría.

Tras varios años de ocupar el espacio público copiando llaves, siendo propietaria de su caseta, una que no era parte del mobiliario dispuesto por el municipio, Doña Alegría obtiene una que es parte del nuevo diseño de “La Gran Avenida”, pero la modalidad de posesión de su lugar de trabajo será otra. Desde la observación inicial que me llevó a preguntarme por el trabajo en las casetas municipales, supuse que una vez que un trabajador obtenía este equipamiento para su actividad económica adquiriría estabilidad de la posesión del lugar de trabajo, pero la realidad me mostró otra cosa.

Sebastián: La caseta le entregan en comodato, en arriendo...

Doña Alegría: En arriendo. El otro era mío propio, pero ahorita es arriendo no más.

Sebastián: ¿Cuánto es el arriendo?

Doña Alegría: Pagamos 150\$ al año.

Sebastián: ¿Y en este puesto ya ha estado estable?

Doña Alegría: No puedo decir estable, porque con el otro que tenía era estable, porque era mío. El rato menos pensado me dicen -adiós, chao...

Sebastián: Cualquier momento a usted le podrían cortar el contrato de arriendo y gracias...

Doña Alegría: ...me voy (Doña Alegría, entrevistas 2020).

Doña Alegría ha ocupado su caseta en La Gran Avenida más o menos diez años y la lucha por mantener la posesión de su lugar de trabajo ha continuado hasta el presente, pero no así la asociación.

Sebastián: ¿Cómo se lleva con los compañeros de las otras casetas de aquí en “La Gran Avenida”?

Doña Alegría: O sea, yo me llevo con toditos me llevo, pero saludo así no más, y nada de intimidad.

Sebastián: Y digamos aparte de verse en la jornada de trabajo diario, seguramente se encontrarán de mañana cuando están abriendo los negocios y cosas así, ¿hacen alguna actividad en conjunto?

Doña Alegría: O sea más antes cuando hubo el alcalde había compañerismo. Por ejemplo nos llevaban a las sesiones. Nos íbamos a conocer cualquier parte, el alcalde nos daba el carro, nos daban sánduche. Por ejemplo, nosotros fuimos las que inauguramos con el Barrera el... ¿cómo se llama? El aeropuerto de aquí de Tababela. Así nos sabíamos reunirnos, nos íbamos, compartíamos, todo, pero después ya cada uno hizo su...

Sebastián: Ahora ya no están unidos, sin esa afinidad política...

Doña Alegría: ...ya no, nada. Nada, nada, nada, ya no ya... Inclusive formamos una cooperativa de ahorros y todo, pero ahora ya no hay nada de eso.

Sebastián: Y ¿por qué cree que después de que salió el alcalde ya no siguieron con asociados?

Doña Alegría: Porque nosotros, como le digo... los del municipio nos, o sea nos... daban eso que tenemos que tener compañerismo. Seguíamos atención al cliente, tanta cosa, computación...

Sebastián: ¿Ellos les capacitaban?

Doña Alegría: Claro, nos capacitaban, todas esas cosas. Pero ahora ya nada.

Sebastián: ¿Dónde les capacitaban?

Doña Alegría: Por el mercado Ñaquito... por el mercado de Santa Clara. Ahí al frente hay uno, como municipio creo que es. Ahí nos capacitaban. Atención al cliente, por ejemplo, nos daban todo, relaciones humanas, todo nos daban. En todo eso, todas somos capacitadas.

Sebastián: ¿Y ustedes por cuenta propia no han intentado volver a juntarse, ahora con el nuevo alcalde Yunda?

Doña Alegría: No, porque verá mucho egoísmo entre las compañeras, muchas peleas que hubo, hasta demandas, hubo de todo...

Sebastián: ¿Cuáles eran los roces, las discrepancias?

Doña Alegría: O sea por los giros que no respetan. Por ejemplo, alguien vende peluches, allá también se ponen peluches.

Sebastián: Y empiezan a competir, a vender lo mismo.

Doña Alegría: Ajá, ajá.

Sebastián: ¿Y cuáles eran las ventajas, en esa época, de estar asociados?

Doña Alegría: O sea verá, seguimos atención al cliente, seguimos computación y tantas cosas, que para poder llegar acá era un requisito que nos pedía, exigía el municipio (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

La cohesión de la asociación era frágil y dependía de la coyuntura política dentro del Municipio de Quito. Ya una vez ubicados en “La Gran Avenida” el grupo de Doña Alegría se ve en la necesidad de sostener la relación transaccional con la administración municipal para conservar los puestos de trabajo. Las capacitaciones son un requerimiento del municipio a quienes trabajan en las casetas, tras la primera capacitación, Doña Alegría afirma que no le han solicitado que se capacite nuevamente. Ella no encuentra ventajas claras al estar asociada más allá de que fue necesario para obtener su lugar de trabajo y el haber recibido capacitación en atención al cliente y relaciones humanas.

De acuerdo a la Ordenanza Metropolitana 0280, los giros de negocio que otorga el municipio a quien trabaja en una caseta son únicos, pero quienes realizan sus actividades económicas los respetan poco. En “La Gran Avenida” es común encontrar servicio de copias y teléfono en confiterías y algún dulce o refresco en la caseta que oferta copias, emplastados y anillados. La misma Doña Alegría oferta uno que otro suplemento alimenticio en una de sus vitrinas y tiene una máquina para emplastar documentos que está dañada.

Doña Alegría dice que mantiene relaciones más bien distantes con sus compañeros en “La Gran Avenida”, el viernes 21 de febrero del 2020 a media mañana estaba sentado dentro de la caseta, en mi puesto de siempre con la cámara y la grabadora de audio en las manos. Doña Alegría saca una pila de papeles de dos fundas, sobre la máquina copiadora de llaves va pasando con los dedos uno tras otro. Su vecina de caseta, que la visita con regularidad, está

parada frente a la ventana de atención. Doña Alegría selecciona los documentos y se los va entregando, son los permisos municipales que tiene archivados de más o menos 10 años. La vecina insiste en que cuando fue a ingresar los papeles para obtener el nuevo permiso municipal le solicitaron que presente todo el historial de los permisos que ha obtenido para poder trabajar en “La Gran Avenida”. Doña Alegría le pregunta si también los papeles de la época en que estaban en los alrededores del centro comercial, la vecina responde que no. El gesto de Doña Alegría se torna preocupado y dice, como si lo hiciera sólo para sí misma, que pensaba que tenía todos esos papeles en la caseta, que no sabe si tiene los permisos archivados en su casa. Las dos mujeres siguen con la conversación, Doña Alegría me pide que le haga el favor de cambiar un billete, salgo de la caseta. Cuando regreso, me dice que ya no vamos a ir a hacer el trámite para sacar el nuevo permiso y que, de urgencia, tiene que ir a sacar otro documento que también le hace falta, preguntó qué documento es, ella me esquiva. En la caseta estamos Doña Alegría, su hijo y yo, siento que provoco cierta incomodidad en ellos y decido salir a hacer unas tomas de “La Gran Avenida”. Cuando regresé, Doña Alegría ya se había ido.



Fotograma 4. Doña Alegría revisa el historial de sus permisos, su vecina de caseta le ayuda y le cuenta cómo el trámite de renovación de permiso de ella. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

Doña Alegría regresa al medio día, con una sonrisa me pregunta si ya almorcé, le digo que no y me dice que el restaurante que queda en la esquina es bueno. Me voy a comer, desde la mesa en que estoy sentado veo pasar a los agentes de la Agencia Metropolitana de Control (AMC) acompañados de policías metropolitanos.

Al inicio de la mañana mientras hacía planos generales de “La Gran Avenida” noté su presencia y se ocurrió hacerles una toma antes de regresar a la caseta, hasta ahí todo bien. Minutos después una agente metropolitana se acercó a la caseta de Doña Alegría, preguntó por mí, me acerqué a la puerta de la caseta con mi carnet de estudiante en la mano. La agente me increpó, qué estaba haciendo y para que les había filmado, le dije que hacía el trabajo de campo de mi tesis de maestría. Doña Alegría le dijo que visito su lugar de trabajo desde diciembre. La agente me preguntó por mi nombre. Yo le mostré el carnet. Ella le tomó una foto. De inmediato le pedí que me diera su nombre y me muestre su identificación que llevaba colgada del pecho. Ella se negó, insistí, me mostró su identificación del lado que no se puede ver el nombre, se lo hice notar, la giro a velocidad de rayo, apenas si alcancé a leer su nombre. Luego me dijo por qué la filmé sin consentimiento, que ya tiene mi nombre y que no puedo sacar los videos en redes sociales. Sí, la agente tiene un punto, insisto que el metraje es para mi tesis de maestría. La agente insiste en que ya tiene mi nombre y se va.

Acabo de comer al apuro, y camino de regreso a la caseta, por primera vez no hay un solo policía metropolitano o agente de control en “La Gran Avenida” y por primera vez está abarrotada de comerciantes ambulantes. Ya en la caseta, Doña Alegría me dice que no salga mucho, que solo filme dentro, que les están vigilando. Le pregunto si eso empezó desde que está el nuevo alcalde Yunda, hace un gesto dubitativo y responde, sí, entredientes, y me dice que la agente que me increpó es la “coordinadora” de “La Gran Avenida”. Le pregunto si antes le habían pedido el historial de los permisos para trabajar en la caseta, Doña Alegría dice que no, pero que ahora van a dar los permisos solo a los “antiguos”, solamente a los que llevan trabajando en “La Gran Avenida” durante años.

En “La Gran Avenida” se acerca el final de la tarde, llueve, me quedo a solas un par de horas con el hijo de Doña Alegría. Desde dentro de la caseta, para mi sorpresa, se ven pasar varias personas. Doña Alegría salió apurada a hacer el trámite de otro documento que necesita para sacar el permiso, no le pregunté de qué documento se trataba. Converso de cualquier cosa con el hijo de Doña Alegría, en un momento de silencio un hombre de mediana edad se acerca a la ventana de atención, no quiere copiar llaves, le dice al hijo de Doña Alegría que ya tiene el certificado, que si le preguntan, Doña Alegría tiene que decir que lo obtuvo en el dispensario médico de tal barrio, uno ubicado en el centro histórico. El hijo de Doña Alegría le paga y el hombre se va. Yo hago como si nada, como si se hubiese acercado un cliente más. Para el

final de la tarde Doña Alegría regresa, entra en la caseta donde estamos su hijo y yo, conversan brevemente, él le muestra el certificado y se va.



Fotograma 5. Vista de los peatones a través del marco visual de la caseta, pese a la lluvia recorren “La Gran Avenida”. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

“La Gran Avenida” es una zona vibrante de la ciudad, en su perímetro están los edificios principales de varios bancos, centros comerciales, una infinidad de instituciones privadas y varias instituciones públicas se han mudado a este sector. Por la vereda de “La Gran Avenida” siempre hay gente caminando, oficinistas, repartidores de comida, gente de todas las edades y en todo tipo de indumentarias, a veces pasa algún corredor vestido como para una maratón, un patrullero siempre está parqueado frente a un banco y repartidores de volantes o chicos jóvenes haciendo encuestas. El flujo de clientes en la caseta es constante, unos piden copias sueltas de llaves o accesorios para sus llaveros, muchos son personas jóvenes con acento venezolano, otros vienen con credenciales colgando del cuello con el logotipo de empresas privadas a pedir varias copias de sets de llaves enteros, que recogen y pagan en la tarde al momento que Doña Alegría les emite una factura. Con estos últimos Doña Alegría se reconoce, hace charla trivial y con todos es amable y risueña.

Sebastián: ¿Y cuál es la diferencia entre sus anteriores lugares de trabajo y éste?

Doña Alegría: Bueno a mi, gracias a Dios, sí me ha ido bien. Trabajar como antes, como trabajar aquí, pero aquí ha sido más comercial, más todo, más grande, más amplio porque esta caseta tiene 1.50 por 2 metros, el otro era de 1 metro por 1 metro. Igual ahora se puede exponer bastantes productos, también.

Sebastián: ¿Le gusta trabajar aquí en esta zona?

Doña Alegría: Sí, me encanta trabajar aquí... sí.

Sebastián: ¿Qué le gusta?

Doña Alegría: El comercio.

Sebastián: ...el movimiento comercial...

Doña Alegría: Ajá.

Sebastián: Es bueno. Y me contaba que también tiene como principales clientes al banco...

Doña Alegría: Sí, hago mantenimientos. En la [aquí menciona el nombre de una institución pública], en el banco, en el ministerio y así sucesivamente.

Sebastián: ¿Ellos le pagan mensual?

Doña Alegría: Mensual o cada dos meses. Cuándo yo facture.

Sebastián: ¿Quiénes son los que más le hacen el gasto?

Doña Alegría: Todos, las oficinas más que todo.

Sebastián: ¿Y ya tiene algunos conocidos?

Doña Alegría: Sí, sí, gracias a Dios sí tengo conocidos, ya. Sebastián: Y ¿cómo se lleva con los conocidos?

Doña Alegría: Bien, gracias, sí... saludo, les atiendo bien ‘¿cómo le va vecino?’, así.

Sebastián: Sí se reconocen y...

Doña Alegría: ¡Ah claro! Sí.

Sebastián: Claro, ya tiene sus clientes fijos.

Doña Alegría: Sí, la constancia y más que todo saber atender al cliente (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Alguna vez, durante una conversación informal me preguntó si yo creía que ella sabe tratar a los clientes. Le respondí, que sí, que ella sabe, que se gana la simpatía de la gente. No obtuve una respuesta verbal, con un gesto mostró agrado y orgullo. El mismo que siempre muestra cuando habla de sus capacitaciones en atención al cliente y relaciones humanas. El mismo gusto que muestra cuando habla del movimiento comercial de la zona y de la gestión del alcalde Barrera que remodeló “La Gran Avenida” y con el que negoció su lugar de trabajo.



Fotograma 6. Doña Alegría atiende un cliente, como casi siempre, ambos tienen una sonrisa en la cara.
Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero 2020.

Sebastián: ¿Qué le parece “La Gran Avenida” después de que le arreglaran?

Doña Alegría: Bien bonito quedó, sí. Más espacioso, ya no hay muchos delincuentes, porque había bastantes, también muchas ventas ambulantes.

Sebastián: Pasar de noche a veces me daba miedo.

Doña Alegría: Ahí le asaltaban, le robaban, todo.

Sebastián: ¿Es cómoda para trabajar la caseta?

Doña Alegría: Yo aquí cómoda, sí. Pero así viéndole, así... mucho smog, mucho... mucho stress, ajá. O sea, vea la música de aquí, eso que ya han apagado los de [menciona una cadena de supermercados], las músicas tremendas...

Sebastián: ...todo el día.

Doña Alegría: Ajá.

Sebastián: Y ¿Desde que arreglaron “La Gran Avenida” es mejor el negocio?

Doña Alegría: Sí, sí ha sido mejor, pero más que todo cuando estaba el alcalde Barrera era mucho más mejor, por sus cosas que traía, con sus actividades también... Y más que todo hizo obras. No se si usted se acuerda que trajo unos animalitos acá. ¿Se acuerda?

Sebastián: Sí.

Doña Alegría: Todo eso, entonces hubo más comercio, por ejemplo en la navidad ponía las luces, y la gente también es novelera, aquí somos bien noveleros, entonces había más comercio pero ahora todo botado, ya veo que ni una luz no hay. En cambio desde noviembre ya, más o menos por el 15 ya ponía el Barrera toditas las luces, decoraba, hacía, pero ahora no veo nada.

Sebastián: Y eso le traía negocio.

Doña Alegría: Eso traía el negocio también. Sí (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Sí, tras la remodelación, “La Gran Avenida” es un sitio agradable, se puede disfrutar de caminar a lo largo de la avenida o de permanecer sentado en una de sus bancas observando la ciudad pasar, como transeúnte da la sensación de seguridad. Los trabajadores de las casetas municipales deben tener la misma sensación, el hijo de Doña Alegría afirma que su “taller”, como le llaman a su caseta él y su madre, nunca ha sido abierto y robado durante las noches, a diferencia de cuando se ubicaban en los alrededores del parque.

Durante todo el trabajo de campo sentí cierta complicidad de parte de Doña Alegría hacia mí. Gestos como escoger el día que iba a renovar sus permisos para que yo filme; o que durante el incidente con la agente de control ella le aclare que ya venía haciendo mi trabajo de campo desde diciembre. El mismo día de la filmación apenas me vio con los equipos para filmar ella de inmediato me advirtió “tendrá cuidado con los amigos de lo ajeno”. Pero, esa complicidad no bastó para tener acceso a las dinámicas más complejas, quizás más profundas, de lo que ocurre en el mundo de su trabajo. Una tarde llegó una mujer, saludó amable con Doña Alegría que le pagó la cuota de un edredón y obtuvo un recibo a cambio. En otra ocasión, sin importar que había clientes, un hombre se acercó a toda velocidad a la ventana de atención de la caseta y un gesto bastó para que Doña Alegría con la misma velocidad le de un billete, se despidan y el hombre desaparezca. No hice ninguna pregunta. La segunda vez que este hombre apareció estábamos solo Doña Alegría y yo, la escena fue parecida a la anterior, solo que un poco menos vertiginosa. Esta vez tampoco pregunté. Cuando el hombre desapareció, Doña Alegría me dijo que era “el vecino de la deuda”. Tras eso, salí a comprar una botella de agua en una de las casetas vecinas a la de Doña Alegría y observé “al vecino de la deuda” parado por unos segundos en otra caseta antes de desplazarse hacia otra. ¿Qué deuda? No puedo responder esa pregunta.

La caseta de Doña Alegría, no es solo un local de copiado de llaves al paso, es un taller de cerrajería en general. Funciona como cualquier otro taller que ocupe un local en una edificación cualquiera que atiende la demanda de su ubicación inmediata o de sectores más alejados que lo soliciten por conocer el taller. El hijo de Doña Alegría se encarga de hacer servicio a domicilio.

Sebastián: ¿Qué hace usted mientras espera clientes? porque no todo el rato debe estar con clientes.

Doña Alegría: Yo verá, como tengo, así por ejemplo el banco, ya vienen chapas, ya vienen candados, hago llaves para candados, así. Yo ya me entretengo. Hago mantenimiento, servicio a domicilio, por ejemplo, endenantes no más mande unas 4 chapas. Cobro cada mes, así. No me aburro yo aquí, no.

Sebastián: ¿Cuánto paga de arriendo?

Doña Alegría: Pagamos 150\$ al año y patente 11\$ dólares [anuales] (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

En una de las tantas conversaciones informales en las que Doña Alegría me preguntaba sobre mi vida, me dijo que no aparento la edad que tengo. Medio en broma, medio en serio, le respondí que a estas alturas de mi vida ya estaba pensando en que algún rato voy a ser viejo, y que pensando en que voy a necesitar una pensión jubilar y atención médica estoy afiliado voluntariamente al Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS). Con gesto asombrado y curiosidad, Doña Alegría me pregunto cuánto pago de aporte mensual al IESS.

Sebastián: ¿Le gusta su trabajo?

Doña Alegría: Sí me encanta, sí...

Sebastián: ...le gusta la copiada de llaves...

Doña Alegría: ...de eso he tenido, le he educado a mis hijos y también tengo algo en qué sustentarme yo.

Sebastián: Si pudiera trabajar en otra cosa, ¿en qué le gustaría trabajar, Doña Alegría?

Doña Alegría: A mi me gustaría trabajar confeccionando.

Sebastián: El corte y confección, que me decía que sí le gustó...

Doña Alegría: ...eso siempre me gustó. Me encantaba trabajar, porque después que me gradué, dos años trabajé. Se manejar todas las máquinas. Hasta ahora me gustaba confeccionar.

Sebastián: ¿Y ahora no cose por gusto?

Doña Alegría: No, sí coso, aunque sea a la mano, no tengo máquina, pero sí le coso. Me gusta alzar las bastas de pantalón, me gusta coser, así. Pero este es el trabajo [la copia de llaves] que me ha dado para vivir, para sacar adelante a mis hijos.

Sebastián: ¿Y le gusta su lugar de trabajo?

Doña Alegría: Sí, me encanta...

Sebastián: Sí, es céntrico...

Doña Alegría: ...lo que hemos sufrido es bastante para llegar acá. Sí, me encanta.

Sebastián: Es un logro...

Doña Alegría: ...pero sí me siento cansada ya.

Sebastián: De estar haciendo los trámites en el municipio todos los años...

Doña Alegría: No, no. Con el municipio no. Con los clientes, usted sabe que los años no pasan en vano (Doña Alegría, entrevistas 2019, 2020).

Aunque Doña Alegría está cansada, sigue “entrándole” a su negocio de copia de llaves y a los menesteres que le implica el trabajo en el espacio público y el mantener la ocupación de su caseta. “Entradora”, ¿qué significa esta palabra vista desde fuera del mundo del trabajo en el espacio público?, desde mi posición en la clase media-media. ¿Es lo que ahora denominan emprendedor? Quizás planteo mal la pregunta, porque implícitamente propone una traducción basada en dos mundos separados, y aquí he intentado un ejercicio transcultural (MacDougall 2009), que más que hacer énfasis en las distancias de clase y género intenta, al menos, acortarlas, sería muy ambicioso decir trascenderlas, aunque ese sería el fin último.

“Entradora”, la definición está en el relato de Doña Alegría, en su capacidad para haber llevado y llevar su trayectoria laboral con un gran sentido de la estrategia, el compromiso con el objetivo de ser dueña de su propio negocio y no depender de nadie para ganarse la vida, en su constancia para hacer prosperar su negocio, en sus habilidades sociales para ganarse a los clientes. También está en su astucia, ella sabe los trucos para “trabajar en la calle” y en la caseta, sabe cómo usarlos bien para negociar con el municipio y con los otros actores del trabajo en el espacio público.

4. Doña Matilde, ¿un caso particular?: el trabajo en el espacio público más allá de la subsistencia

Doña Matilde tiene 57 años, vive en el Barrio de La Magdalena al sur de Quito con su esposo y sus dos hijas. La mayor tiene 29 años, es ingeniera ambiental por una universidad privada y trabaja en una empresa de venta de autos, está casada y tiene una hija. La menor es abogada, tiene 27 años y es soltera, estudió leyes, también, en una universidad privada, en una facultad que algunos podrían considerar aún de élite. Al momento del trabajo de campo, su hija mayor y su yerno estaban en proceso de montar su negocio propio de venta de partes de autos y la hija menor tenía el proyecto de obtener su doctorado en leyes en una de las universidades de posgrado de la ciudad.

El principal ingreso de la familia de Doña Matilde lo ha generado siempre su esposo, antes con su sueldo de empleado civil de la Marina y ahora con la pensión que recibe como jubilado de dicha institución. Esta familia ampliada habita una vivienda propia que

obtuvieron gracias a un préstamo otorgado años atrás al esposo de Doña Matilde por el Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas (ISSFA). El hijo mayor de Doña Matilde, de 39 años, emigró a los Estados Unidos cuando tenía 19. La mayor parte de su vida, Doña Matilde se dedicó a las actividades de cuidado de su hogar y sus hijas.

En la actualidad, Doña Matilde se traslada durante una hora desde La Magdalena hasta su lugar de trabajo ubicado en la avenida Patria entre las calles Juan León Mera y Reina Victoria, en los bajos del edificio de la Fiscalía General del Estado (FGE). Ahí se ubica la caseta municipal donde vende libros. Su jornada va de 10h00 a 16h00 entre semana y los sábados y feriados suele trabajar más o menos entre las 10h00 y las 14h00. Los domingos asiste a su caseta solamente si ha quedado en entregar un libro a algún cliente. Entre semana suele llevar a la caseta a su nieta que está por entrar a la educación inicial.



Fotograma 7. Doña Matilde en su habitual posición y gesto en su caseta, mientras revisa su celular. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

La información que presento aquí proviene de las conversaciones informales que sostuvimos Doña Matilde y yo durante mis visitas a su lugar de trabajo, debido a que no alcanzamos a sostener una entrevista formal y a profundidad por el brote de la pandemia de la Covid-19 en Ecuador a mediados de marzo del 2020. Dicha entrevista tenía como finalidad el confirmar datos y completar los faltantes, el guión tal cual lo elaboré estaba guiado por la lógica de la repregunta. Debido a esto, lamentablemente algunos de los datos que presento no alcanzan el nivel de detalle y precisión cronológica que me habría gustado y la voz misma de Doña Matilde aparecerá muy poco.

Antes de tener una actividad productiva, Doña Matilde se dedicó al trabajo de cuidado de su casa y sus hijos. Cuando sus hijas alcanzan la adolescencia y cierto grado de independencia ocurre el punto de inflexión donde inicia su trayectoria laboral. Se capacita durante tres años como maestra artesana en corte y confección, donde además de aprender el oficio recibe formación en legislación del trabajo y cooperativismo. Tras esta experiencia decide buscar más formación técnica, esta vez en computación y alcanza el grado de tecnóloga en sistemas. También tomó un curso de tejido como pasatiempos, afirma que aún teje de vez en cuando. Cuando le pregunté por qué no se dedicó a ser técnica de computadoras, su respuesta fue que no encontró “ventajoso ese trabajo” y fue más fácil dedicarse a la venta de libros. Aprende este negocio de su hermano y se incorpora a la misma asociación a la que él aún pertenece. El hermano de Doña Matilde lleva muchos años dedicado a la venta de libros en carpas ambulantes que se ubican por temporadas en distintos puntos de la ciudad.

Según me contó, Doña Matilde comenzó a vender libros alrededor de los años 2003 o 2004, montaba y desmontaba su carpa en distintos puntos de la ciudad por periodos de 15 días, este último es el plazo otorgado por el municipio para este tipo de venta, según Doña Matilde. En mi diario de campo registré la respuesta que me dió sobre las ventajas de estar asociada: “nada, solo los permisos”. Esta respuesta se repitió cuando le pregunté qué temas trataban en las reuniones de la asociación. Luego, tras insistir, me contará que la asociación tenía unos “fondos propios” con los que otorgaba préstamos a los miembros y que ellos tenían la obligación de asistir a las reuniones periódicas, las ausencias se penalizaban con multas.

La logística para vender libros en una carpa ambulante era complicada, según me relató Doña Matilde. Implicaba constantes traslados y solicitud de permisos, así como gastos en seguridad pues tenía que contratar un guardia para que cuide la carpa, que permanecía montada durante la noche. Este último gasto lo compartían entre varios compañeros asociados cuando el municipio les asignaba el mismo lugar para la venta. Doña Matilde también compartía viajes a provincias dentro del país con sus compañeros de la asociación. En grupos de 10 o 12 asociados alquilaban un camión donde llevaban los libros y las carpas a sitios como Cuenca, Esmeraldas, El Oro, Machala o Manta. Ella insistió en que la venta era buena.

Doña Matilde se desasocia cuando compró la caseta que hoy es su local de venta de libros, no ubica de forma clara en el tiempo cuando ocurre este evento, mencionó varios años, pero el 2008 parece el más cierto.

Sebastián: ¿Hace cuánto está usted aquí?

Doña Matilde: ¿Desde que tiempo? Uy... ya tengo aquí unos 12 años.

Sebastián: ¿Usted sale de la asociación cuando decide trabajar en la caseta? ¿No es cierto?

Doña Matilde: Cuando adquirí esta caseta.

Sebastián: Cuando compra la caseta.

Doña Matilde: Ahí salí.

Sebastián: ¿Había pensado antes en comprar una caseta o algo así?

Doña Matilde: No porque no habían [pausa]. Lo que esta caseta de la noche a la mañana me avisaron. -seño, le vendo'-, -'bueno' (Doña Matilde, entrevista 2020).

En la caseta que hoy es su librería y centro de operaciones antes vendían discos de música latinoamericana y protesta. Doña Matilde paga 4500\$ por el equipamiento. El antiguo propietario pasaba por un apuro económico y su negocio ya no era rentable, recibe un adelanto de 1500\$ por parte de Doña Matilde, y meses después, tras la entrega del resto de dinero acordado, él le entrega la caseta, en el mes de mayo, según recuerda ella. Cuando me relataba esto, Doña Matilde insistía que para obtener su actual lugar de trabajo no tuvo nada que ver con el Municipio.

Doña Matilde migró a los Estados Unidos en el 2014, donde vive su hijo mayor, afirma que tiene residencia estadounidense vigente hasta el año 2025 y que no logró acostumbrarse al transporte de la ciudad de Los Ángeles, entonces, regresó a Quito y a la venta de libros. No tengo claro cuánto tiempo permaneció fuera del país, pero no fue mucho y puedo suponer que su hermana se hizo cargo de la venta de los libros en la caseta. Entre las dos solían compartir los horarios de trabajo para que Doña Matilde pueda cuidar de su nieta. En alguna de mis visitas un par de clientes preguntaron por la hermana de Doña Matilde y en una ocasión hasta la confundieron con ella.

Hasta aquí la trayectoria laboral de Doña Matilde, el camino que la llevó a trabajar en la venta de libros ocupando una caseta municipal hasta el momento en que la conocí en enero del 2020. El giro de negocio que tiene registrado en el Municipio de Quito es: 'venta de libros', ocupa este equipamiento bajo la modalidad de propietaria. Desde mi primer acercamiento hizo énfasis en que ella mantiene todo en regla con el Municipio y que por eso no tenía problema en trabajar conmigo.

La pequeña caseta donde se abarrotan los libros que vende Doña Matilde, apenas dejando espacio suficiente para que quepa ella, más que un simple local de venta o escaparate para que los transeúntes que pasan miren sus mercancías y quizás hagan una compra, es el lugar desde donde mantiene los vínculos con sus redes de proveedores y clientes. Doña Matilde afirma que tiene alrededor de 1000 títulos de los que el 60% están en la caseta, el resto en una bodega en su casa. Todos los libros que están en su local están forrados con fundas plásticas, “para que no se hagan como si fueran viejos”, este es el único cuidado que les dá. Antes solía llevar un inventario en la computadora pero ese sistema le resultó poco práctico y los libros se le perdían, ahora se fía de su memoria y así le resulta más fácil saber qué tiene y qué no.



Fotograma 8. Doña Matilde reorganiza los libros almacenados en su caseta. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

Doña Matilde tiene dos tipos de proveedores: editoriales y distribuidoras de libros y vendedores individuales que vienen de imprentas locales. Según Doña Matilde, antes de que las grandes editoriales salgan del país, éstas eran sus principales proveedoras y le permitían acceder a la mercadería a consignación, cosa que ya no ocurre. Ahora solamente recibe notificaciones, “de imprevisto”, a través de e-mail o whatsapp para participar de remates en los que se dan de baja grandes lotes de libros. Los montos van de entre 1000\$ a 3000\$, más o menos, el pago debe hacerse de contado. El valor de cada libro rematado es de 1\$ o 2\$ y luego ella los vende entre 5\$ y 12\$. Doña Matilde siempre busca la forma de aprovechar esta oportunidad, si no tiene todo el dinero lo hace junto a algún otro vendedor de libros o paga con su tarjeta de crédito. Cuando adquiere libros al por mayor, pero haciendo un pedido directamente ella, Doña Matilde recibe los libros en su caseta, deja un ejemplar o dos de cada

título ahí y el resto lo traslada, en taxi o en el carro de su yerno, a la bodega que tiene en su casa.

Los otros proveedores de Doña Matilde, los vendedores individuales que menciono arriba, vienen de imprentas locales donde se reimprimen libros de todo tipo. Pude observar a uno de estos vendedores en varias de mis visitas. La última vez, le mostraba el último libro de una reconocida autora ecuatoriana. Para convencer a Doña Matilde de comprarle algunos ejemplares, el vendedor le decía que lo estaban pidiendo mucho en las escuelas y le hacía notar lo caro que lo ofertan las librerías. Al iniciar mi relación etnográfica con Doña Matilde le compre una novela, una de un autor que siempre es candidato al Nobel de literatura y nunca lo gana, a muy buen precio, más o menos la mitad de lo que me habría costado en una librería. De regreso a mi casa al hojear el libro, noté que la página con la información editorial estaba ausente.

El negocio de Doña Matilde es rentable por dos razones, que oferta libros a muy buen precio y que su lugar de trabajo es estable, al contrario de la carpa. Esto le ha permitido consolidar y sostener durante años una red de clientes fijos a lo largo de la ciudad de Quito y sus valles aledaños. La caseta no es el mejor escaparate a la hora de atraer clientes al paso:

Sebastián: ¿Y es mejor estar en la caseta?

Doña Matilde: A ver cómo le digo... porque usted ya no está expuesto al viento, ni al sol ni... es mejor en la caseta, pero en las carpas usted vende más porque exhibe más los títulos (Doña Matilde, entrevista 2020).

Además, esta red de clientes le permite vender libros “al por mayor”, es decir más de cinco unidades de un mismo título, lo que es beneficioso para ella.

Sebastián: ¿Es negocio? ¿Si sale [utilidad]?

Doña Matilde: Sí se gana. Sí sale. Sobre todo si pagan al contado. Los libros demoran para salir, aprovecho cuando me piden varios, cuando les mandan a leer (Doña Matilde, entrevista 2020).

Esta venta “al por mayor” es beneficiosa también para los clientes. El precio de un libro que por unidad vende en 10\$, “al por mayor” Doña Matilde lo vende en 7,5\$. Padres de familia

de estudiantes de educación básica o media se organizan para hacer compras “al por mayor”. Así como estudiantes de las universidades aledañas a su local y de otras ubicadas a mayor distancia, a los que Doña Matilde se refiere con particular agrado. Dice que los estudiantes de la Católica y la Salesiana la suelen visitar alrededor de las 10 de la mañana cuando salen de sus primeras horas de clase. Cuando le piden libros “al por mayor” solicita que le abonen la mitad del valor y el resto al momento de la entrega de los libros.

Sebastián: ¿Cuáles son sus principales clientes?

Doña Matilde: Los de emprendimientos.

Sebastián: Me decía que también tiene profesores de la católica...

Doña Matilde: ¡Ah sí! Los alumnos de la Católica, [pausa] de la Salesiana, vienen de la Central, de la UTE.

Sebastián: Y de los valles también me contaba, la otra vez.

Doña Matilde: También tengo de los valles... algunos clientes.

Sebastián: ¿Ellos le llaman?

Doña Matilde: Ellos me llaman, me escriben. [Pausa larga] Yo a Otavalo⁴ también envié libros, a una hostería. La chica me... o sea la primera vez, vino, no la conocía, ni ella tampoco a mí, -vino me dijo- ‘necesito tantos libros de estos, ¿cómo puede hacerme?’. -Le digo- “le envié pues, por Taxi Lagos”. De ahí le envié por Taxi Lagos, me dejó pagando y le dí un recibo, de ahí le hice el envío. Y desde ahí siempre se conecta conmigo por el whatsapp y me pide libros (Doña Matilde, entrevista 2020).

Durante una de mis visitas, llegó una mujer indígena que viene desde Tumbaco. La cliente le mencionó a Doña Matilde que en días anteriores fue a buscarla por la tarde en su caseta y no la encontró, que necesitaba un buen número de libros del mismo título. Doña Matilde le respondió que estaba yendo al trabajo con su nieta y por eso cerraba al mediodía y luego le entregó un papel con su número de celular. La mujer se llevó todos los ejemplares disponibles, dos, de una novela que supongo mandan a leer a los estudiantes de educación media. Cuando la cliente se fue, Doña Matilde me contó una anécdota. Alguna vez, esta cliente necesitaba bastantes libros de un mismo título, pero Doña Matilde había olvidado de traer el encargo desde la bodega de su casa. El asunto era tan urgente que la cliente pagó el taxi para que Doña Matilde vaya a traer los libros y le tocó dejar la caseta encargada. Finaliza

⁴ Otavalo es una ciudad ubicada en la provincia de Imbabura en el norte del país, a más o menos dos horas de viaje en auto desde la ciudad de Quito.

la anécdota afirmando que los clientes la buscan así hayan carpas ofertando libros en los alrededores.

La mayoría de los clientes que pude observar durante mis visitas con Doña Matilde son “los de los emprendimientos”, hombres de mediana edad que buscan libros de autoayuda para ser empresarios exitosos. Alguno llegó y simplemente preguntó “por su tema” y Doña Matilde le desplegó sobre el mostrador de la caseta las últimas novedades de libros con títulos que llevan las palabras como: ‘millonario’, ‘rico’, ‘pobre’ o ‘pasos a seguir’. Otras veces alguna mujer joven u hombre joven se acercaron a preguntar por libros de literatura de terror, de algún youtuber de moda o la autobiografía de algún exnarcotraficante. También pude observar mujeres de mediana edad que solicitaban libros de texto para educación básica, si no estaban disponibles en la caseta dejaban un adelanto para retirarlos al día siguiente. De todos ellos, sólo dos clientes se acercaban a la caseta de Doña Matilde por primera vez.



Fotograma 9. Doña Matilde señala un libro a un cliente habitual. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

A diferentes horas del día, cuando llegaba o me iba de la caseta de Doña Matilde siempre tuve la impresión que por la cuadra donde trabaja nunca caminaban más de 10 peatones a la vez. Ni siquiera cuando los buses amarillos de transporte institucional se parqueaban uno tras otro en la calle Reina Victoria y los oficinistas se dirigían hacia ellos. Ya durante mis visitas mi concentración estaba volcada hacia el interior de la caseta y las conversaciones que sostenía con Doña Matilde. Siempre fue ella quien me hizo notar lo que ocurría afuera, me mostraba alguna cosa en particular que le llamaba atención o me hacía caer en cuenta de

algún acontecimiento. Doña Matilde no solo se refería a la ciudad inmediata, tiene presente el área comprendida entre el edificio de la Asamblea Nacional hasta la avenida Colón, ya bien entrado el barrio de La Mariscal. Los transeúntes se acercaban a su caseta con más frecuencia para preguntar por direcciones y líneas de bus que para preguntar por un libro, ella siempre tuvo respuesta.



Fotograma 10. Vista de la cuadra donde trabaja Doña Matilde. Como era habitual, pocos peatones caminan por la vereda. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

Cuando hablamos de la zona en que trabaja, Doña Matilde me cuenta que muchas de las instituciones que ocupaban el sector se han ido y que sólo quedan los bancos. Ya no están los Juzgados, hace cinco años se trasladaron al sector de Ñaquito, tampoco el Registro de la Propiedad. En el edificio que hoy es la Fiscalía General del Estado antes estaba la Secretaría Técnica Planifica Ecuador, conocida como SENPLADES y antes la Corporación Financiera Nacional (CFN). Doña Matilde afirma que el negocio dejaba mejores ganancias cuando estas instituciones estaban cerca de su local. Lo que me cuenta coincide con mi percepción de que esta zona de la ciudad se está abandonando.

Durante el tiempo que duró mi trabajo de campo, las casetas aledañas a la de Doña Matilde permanecieron cerradas o desplegaban a la vista muy pocos productos. Su vecina, una mujer de mediana edad que vende confites, solo abrió el día de mi última visita. A mi pregunta de por qué la mujer ya no abría su local, Doña Matilde respondió, “creo que no vende”. Hacia el final de la tarde la mujer se acercó a despedirse de Doña Matilde, cuando ella le preguntó el por qué deja su trabajo, la mujer respondió que ya no vende y que pasa todo el día sin hacer

nada, que quizás su hija se haga cargo de la caseta. Doña Matilde cerró la despedida con un “un gusto haberla conocido”.

A mi pregunta sobre qué tipo de relación mantiene con sus vecinos trabajadores del espacio público, me dice que es más bien distante, pero varias veces le encontré a mi llegada conversando con el “señor que lustra zapatos”, sentada en el sillón que se usa para esta actividad. En otra conversación, Doña Matilde afirmó ayudar al lustrabotas con los trámites para que él obtenga los permisos municipales. Otras veces estaba sentada sobre una caja de cemento, ubicada en el filo de la vereda, al lado de una mujer mayor que vende vestidos para muñecas, la que alguna vez le pidió de emergencia 10\$ prestados, a lo que Doña Matilde accedió haciendo la aclaración “pero verá que yo no tengo plata”. Estas dos personas adultos mayores son los únicos comerciantes que ocupan, de manera frecuente, la cuadra donde trabaja Doña Matilde.



Fotograma 11. La “señora de la muñecas” conversa con Doña Matilde. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

Cerca al local de Doña Matilde no hay comerciantes ambulantes, excepto la mujer que vende muñecas. Al menos, ninguno permanece, de tanto en tanto pasa alguna mujer con un canasto de comida o algún vendedor(a) de gafas o accesorios para celulares cargando su escaparate móvil. Tal como me hace notar mi interlocutora la dinámica es completamente distinta en la vereda de enfrente. En el parque de El Ejido un par de policías requisan a uno de los tantos vendedores de artesanías que exponen sus productos sobre una manta en el piso, es un día cualquiera entre semana. Doña Matilde, agrega que ahí también ocurren con cierta frecuencia

asaltos, pero “eso ya le pertenece al Centro Histórico”. Le pregunto si hay robos en su cuadra y responde que no mucho.

Alguna vez me señaló las carpas de los comerciantes otavaleños que trabajan dentro del parque. De inmediato caigo en cuenta que se alcanzan a ver desde el lugar donde estamos. Doña Matilde me dice que esas carpas se ven feas y que los comerciantes traen sus productos desde el mercado artesanal, ubicado un par de cuadras más al norte, que supone que ahí tienen sus bodegas. En cambio, el mercado de cuadros que se monta todos los fines de semana y feriados en la vereda norte de El Ejido le trae clientes, por eso trabaja los sábados y uno que otro feriado. Doña Matilde conoce a uno de los pintores, a quien le ha comprado cuadros un par de veces.

Cuándo le pregunto qué opina sobre las medidas de férreo control hacia los vendedores ambulantes del alcalde Yunda, Doña Matilde me dice que está de acuerdo, cree que el comercio informal es una fachada para cometer robos. Y se suelta a hablar desde su situación de propietaria de una caseta municipal. Dice que la gente es descuidada, que el municipio les entrega la caseta sin cobrarles mucho, que el costo por mantener la caseta es “cómodo”, ella, por ejemplo, no paga ni 100\$ anuales. Doña Matilde opina que la gente no valora el bajo costo que implica tener una caseta municipal para el comercio. Hago un comentario suelto sobre el precio de un local en un edificio y ella responde diciendo que solo un parqueadero, que arrendaba en su casa, cuesta 30\$ mensuales, entonces “hay que estar al menos al día en los pagos y permisos en el municipio, no llegan ni a 10\$ mensuales”.

Una tarde, con tono áspero, Doña Matilde me hizo notar cómo un chico joven corría detrás de otro igual para intentar recuperar el celular que quizás le habían arranchado de las manos, yo ni los sentí pasar corriendo un par de metros a mis espaldas. Dos semanas antes de que empecemos nuestro vínculo etnográfico el local de Doña Matilde fue robado. Introdujeron una pata de cabra en una de las ranuras que deja el panel que cierra la ventana de atención de la caseta. Los ladrones consiguieron hacer suficiente espacio para introducir las manos y “sacarse lo que pueden”. Tras este incidente, Doña Matilde hizo soldar perfiles en esta ranuras y evitar futuros robos.⁵ Doña Matilde afirma que esto no ocurría antes de la llegada de los migrantes venezolanos al país en los últimos años, a lo que se refiere como “los

⁵ El grupo de casetas que están un poco más dentro del barrio de La Mariscal y que observé durante unos días para entablar una tercera relación etnográfica también tienen puestos estos perfiles.

extranjeros”. Hasta hace unos años Doña Matilde solía asistir a las reuniones de comerciantes de La Mariscal. Le pregunto sobre qué temas trataban, me responde con todo cansado, “sobre la seguridad”.

Pero Doña Matilde no solo observa y conoce las dinámicas complejas de la zona de la ciudad en que trabaja. La venta de libros además de ser un negocio y una actividad para llenar el tiempo que dejaron libres sus hijas ha sido una oportunidad para aprender, o seguir aprendiendo, sobre los temas de su interés y eso también ha configurado su estilo de vida, su mirada sobre la ciudad y la relación con sus clientes. La dinámica de venta de libros presenta muchos tiempos muertos que Doña Matilde llena leyendo, resolviendo sopas de letras o crucigramas.

Sebastián: ¿Y le gusta vender libros y trabajar con libros?

Doña Matilde: Sí.

Sebastián: ¿Leía antes, doña Matilde?

Doña Matilde: Sí. Temas espirituales. El Dr. Chopra, Osho, Coello. Me gusta la metafísica (Doña Matilde, entrevista 2020).

Doña Matilde mira los árboles del parque El Ejido como si fueran personas con los brazos abiertos elevados hacia el cielo, a este ejercicio lo llama “mentalizar”, pero, como si se guardara el secreto, no profundizó sobre el asunto. Dice que tiene un amigo maestro “Tao” que dirige un grupo de práctica Tai Chi todos los domingos bien temprano en el parque de El Arbolito. Y como si me diera un consejo, me dice que es bueno abrazar los árboles para descargar de las malas energías y caminar descalzo sobre la tierra para cargarse de las buenas energías de “la pachamama”.



Fotograma 12. Vista del parque de El Ejido a través del marco visual de la caseta. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Marzo 2020.

Cuando el cliente que pidió libros “de su tema” se fue, Doña Matilde me contó, que le solía fiar, pero que el hombre desapareció como por un año sin pagarle. Hasta que un día desde la caseta lo vio caminando, le llamó la atención, el hombre se acercó y ella le mencionó los principios que enseña el Dr. Choppra. Sin reparo, al día siguiente, el cliente saldó su deuda. Doña Matilde ya no fía, y tampoco vende libros así no más. Un sábado una adolescente acompañada de su madre le pidió la versión resumida de una novela que le habían mandado a leer en el colegio. La respuesta tajante de Doña Matilde fue que no la tenía, cuando los clientes se fueron, me dijo que sí tenía la versión resumida, pero que la chica ya está grande y que debería leer el libro completo.

El dinero que Doña Matilde ha ganado en la caseta con la venta de libros primero le sirvió para los gastos menores de sus hijas cuando iban a la universidad. A su hija abogada le daba 6\$ diarios, pero no le alcanzaban y le empezó a dar 10\$. Ahora con lo que gana compra electrodomésticos, aparatos para hacer galletas o extractores de jugos. Me cuenta que algunos ni los llega a usar, incluso ha comprado por segunda vez el mismo aparato sin recordar que ya tenía uno en casa. Afirma que se curó a sí misma del hígado graso solo tomando jugos naturales que ella misma prepara en un extractor. Cuando habla de estos temas Doña Matilde menciona con insistencia el uso de la tarjeta de crédito que posee y de las tarjetas adicionales de sus hijas, que ellas usan para comprar comida en restaurantes, ropa y calzado, diciendo que el pago por plazos con tarjeta le resulta “conveniente”.

Sebastián: ¿Y le tiene usted cariño a su caseta?

Doña Matilde: Sí, porque esa es la fuente de trabajo mío. [pausa] Pero no la limpio porque me la ensucian enseguida, por eso no le pinto.

Sebastián: Claro, no tiene sentido.

Doña Matilde: No. Hoy día la pinto mañana ya amanece toda garabateada de lo que la ensucian las gentes (Doña Matilde, entrevista 2020).

Cuándo le pregunté a Doña Matilde por la carpa de libros que está montada en la esquina de las avenidas 6 de Diciembre y Patria, respondió, “ahí duerme, pasa día y noche. Tres meses están, se pusieron el 7 de diciembre”. Ella afirma que cuando trabajaba en su carpa iba a la oficina municipal de espacio público y a la respectiva administración zonal, donde solo otorgaban permisos para permanecer en un lugar por 15 días. Con el mismo tono de queja con el que dio la respuesta que transcribo antes desde mi diario de campo, me dice que no le han quitado clientes, pero que sus ventas han estado bajas el último tiempo.

La mañana de mi tercera visita a Doña Matilde, de repente se acercaron dos funcionarios de la Agencia de Control Metropolitano (AMC) acompañados de dos policías metropolitanos. La situación me resultó delicada, pero para ellos pasé completamente desapercibido con mi cuaderno en las manos y tomando notas. Los funcionarios municipales le solicitaron a Doña Matilde el permiso vigente y el documento que certifica que ella ha ingresado los documentos para la solicitud del permiso del año por venir. Mientras los agentes fotografiaban los documentos, Doña Matilde se quejó de que le hagan la inspección sólo a ella, uno respondió que la revisión era en toda la avenida Patria y que van a empezar a inspeccionar seguido, y se fueron sin más.

Un momento después, Doña Matilde sale a la vereda y me hace notar que frente a la caseta que queda en la siguiente cuadra hacia el sur, cerca de la entrada de un local de comida rápida, está parado un policía metropolitano asegurándose que la vendedora de confites la cierre. Luego me señala la caseta vecina a la suya, que está cerrada, y me dice que la vendedora que trabaja ahí lo venía haciendo sin permisos desde el 2015. Antes de regresar a la caseta, Doña Matilde cuenta que hace tiempo no le pedían los permisos, ya como dos años.

Una vez de vuelta me muestra los papeles de los permisos, me dice que revisan que respete su giro, y en tono de queja, que no sabe cómo los confiteros que trabajan sobre la misma avenida Patria, pero poco antes de llegar a la avenida 10 de Agosto, venden de todo. Luego

saca el contrato de compraventa con el que adquirió la caseta y el título de propiedad, se queja de que cada año miden mal y las medidas registradas están erradas y que hacen las inspecciones “cuando quieren”, no hay una fecha establecida. Aunque no ha recibido las inspecciones para los permisos en un par de años, sí la del “arquitecto” que se asegura que no ocupe más espacio del que tiene asignado, si lo hace la multan, igual que si irrespeta su giro, Doña Matilde solo vende libros en su caseta.

Aquella vez sería la única que observé agentes metropolitanos de control y los policías metropolitanos fueron tan escasos como los vendedores ambulantes, durante mi trabajo de campo con Doña Matilde, los vi pasar por la vereda apenas unas cuantas veces, siempre de a dos, con actitud más bien desatenta. Durante la revisión de permisos tanto los agentes y los policías metropolitanos tuvieron esa misma actitud frente al hecho de que la caseta estaba llena de graffitis y afiches de eventos ya pasados, aunque según Doña Matilde es su obligación mantener la caseta sin graffitis y bien pintada.

Otra cosa que pasan por alto tanto las autoridades de control, como Doña Matilde, es que ella lleve a su nieta a la caseta. Según ella, esta acción no está permitida y en caso de que un agente encontrase a un niño durante una inspección solicita al trabajador de la caseta que lleven al niño a un Guagua Centro.⁶ Doña Matilde me dice que hay dos Guagua Centros cercanos, uno en la avenida 12 de Octubre y Tarqui, diagonal al parque de El Arbolito, y otra por la Avenida Colón, no recuerda la dirección exacta, pero no le gusta llevar a su nieta al Guagua Centro, porque ahí la niña “se le pegan los piojos” que otros niños pueden tener.

Lo que supongo habría sido ineludible, de no desatarse la pandemia de la Covid-19, son las capacitaciones que deben tomar los trabajadores de las casetas por disposición municipal. Doña Matilde fue capacitada en ConQuito, la Agencia de Promoción Económica del municipio, en servicio al cliente, valores y liderazgo, primero en 2012 y luego en 2016, así que suponía que el memorando con el que le notifican de la siguiente capacitación estaba por ya por llegar. Tampoco puede evitar tener RUC y declarar el IVA, pero sí mandar a imprimir y emitir las facturas. “Como los libros no pagan IVA declaro en cero todos los meses. Ya no las mando a imprimir, más es lo que me cuesta darlas de baja, si ni las uso”.

⁶ Los Guagua Centros eran guarderías municipales que implementó la administración municipal de Mauricio Rodas.

Esta parte está incompleta, la narración y reflexiones, en primera persona, sobre la trayectoria laboral y el trabajo de Doña Matilde están ausentes. Dadas estas circunstancias, para elaborar esta parte me he remitido a describir lo que me contó y lo que ví cuando la visitaba en su caseta. Por los vacíos y lo limitada que es mi descripción no intercalé reflexiones o interpretaciones, como en el caso de mi otra interlocutora, no habría sido pertinente, no existiría un contraste de voces y de puntos de vista.

Qué difícil me resulta hacer una descripción final de Doña Matilde cuando no tengo una palabra o un pasaje narrativo donde ella se describa a sí misma. Aunque, ella y Doña Alegría compartan el mismo equipamiento, sus historias laborales, experiencia de la ciudad, visión sobre el trabajo en el espacio público y motivaciones son diametralmente distintas. No creo que sea justo hacer una descripción, peor aún una reflexión final, por oposición. De todas las preguntas que se me quedaron pendientes de la entrevista que no llegué a hacer a Doña Matilde, me habría gustado tener la respuesta solo de una, ¿Cómo imagina su vida si no hubiese empezado a trabajar y a trabajar vendiendo libros?

Capítulo 4

Unas conjeturas etnográficas

1. Repaso reflexivo por la teoría y la metodología

En este capítulo revisito algunos datos, ya expuestos en los dos capítulos anteriores, para cruzarlos con las teorías revisadas. Los hallazgos que expongo los hago desde la perspectiva de mis interlocutoras, y toman la forma de conjeturas etnográficas, siguiendo la lógica según la cual la investigación antropológica se basa en las conjeturas que el antropólogo pueda encontrar y luego seleccionar para mostrar y analizar cómo se elaboran los significados individuales y sociales (Geertz 2001).

El lector se podrá haber dado cuenta de lo diferentes que son los caminos y motivaciones que llevaron a Doña Alegría y Doña Matilde a trabajar en el espacio público y en concreto en casetas municipales. Así como de lo distintas que son las dinámicas de las zonas de la ciudad donde se ubican, pese a ambas estar dentro de los límites del centro norte de la ciudad de Quito. La selección intuitiva, casi azarosa, que hice de las interlocutoras y los lugares de trabajo, que responde más bien a aprehender la condición inestable de la investigación etnográfica, más que a una intención consciente, me arrojó este contraste afortunado. Lo califico así, pues la distancia que separa a los casos de estudio puede servir para empezar a delimitar desde los bordes el tema de la ocupación formal del espacio público para las actividades productivas, así como las otras temáticas que trato en esta investigación.

He intentado entender cómo lo social y lo espacial se conjugan en el trabajo cuando se ocupa formalmente el espacio público. En el relato de mis interlocutoras y en su actitud al respecto de participar en mi investigación se observa que las disputas que mantienen con la administración municipal y las dinámicas de las zonas de la ciudad donde trabajan son un asunto de particular relevancia para ellas. En sus narraciones ponían énfasis en las acciones que ejecutaron para obtener su caseta y lo que conllevaba, al momento de mi trabajo campo, mantener la ocupación de su equipamiento. En ese sentido, la noción de “sujeto habitante” (Lindon 2009) ha resultado útil para desde la experiencia de mis interlocutoras entender los significados que adquiere el ocupar una caseta para el trabajo en el espacio público, su situación frente a los otros trabajadores del espacio público y para entender la caseta misma como un espacio que facilita o dificulta su actividad productiva.

En lo relativo a la investigación antropológica de la ciudad, el principio de la geografía humana, siguiendo a Alicia Lindon (2009 2012), de entender la producción y la reproducción social vinculadas al espacio, es decir, como una (re)producción socio-espacial, resulta útil para estudiar los fenómenos urbanos o del espacio público, por el ineludible factor espacial de las ciudades. Además al poner al sujeto y su agencia como una determinante de los fenómenos sociales y espaciales, por tanto de los fenómenos urbanos, es un posicionamiento teórico afín a la investigación etnográfica y su abordaje microscópico (Geertz 2001), pero desde el que es posible observar problemáticas o fenómenos sociales más amplios. Entender que los significados individuales o subjetivos que un interlocutor pueda elaborar están en resonancia con los significados sociales que se le puedan atribuir a un hecho social.

Precisamente, la aproximación a las mujeres con las que trabajé como “sujetos habitantes” fue posible desde el concepto de “trayectoria laboral” como una parte del método biográfico (Pujadas 1992, 2000). Esta metodología ha resultado pertinente porque posibilita hacer un análisis bidireccional entre los sujetos, su agencia y las estructuras socio-culturales en las que están inscritos, dicha estructura en esta investigación es principalmente la ciudad. Además, la “trayectoria laboral” me ha permitido acceder a la experiencia de mis interlocutoras en el espacio público no solo en el presente, sino a lo largo de los años que lo han ocupado para hacer su trabajo. Ahora, si bien el método biográfico se propone la elaboración de una historia de vida completa y es de largo aliento, resulta en una metodología dúctil, pues sus técnicas permiten aplicarlo a un ámbito particular del devenir vital de un sujeto, en este caso el trabajo, y a una investigación de corto plazo como esta que presento.

El abordaje etnográfico de la experiencia presente de mis interlocutoras supuso poner una particular atención en las acciones de los sujetos y sus interacciones en la caseta y a propósito de ésta. Es decir, hacer investigación antropológica de la ciudad basado en la noción de “situación” (Delgado 1999 2002 2007, Duhau y Giglia 2008, Lindón 2009 2017), indagar desde esta escala microscópica y de ‘actuaciones’ fugaces a los fenómenos, dinámicas y reglas de funcionamiento, el “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008) de las zonas donde se ubican los lugares de trabajo de Doña Alegría y Doña Matilde.

Al respecto de la ciudad, me ha sido posible aplicar el modelo teórico que utilizan Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008) para investigar a la ciudad de Quito, si se asume a la Ciudad de México como un tipo ideal de la metrópolis latinoamericana, o al menos de algunas de

éstas. Las trabajadoras de las casetas de los casos analizados se pueden inscribir en la categoría “mundo popular” que proponen estos autores, como propia de las metrópolis latinoamericanas, considerando que autogeneran sus medios de subsistencia y que mantienen una negociación constante con el “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008) para realizar sus actividades productivas. Sin embargo, puede resultar muy amplia si se considera que como espacio social el “mundo popular” abarca a sujetos que van desde la clase media, con trabajos formales, hasta grupos en situación de pobreza que sobreviven mendigando. El “orden urbano”, las reglas oficiales y no oficiales de la ciudad, en este trabajo toman la forma concreta de la Ordenanza Metropolitana 0280 que norma el trabajo en el espacio público, los controles de la administración municipal a los trabajadores de las casetas y las dinámicas de uso de la zona en la que se ubica que van desde considerar cuestiones de seguridad, hasta manejo del flujo de clientes.

Desde mi experiencia como aprendiz de etnógrafo quiero rescatar que cuando se hace investigación etnográfica compartiendo con individuos ésta es ineludiblemente un “encuentro intersubjetivo” que se basa en la empatía (Guber 2004, Pujadas 2010). El ejercicio (auto)reflexivo (Pink 2003, 2009) es una herramienta para construir esa empatía encontrando “afinidades repentinas” (MacDougall 2009) para construir y sostener una relación etnográfica. En ese marco, la consideración ética trasciende el simple requerimiento legal o formal, el consentimiento informado, como afirma Blanca Muratorio (2005), es una “relación significativa” que se basa en la confianza mutua y se construye en el compartir de los sujetos interlocutor y etnógrafo.

La antropología visual permite intensificar este encuentro entre sujetos y acortar las distancias que nos separan. David MacDougall (2009) propone la imagen fotográfica y cinematográfica como un mecanismo de investigación transcultural a través del reconocimiento en el otro desde un plano psicológico y corporal que trasciende la cultura y que también puede trascender la clase y el género. En ese sentido la cámara de video en el campo puede ser un elemento para fortalecer las relaciones intersubjetivas o, simplemente, sin la cámara se puede asumir una percepción y posición etnográfica transcultural. Sin embargo, esto implica un ejercicio (auto)reflexivo, que Sarah Pink (2003, 2009) y MacDougall (2009) plantean como el tener consciencia y hacer explícita de la propia condición y posición del etnógrafo para construir el conocimiento y las relaciones con los interlocutores.

2. Las disputas por el lugar de trabajo: el orden urbano descrito desde la experiencia cotidiana de mis interlocutoras

Primero quiero mirar hacia la ciudad desde la experiencia cotidiana y la trayectoria laboral de mis interlocutoras como trabajadoras del espacio público que ocupan una caseta municipal, en particular observar las zonas inmediatas a su lugar de trabajo. El ejercicio es intentar encontrar el “orden urbano”, las reglas con las que funciona la ciudad, aquellas oficiales dadas desde la administración política y las no oficiales que se elaboran a través de las relaciones sociales y el habitar de los sujetos (Duhau y Giglia 2008). Doña Alegría y Doña Matilde se ubican dentro de los límites del centro norte de Quito, una zona de la ciudad que entra en la categoría de “espacio metropolitano”, donde ocurre la experiencia metropolitana, donde diferentes sujetos se encuentran y a través de sus prácticas se elaboran los significados de la metrópolis (Duhau y Giglia 2008).

Revisemos los procesos por los que cada una de mis interlocutoras obtuvo su caseta. Tras varios años de trabajo ambulante en el espacio público utilizando una carpa de su propiedad con permisos municipales, Doña Matilde compró su caseta a su antiguo propietario porque se le presentó la oportunidad. Esta práctica de adquirir una caseta a una persona particular parece común, de acuerdo al relato de Doña Alegría.

Al contrario, la obtención de la actual caseta de Doña Alegría no es casual. Primero, ella viene de una larga trayectoria de ocupación este tipo de equipamientos y obtiene su lugar de trabajo en “La Gran Avenida”, una zona para ese entonces recientemente remodelada, como resultado de un complejo proceso de negociación con el municipio del alcalde Barrera. En ese proceso, se puede observar dos cosas, primero, una relación clientelar -antes la llamé transaccional- donde los trabajadores fueron capital político de la administración municipal de turno a cambio de obtener sus lugares de trabajo. Segundo, al interior del grupo de trabajadores que ocupaban “La Gran Avenida” y sus alrededores existían disparidades en su capacidad de negociación dadas cuestiones como el estar o no asociados, el tiempo que venían ocupando la zona y el haber o no mantenido los permisos respectivos.

El vínculo que mantienen cada una de mis interlocutoras con la institución municipal es distinto. Doña Alegría es arrendataria y Doña Matilde propietaria de cada una de sus casetas. Desde su perspectiva esto condiciona la estabilidad en la ocupación del lugar de trabajo. Doña Matilde no considera la posibilidad de perder su caseta. Por su parte, Doña Alegría es

plenamente consciente de que su contrato de arrendataria puede terminar en cualquier momento. Esta percepción se ha intensificado en la presente administración municipal de Jorge Yunda por tres razones: el aumento tanto de la presencia de agentes de control metropolitano en “La Gran Avenida”, como de los controles y revisión de permisos por parte de dichos agentes y policías metropolitanos. Además, la repentina solicitud del historial de los permisos municipales para la renovación del mismo que, si bien está contemplada en la Ordenanza metropolitana 0280, no había ocurrido en los casi 10 años que Doña Alegría trabaja en “La Gran Avenida”. La experiencia de Doña Matilde ha sido distinta. Antes de la actual administración municipal, dice no haber recibido controles habituales para revisar que su permiso esté vigente. En la actualidad esos controles se han retomado muy esporádicamente, pero, igual que antes, la presencia de agentes y policías metropolitanos es casi nula.

El contraste también ocurre en el espacio. “La Gran Avenida” es una zona de gran afluencia peatonal, donde se han mudado varias instituciones públicas y las privadas mantienen instalaciones importantes, así la actividad comercial de quienes trabajan en las casetas es alta. En cambio, la Avenida Patria ve como las instituciones públicas se marchan y las privadas son escasas, la afluencia peatonal en la cuadra de Doña Matilde es mínima. De manera que, la actividad comercial y los ingresos económicos de quienes trabajan ahí ha decrecido, al punto que la vendedora de confites vecina de Doña Matilde decidió cerrar su caseta en el transcurso de mi trabajo de campo.

¿Qué pueden decir estos hallazgos y las “situaciones” de las que fui testigo sobre el “orden urbano” de las zonas donde trabajan mis interlocutoras? Me atrevo a afirmar que reflejan unos valores que se le asigna a determinada área de la ciudad desde las reglas no oficiales del “orden urbano”. Esto, más allá de las reglas oficiales, condiciona las acciones que el municipio ejecuta para administrar las casetas como equipamientos de trabajo formal en el espacio público, así como el interés que puede tener una persona por acceder a una caseta en una determinada zona de la ciudad y las acciones que está dispuesto a llevar a cabo para ese fin. Me pregunto, ¿la forma que toma el vínculo entre un trabajador y el municipio, ser arrendatario o propietario de una caseta, también está dada por el “orden urbano” de determinada zona de la ciudad?

El “orden urbano” también condiciona que los trabajadores de las casetas respeten o no los giros de negocio que tienen registrados con el municipio, la Ordenanza Metropolitana 0280 los restringe a ofertar un solo tipo de productos o servicios. La dinámica de una u otra zona de la ciudad determina una demanda y los trabajadores de las casetas en busca de obtener mejores ganancias diversifican su oferta. Otras veces, simplemente, el giro registrado no resulta rentable y los ocupantes de las casetas se ven obligados a satisfacer la demanda para tener utilidades. Esto suele provocar conflictos entre los vendedores, mis interlocutoras se quejaban frecuentemente del irrespeto de los giros, aunque la misma Doña Alegría vendía productos por fuera de su actividad, la mecánica de precisión. Desde lo que pude observar los controles municipales pasan sutilmente por alto esta regla oficial del “orden urbano” de los giros únicos. En la cotidianidad de las zonas de trabajo de mis interlocutoras, esta regla no oficial del “orden urbano” parecería que se impone a la oficial.

A la luz de la experiencia de mis interlocutoras, puedo ubicarlas dentro del segmento del espacio social que Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008) denominan “mundo popular”. Doña Alegría y Doña Matilde ambas son mujeres que autogeneran sus medios de vida y dadas las condiciones de sus actividades productivas y lugares de trabajo mantienen una disputa constante con el “orden urbano”. Primero, con la administración municipal por el cumplimiento de las reglas oficiales que se le imponen. Segundo con las reglas no oficiales que se producen el mismo habitar cotidiano de los sujetos en la ciudad, los significados o valores que se asignan a una zona, la inseguridad, la vandalización de sus casetas o el incremento o disminución de la demanda de los servicios y productos que ofertan en función de la zona de la ciudad donde trabajan.

3. Espacio público y oportunidades

Uno de los puntos de partida de esta investigación ha sido considerar que la conformación de la ciudad latinoamericana no obedece únicamente al proceso de globalización reciente, sino que muchos de sus fenómenos urbanos contemporáneos siguen teniendo como origen a la modernidad. Justamente, el “mundo popular” se conforma en los procesos de modernización de las ciudades y se sigue reproduciendo en la contemporaneidad, así como se siguen reproduciendo las disputas entre el “mundo popular” y “el orden urbano” que se institucionaliza en la administración municipal (Duhau y Giglia 2008).

Este tema en la ciudad de Quito lo ha trabajado Eduardo Kingman (2006, 2019). Sus investigaciones indagan la conformación de una nueva capa social popular dentro del contexto del primer proyecto de modernidad de la ciudad de Quito, hacia finales del Siglo XIX e inicios del XX. En medio de la disputa por la ocupación, uso y estética de la ciudad con las élites, esta clase popular observó a la ciudad como un espacio de oportunidades, pese a ocupar una posición social y espacial marginal. Blanca Muratorio (2014) rastrea los patrones culturales de ese primer proyecto modernizador hasta la contemporaneidad, donde la disputa entre lo ‘culto’ y lo ‘popular’ persiste en el discurso y las clases populares que ocupan el espacio público para el trabajo siguen siendo vistas como una otredad que no es compatible con la imagen o el ideal de una ciudad moderna. De ahí que desde la simple mirada el espacio público se califique como ‘tomado’ por ‘trabajadores informales’. Si bien, mis interlocutoras, al trabajar ocupando una caseta, pueden escapar a esta simple observación, vale traer estos antecedentes al presente.

Entonces, reformulo la afirmación de Kingman y la acoto a la escala de esta investigación: ¿Ha sido la ciudad un espacio de oportunidades para mis interlocutoras? Desde la narración de sus trayectorias laborales se puede observar que el espacio público ha sido un espacio de oportunidades para que Doña Matilde y Doña Alegría inicien negocios sin la necesidad de poseer un capital significativo, experiencia o capacitación previas. Desde el sentido común se podría afirmar que dichas oportunidades son únicamente para encontrar medios de subsistencia. Sin embargo, los casos de Doña Alegría y Doña Matilde muestran que el espacio público, en particular ocupando una caseta municipal, ofrece oportunidades que van más allá de la sola necesidad de encontrar medios de vida. El mismo Eduardo Kingman (2006, 2019) evidencia cómo los “trajines callejeros” han sido un mecanismo para la conformación de identidades. Como este trabajo no busca abordar ese tema, propongo al lector hacer aquí un punto de inflexión para revisar esas otras oportunidades que mis interlocutores han encontrado con el trabajo en el espacio público y sus sentidos.

4. Sentidos del trabajo en una caseta municipal desde dos casos dispares

Hasta aquí el abordaje central de los hallazgos ha sido la ciudad, ahora lo serán mis interlocutoras, aunque, como este trabajo se hace desde su perspectiva, ya he tratado algún pasaje de sus vidas. El enfoque en su experiencia individual implica repasar sus trayectorias laborales para desde sus experiencias intentar encontrar los significados individuales que han

elaborado sobre su trabajo en el espacio público, la obtención de una caseta para ejercer sus actividades productivas, y su agencia individual sobre el “orden urbano”.

Doña Matilde empezó a trabajar en el espacio público con la motivación de llenar el tiempo libre que dejó el cuidado de sus hijas cuando llegaron a la adolescencia y adquirieron cierto grado de independencia. Tras probar con un par de actividades, se involucró en la venta de libros usando carpas itinerantes a lo largo de la ciudad. Doña Matilde relata que encontró este negocio “ventajoso” porque no necesitaba de experiencia previa para montarlo y porque su hermano, que ya se dedicaba a esta actividad, le enseñó el oficio y la incorporó a la asociación a la que él pertenece aún. Doña Matilde gestionaba los permisos municipales para ocupar el espacio público a través de la asociación. En las conversaciones que mantuve con ella fue evidente que los viajes que realizaba con la asociación para vender libros en ciudades de provincia eran más que trabajo, le resultaban entretenidos, eran una forma de conocer el país y compartir con sus compañeros. En términos económicos, el negocio de los libros representaba un ingreso extra sobre el sueldo de su esposo, con el que cubrió los gastos menores de sus hijas en la universidad y otros, más bien, suntuarios.

El caso de Doña Matilde resulta particular si se considera que generalmente, como dicen las investigaciones sobre este tema, las personas que deciden trabajar en el espacio público lo hacen para buscar medios de subsistencia. Sin embargo, también muestra que el espacio público brinda oportunidades para desarrollar una actividad económica independiente, no condicionada por la necesidad de la búsqueda de medios de vida, sino por la carencia de experiencia previa, requisito muchas veces indispensable para obtener un empleo o desarrollar otras actividades.

Tras años de trabajar vendiendo libros de manera ambulante Doña Matilde compra su caseta, esto le representa ventajas logísticas en el manejo de sus productos, le evita los traslados constantes y el costo de pagar por la seguridad nocturna de su carpa. Si bien la caseta no es el mejor escaparate, es un local barato y al mismo tiempo un punto fijo desde donde maneja una red de clientes estables a lo largo de toda la ciudad de Quito. Su negocio no depende de clientes al paso, así que el abandono de las instituciones públicas y privadas en la zona donde trabaja no representa una pérdida significativa de clientes o ingresos económicos.

La historia con Doña Alegría es distinta, su periplo como trabajadora del espacio público obedece a razones económicas. En algún punto incluye el trabajo ambulante, “en la calle”, como diría ella, y luego un periplo por distintas casetas, que primero arrienda a terceros hasta que adquiere una propia, anterior a la que arrienda en la actualidad. Todas estas casetas no eran parte del mobiliario dispuesto por el municipio en la ciudad. Tras un proceso complejo de negociación ocupa su actual caseta que es parte de la remodelación de “La Gran Avenida”. Además, recibe capacitaciones para acceder y mantener la posesión de su lugar de trabajo que van desde computación hasta atención al cliente, cosa que ella valora. Para Doña Alegría su actual caseta significa ya no “trabajar en la calle”, es decir, haber mejorado su posición como trabajadora del espacio público, considerando no solo el lugar que ocupa, sino la formación que ha recibido por parte de la administración municipal, que la Ordenanza metropolitana 0280 estipula como un derecho y una obligación de los trabajadores formales que ocupan el espacio urbano. Dada su trayectoria laboral, Doña Alegría mantiene una posición empática con quienes “trabajan en la calle”, afirma que el municipio debería buscar soluciones para formalizar a estos trabajadores.

Al respecto de cuestiones más prácticas, la caseta de Doña Alegría, al igual que con mi otra interlocutora, resulta ser un local de bajo costo para desarrollar su negocio, además, ubicado en una zona de la ciudad que presenta ventajas como un alto flujo de clientes y que su caseta no sea asaltada o vandalizada. Lo contrario ocurre con Doña Matilde para quien la (in)seguridad es un tema de preocupación y ocupación constante. Así mismo, ella tiene una actitud crítica hacia sus vecinos de caseta por no mantener los permisos y pago de arriendo al día. Sobre todo, su mirada hacia los vendedores ambulantes reproduce el sentido común y los mira como a unos “otros”, más aún cuando son personas extranjeras.

A la pregunta sobre qué sienten al respecto de sus casetas, ambas la ponen en valor como un medio para obtener recursos económicos. Sin embargo, las acciones y los significados que elaboran sobre el espacio público y sus habitantes, el “orden urbano” y la manera en que ocupan su posición de trabajadoras formales del espacio público muestra importantes diferencias. Estas son el resultado de puntos de origen distantes y un desarrollo distinto en sus trayectorias.

El tema del trabajo lo trataré de manera tangencial, pues esta investigación se orienta más hacia el uso formal de un equipamiento para las actividades productivas en el espacio público.

Entonces, retomo el “concepto amplio de trabajo” (Noguera 2002) para revisar cómo mis interlocutoras entienden sus actividades productivas, en sí mismas. Doña Matilde es lectora, desde antes de vender libros ya leía sobre salud, alimentación y espiritualidad. Doña Alegría preferiría dedicarse a la costura, tiene un título de artesana, y afirma que, por gusto personal, aún realiza de vez en cuando alguna actividad menor de costura en su casa. Estos datos dan pie a posibles elaboraciones más profundas sobre sus actividades laborales, pues no obtuve una respuesta explícita donde pueda encontrar un “sentido autotélico” (Noguera 2002) sobre la venta de libros o la copia de llaves. Es decir, que ellas no encuentran, necesariamente, una gratificación personal o autorrealización en la práctica misma de sus actividades, más allá de ser una fuente de recursos económicos o de mejoramiento de su posición social.

Siguiendo a Palacios (2011) la investigación etnográfica puede mostrar las dificultades para describir y entender el trabajo desde la dicotomía formal-informal. Su abordaje metodológico es la sociología de la imagen, que se aproxima a los principios de la etnografía sensorial y pone el enfoque en la experiencia cotidiana de los sujetos a través de los que se investiga. Pese a que el trabajo formal se entiende como aquel con seguridad social, estabilidad y los beneficios de ley, que el estado asegura o debería asegurar a los trabajadores, el trabajo informal presenta ciertas ventajas, como la independencia para manejar tiempo y recursos económicos, así como la posibilidad de desarrollar un negocio propio a pequeña escala.

Justamente, para Doña Alegría es significativo el hecho de manejar su propio negocio y los ingresos que éste genera de acuerdo a sus necesidades o planes, sin depender de otras personas, como un empleador. Además, para ella los sentidos de responsabilidad y constancia son imprescindibles para mantener y hacer prosperar su negocio. No obstante, Doña Alegría ha tenido una visión a corto y mediano plazo sobre su trabajo y sus ingresos, no está asegurada al Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social y no ha considerado una posible jubilación, aunque afirma estar ya cansada de llevar su actividad por tantos años.

Desde la observación superficial se puede relacionar de inmediato el trabajo en el espacio público, incluso ocupando una caseta, con la economía informal, es decir aquella que está por fuera de la regulación estatal (Palacios 2011). Desde mis primeras observaciones esta suposición se derrumbó. Ambas interlocutoras tienen su actividad económica registrada en el Sistema de Rentas Internas, pero solo Doña Alegría factura, pues sus clientes institucionales así lo requieren. En cambio, Doña Matilde pasa por alto esta obligación dado que los libros

no están gravados con el impuesto al valor agregado y facture o no su declaración mensual por este impuesto es cero. Ella mantiene abierto su Registro Único de Contribuyentes como una mera formalidad para conservar su negocio. También, hay que considerar que gran parte de su mercadería proviene de imprentas que reproducen libros por fuera de las editoriales sin reconocer derechos de autor. Entonces, como evidencia Palacios (2011) la frontera entre economía formal e informal es muy borrosa en la vida cotidiana donde ambas economías se traslapan. Estos conceptos obedecen, más bien, a un constructo de las ciencias sociales que resulta por momentos problemático para describir la realidad.

Para cerrar esta parte, retomo el punto anterior, tanto Doña Matilde y Doña Alegría muestran que la ciudad y el espacio público son una fuente de oportunidades, no solo para solventar la necesidad básica de tener un medio de subsistencia. Para Doña Matilde ha posibilitado el encontrar una actividad que llene su tiempo libre y tener un ingreso extra sobre los de su esposo que ha hecho aún más cómoda su situación familiar. Para Doña Alegría ha significado el mejoramiento de su posición social, acumular cierto patrimonio que le permite ser arrendataria y tener los recursos necesarios para que su hijo menor inicie su propio negocio.

Desde las observaciones de campo y los relatos de mis interlocutoras, puedo decir que, al presente, la ciudad, el espacio público en Quito y las zonas donde se realizó esta investigación, se presenta como un soporte para el desarrollo de la vida laboral de las personas cuando sus condiciones previas, económicas, sociales o familiares, no necesariamente encajan o son las más favorables para hacerlo en otros espacios. La ocupación de una caseta potencia esas oportunidades como un lugar de trabajo estable, a bajo costo que permite aglutinar y sostener una clientela fija.

Sin embargo, la ciudad, *per se*, no garantiza estas oportunidades. El proceso de obtención de la actual caseta de Doña Alegría es un buen ejemplo de la agencia individual frente al “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008) y la institución municipal. De acuerdo a su relato, Doña Alegría siempre ha ocupado sus casetas con los debidos permisos municipales, lo cual le permitió acceder a la que usa actualmente, que es parte del mobiliario de “La Gran Avenida”. Igual Doña Matilde, ella usa su caseta más que como un local o un escaparate, como un punto de encuentro entre ella y su red de clientes estables a lo largo de la ciudad, y fuera de ésta. Red que ha construido desde sus años de vendedora itinerante. Doña Alegría y Doña Matilde son mujeres que han sabido gestionar con inteligencia las oportunidades que el trabajo en el

espacio público ofrece y las oportunidades potenciadas de ocupar un equipamiento municipal para sus actividades productivas. Doña Alegría y Doña Matilde son “entradoras”, como diría la primera.

5. Cuestiones de género

Las cuestiones de género no fueron una consideración al iniciar el trabajo de campo, como ya he mencionado, mi intención no era la de trabajar únicamente con interlocutoras mujeres y el trabajo femenino en el espacio público es un tema específico que necesita un abordaje específico, cosa que escapa al interés central de investigación de esa tesis. No obstante, considero oportuno revisar, al menos brevemente, algunos hallazgos, dado que los puntos de inflexión de la vida laboral de las mujeres con las que trabajé han tenido una fuerte relación con su vida familiar y con su condición de mujeres.

En las trayectorias laborales de Doña Matilde y Doña Alegría se observa cómo los estereotipos de género han condicionado los oficios en los que se han capacitado en búsqueda de una actividad productiva (Longo 2009), pero también, una ruptura de estos estereotipos. Siguiendo la línea del tiempo de ambas mujeres, en la década de los noventa del siglo XX, mis interlocutoras se capacitaron y obtuvieron títulos de artesanas en corte y confección. Esta actividad podría catalogarse como destinada a las mujeres, tal como lo aborda Longo (2009) explicando el trabajo femenino no solo desde el mercado laboral sino desde las construcciones socio-culturales que se hace sobre el trabajo femenino, considerando: “las relaciones de poder, las representaciones sociales acerca del trabajo, del rol de la mujer y los estereotipos de género que regulan las prácticas sociales” (Longo 2009, 119). Entendiendo que, “los estereotipos de género son nociones culturalmente construidas a partir de la diferencia sexual que imprimen al hecho de ser mujer o varón de significaciones precisas, e incluyen los atributos y las conductas socialmente deseables de cada sujeto” (Longo 2009, 119).

Ahora, como sostiene Longo (2009) las trayectorias laborales de los sujetos responden a factores estructurales, pero también a la agencia de los sujetos, “el producto de factores estratégicos -capacidad de los agentes para tomar decisiones, combinar recursos, definir su situación- que configuran una lógica de desarrollo de las trayectorias laborales y sociales en general” (Nicole-Drancourt 1994 en Longo 2009, 120). Justamente este lado estratégico ya lo he revisado en relación a la ciudad, al “orden urbano” (Duhau y Giglia 2008).

En términos de la selección de actividades desde una mirada estratégica Doña Alegría es un buen ejemplo. No retoma su actividad como costurera en un taller, como lo había hecho hasta antes del inicio de su relación de pareja, sino que ve oportunidades en el negocio de su exesposo, la copia de llaves. Cuando se capacita como mecánica de precisión en el Sindicato de Mecánicos de Pichincha ella era la única mujer entre los aprendices.

Siguiendo a Guzmán y Mauro (2001) en el relato de Doña Matilde al respecto de sus hijas es posible observar que “la distancia entre madres e hijas resulta significativa en todas la cohortes y se expresa comparativamente en la mayor cantidad de oportunidades y trato diferenciado que reciben las hijas” (Guzmán y Mauro 2001, 193). Las cohortes más jóvenes proyectan su vida laboral desde la experiencia que le es transferida por las anteriores, de tal manera que tienen mejores herramientas y oportunidades para gestionar su vida laboral (Guzmán y Mauro 2001). Si Doña Matilde dependía de los ingresos de su esposo mientras realizaba trabajos de cuidado es decir, roles asignados a las mujeres desde los estereotipos de género (Longo 2009), para luego encontrar una oportunidad laboral en el espacio público que no requiera de experiencia, sus hijas han tenido acceso a educación superior y luego a trabajos en instituciones privadas y públicas. La mayor, ingeniera ambiental, trabajaba, al momento de mi investigación etnográfica, en una empresa de venta de autos y estaba en proceso de montar su propio negocio de venta de repuestos y la segunda, abogada, trabajaba en una institución pública y planeaba hacer su doctorado en leyes en una de las universidades de posgrado locales.

Gladys Jácome (2018), desde la sociología de género, investiga en su tesis de maestría el trabajo femenino en el espacio público en Quito. El contexto de su investigación son las desigualdades que las mujeres enfrentan en el acceso al trabajo debido a las actividades de cuidado que se les impone desde los estereotipos de género. A través de elaborar sus trayectorias laborales, muestra cómo esta imposición, la vida familiar y las relaciones de pareja condicionan las decisiones que toman sobre su vida laboral. Y evidencia cómo algunas mujeres de clases populares en la ciudad de Quito encuentran en el trabajo en el espacio público una oportunidad para hacer compatibles estas dos actividades, dado que éste suele ser autónomo y les permite manejar sus tiempos y actividades a conveniencia. Es más, muchas mujeres cuidan de sus hijos mientras trabajan en el espacio público y así evitan dejarlos al cuidado de desconocidos.

En las trayectorias de Doña Alegría y Doña Matilde es evidente cómo su vida familiar y/o de pareja han condicionado las decisiones al respecto de su vida laboral. Doña Alegría adquiere independencia para volver a trabajar tras el fin de su relación de pareja. Por su parte, Doña Matilde busca una actividad productiva en el momento en que las actividades de cuidado de sus hijas ya no le demandaban una cantidad de tiempo considerable, como ya he revisado antes. Además, en su caso es posible observar cómo ella conjuga la venta de libros con el cuidado de su nieta, su lugar de trabajo productivo, la caseta, es también lugar de trabajo de cuidados.

6. ¿Qué pasó con el metraje?

Este trabajo ha pasado por varias reformulaciones, uno de los componentes que más se vio afectado ha sido la producción de las imágenes durante el trabajo de campo, su uso durante la sistematización del material etnográfico y la escritura.

La primera “observación diferida” (Ardèvol 1998) resultó ser una experiencia compleja y de sensaciones encontradas al respecto de lo que ocurrió en el trabajo de campo. Por un lado me sentí como un observador -que simplemente como tal- ocupa una posición distante, casi un voyeur, que no se ve en la necesidad ya de interactuar con los sujetos filmados y que puede controlar las secuencias filmadas al ralentizarlas o repetir las a discreción. Pero al mismo tiempo, en tanto etnógrafo, me sentí completamente involucrado emocionalmente con mis interlocutoras y el material producido. Eso que menciona Pujadas (2010) como una prolongación de la empatía y el encuentro intersubjetivo.

En la segunda observación diferida la emocionalidad se redujo casi por completo y pasó el filtro de la sistematización, me propuse evaluar las tomas con el propósito de montar un documental etnográfico a partir de los hallazgos prematuros resultado de la primera observación diferida. Con esa lógica lo importante era ordenar y seleccionar las tomas que eran más potentes para mostrar la condición particular de Doña Alegría y Doña Matilde como trabajadoras del espacio público que ocupan este ámbito reducido de formalidad que es la caseta, su posición y relación frente a los otros trabajadores del espacio público, sus clientes y la ciudad.

El siguiente parámetro de importancia era observar su jornada de trabajo de principio a fin, a lo que solo tuve acceso durante la filmación. La lógica de selección cronológica era obvia como la estructura narrativa que tomaría un montaje intercalado entre las tomas de Doña Alegría y Doña Matilde para mostrar los contrastes y las coincidencias que existen entre ambas. Finalmente, cada toma era valorada en función de qué tan bien lograda estaba y era viable para ser usada en el documental.

Precisamente, lo más evidente que saltó a mi vista y oído al observar el metraje fueron los contrastes entre mis interlocutoras y del etnografiar con cada una de ellas. Sus distintas maneras de ser, lo que ha dicho varias veces, y cómo esto determinó los procesos de negociación entre ellas y yo. Lo nuevo fue observar cómo las condiciones espaciales que me obligaban a ocupar determinada posición durante mis visitas eran como una analogía del tipo de relación etnográfica que mantuve con cada una y su apertura. Con Doña Alegría era posible compartir su caseta, ella me invitó a entrar y ella provocaba las conversaciones donde ya aparecían datos importantes sobre su trayectoria laboral. Con Doña Matilde la caseta, en concreto la ventana y repisa de atención, siempre mediaron entre nosotros como un obstáculo que yo debía sortear provocando las conversaciones. Cuando le pedí ingresar a su lugar de trabajo lo hice solo y sin que ella estuviera siquiera observándome desde la ventana de atención.

Tanto es así, que en el metraje que produje con Doña Alegría, más de una vez, aparezco en el cuadro, era imposible evitarlo debido a la estrechez de la caseta y el lente gran angular de la cámara. Además, nuestras largas y espontáneas conversaciones son abundantes en el audio de las tomas. En los registros con Doña Matilde estoy afuera de la caseta, no aparezco en cuadro, el sonido de la ciudad es la mayoría del registro sonoro, que se interrumpe de tanto en tanto con alguna corta conversación.



Fotogramas 13 y 14. Las distintas posiciones de las interlocutoras y el etnógrafo. Fuente: metraje de campo, Sebastián Núñez, Febrero - Marzo 2020.

El material audiovisual también me permitió observar las interacciones de mis interlocutoras con sus clientes, ya no observándolas desde sus maneras de ser, sino como estrategias para operar sus negocios, condicionadas por los productos o servicios que ofrecen. Con los clientes al paso Doña Matilde necesita convencerlos de hacer una compra, en cambio, Doña Alegría no.

Además de las tomas hechas con la cámara GoPro que registran las acciones de mis interlocutoras, con el celular grabé tomas de las zonas donde trabajan a distintas horas del día. La sistematización de estas tomas siguió una lógica similar en términos cronológicos y de factura y viabilidad de uso en el montaje. En términos etnográficos no encontré nada particularmente nuevo en el caso de la Gran Avenida, donde sí tuve una buena percepción de la ciudad. No así en la avenida Patria, donde mi atención estaba puesta hacia el interior de la

caseta y mi interlocutora, desde la posición exterior que ocupaba. El metraje que obtuve me permitió tener una percepción de la ciudad que durante mis visitas habituales a Doña Matilde no era posible. En este caso el registro audiovisual sirvió como diario de campo, pero uno intensificado en la medida que la observación diferida es, en sí misma, una experiencia etnográfica porque se hace a través de los sentidos, a diferencia del registro escrito que se hace desde la memoria y el apunte hecho en campo.

Aunque las circunstancias me obligaron a abandonar la producción del documental, la observación del metraje y su sistematización me hicieron valorar mi propia experiencia como etnógrafo y las posibilidades de la producción de imágenes etnográficas como herramientas de negociación, aunque no se usen como una forma de presentación etnográfica. Esto me llevó a escribir lo que el lector encontró en el capítulo 2.

Para finalizar esta parte quiero agregar que si bien material audiovisual queda como desarticulado en relación a las conjeturas que he presentado y las reflexiones que he intentado hacer en función a las preguntas de investigación, ese material sin duda responde a las preguntas espontáneas que detonaron este trabajo. Mientras escribo esto, pienso que de llegar a hacer el documental, este habría sido una etnografía visual de un tipo particular de lugar de trabajo y como se lo habita, donde las imágenes serían el recurso de conocimiento antropológico, dejando en un plano secundario las categorías teóricas, y seguramente esta tesis sería otra.

Reflexiones finales: ¿Cómo concluir algo que sigue abierto?

El punto de partida de esta tesis fueron aquellas preguntas que saltaron en mi cabeza, allá por el 2018, tras observar a esa mujer joven que trabajaba en una caseta municipal en mis rutinarias caminatas a la biblioteca para preparar mi aplicación a la maestría. A lo largo del trabajo de campo, de alguna manera, logré resolver mi propio enigma con unas respuestas tan espontáneas como fueron esas interrogantes iniciales. El ejercicio difícil ha sido otro, transformar esas preguntas espontáneas en preguntas de investigación antropológica inscritas dentro de alguna temática que trascienda lo meramente anecdótico. Además, el inicio de la pandemia de la Covid-19 en marzo del 2020 interrumpió la investigación etnográfica. Así que, tanto durante el trabajo de campo como en la escritura de esta tesis, la reformulación ha sido un ejercicio constante. Esto que he presentado al lector es la última versión de esas reformulaciones, que no es lo mismo que una versión definitiva o acabada.

Con este trabajo de investigación antropológica he intentado dar algunas luces sobre la experiencia de ocupación regular/formal del espacio público para actividades productivas en la ciudad de Quito, en particular cuando se ocupa un equipamiento municipal, la caseta. La perspectiva que mostré es la de dos mujeres de mediana edad que llevan por años trabajando en el espacio público y los últimos 10, más o menos, en una caseta. Los relatos etnográficos que he presentado pretenden contar las historias laborales de Doña Alegría y Doña Matilde a propósito de su lugar de trabajo, su pasado y su situación hasta antes del brote de la Covid-19 y, desde ahí, también narrar a la ciudad de Quito. Precisamente, he intentado poner énfasis en la narración etnográfica, pues considero que es un género de escritura al que se puede aproximar cualquier lector curioso y desde ahí la antropología, como disciplina de investigación social, puede ir ampliando y complejizando la mirada que se tiene sobre el mundo desde el sentido común.¹

A lo largo del trabajo de campo entre las reformulaciones y el compartir con mis interlocutoras me fui encontrando con los temas que abordé. Al desmenuzar el material etnográfico cada uno fue tomando mayor o menor presencia e importancia, a riesgo de caer en la dispersión, no pude sino incluir estos temas intentando darles una dimensión apropiada. En

¹ Vale la pena mencionar el texto de Orin Starn (1993) “Rethinking the Politics of the Andes”. Aunque el contexto es muy distinto, la reflexión sobre la escritura antropológica como un insumo para generar cambios sociales es imprescindible.

el relato de la experiencia de Doña Alegría y Doña Matilde a lo largo de sus años como trabajadoras de la caseta y en el presente, como pude observar, es evidente la importancia que han tenido sus acciones para obtener su lugar de trabajo y conservarlo y el vínculo que tienen con el municipio. Luego aparece cómo su equipamiento en el espacio público ha sido una fuente de oportunidades desde los sentidos que otorgan a su lugar de trabajo y su actividad productiva. Finalmente, en sus trayectorias laborales se entretreje su vida familiar y las relaciones de pareja como un detonante de las decisiones que las llevaron a trabajar en el espacio público.

En mayor o menor medida el ocupar una caseta municipal en Quito para realizar una actividad productiva representa una disputa constante con el “orden urbano”. Pese a que el concepto de mundo popular es amplio, al menos en el caso de quienes trabajan en el espacio público, la ubicación de un sujeto dentro de este segmento del espacio social está determinada por dicha disputa.

En los casos estudiados, se puede observar que una zona de la ciudad adquiere cierto valor o significado social de acuerdo al crecimiento o decrecimiento inmobiliario, uso o desuso que presenta. Así, la zona donde trabaja Doña Alegría, que representa la imagen de un Quito “moderno”, y se la asocia con la denominación de hipercentro por su crecimiento inmobiliario, tal como reviso en los antecedentes, es un espacio de mayor interés para la administración municipal y los trabajadores del espacio público. Esto se evidencia en un control más estricto y frecuente, tanto para los trabajadores de las casetas, como para el resto de los trabajadores del espacio público, por parte de las dependencias de control del municipio.

En el caso de estas zonas la agencia y sentido estratégico de los trabajadores de la caseta es clave para negociar con la administración municipal con el fin de obtener y mantener sus lugares de trabajo. Ubicarse en un área de crecimiento ofrece oportunidades para conseguir buenos recursos económicos y, en esa medida, los trabajadores están dispuestos a sostener procesos de negociación complicados con el municipio, que pueden incluir llevar a cabo acciones que favorezcan intereses ajenos a los propios, a cambio de sus puestos de trabajo. Así mismo, este objetivo común permite salvar las tensiones internas entre distintos grupos de trabajadores, los cohesiona y facilita la asociación. Aunque esto solo responda a la coyuntura, y tras conseguir sus puestos de trabajo la cohesión se difumine y la asociación se desintegre.

En el otro lado del espectro se puede observar cómo en una zona que va perdiendo dinamismo, donde las instituciones que la ocupan la van abandonando y no se asocia con la noción de crecimiento y modernidad, la disputa por el lugar de trabajo es menor. Un trabajador que aspira a una caseta municipal no tiene que mantener una negociación larga o compleja con la administración municipal. En este tipo de zonas, al no presentar buenas oportunidades para llevar adelante un negocio rentable, las casetas se van abandonando pues los negocios ya no son rentables y los antiguos trabajadores las ponen a la venta. Aquí la capacidad estratégica de alguien que aspira a ocupar una caseta consiste en saber aprovechar esas ofertas. Así mismo, la experiencia cotidiana por mantener la ocupación de su lugar de trabajo no representa mayores esfuerzos, la frecuencia de los controles es baja y a diario hay poca presencia de agentes de control.

Además, los hallazgos muestran cómo en una zona de alto dinamismo se entregan las casetas en arrendamiento, mientras en otra de poco dinamismo, en propiedad. El alcance de este trabajo deja pendiente explorar si esto obedece a una regla escrita o no escrita del “orden urbano”. Sin embargo, es evidente que un arrendatario percibe en riesgo la ocupación de su caseta, y con esto la continuidad de su negocio, tras la llegada de una nueva administración municipal que intensifica los controles.

Otro asunto en disputa es el giro único de negocio que impone la ordenanza metropolitana 0280 sin tomar en cuenta la demanda existente en una determinada zona de la ciudad. En busca de obtener mejores ganancias económicas, es común que los trabajadores de las casetas rompan esta norma. Mientras las autoridades de control pasan por alto el irrespeto a esta regla escrita del “orden urbano”, entre los trabajadores produce tensiones pues entran en competencia.

En resumen, a partir de lo anterior se puede evidenciar que dentro de las disputas por la ocupación formal de un equipamiento para el trabajo en el espacio público las reglas no escritas del “orden urbano”, aquellas que toman la forma de convenciones sociales sobre el uso del espacio metropolitano, resultan estar por encima de las oficiales. Sobre todo en la manera en que se controla y gestiona el cumplimiento de reglas escritas para la administración del trabajo en el espacio público en la ciudad de Quito.

A partir de la premisa que los fenómenos contemporáneos de las ciudades latinoamericanas tienen su origen en la modernidad (Duhau y Giglia 2008), he intentado rastrear los patrones culturales del primer proyecto de modernidad de Quito en la contemporaneidad. Traer al presente la afirmación de Eduardo Kingman (2019), según la cual, las clases populares encontraron oportunidades en la ciudad a través de sus “trajines callejeros”, es decir sus actividades productivas en el espacio público.

Los casos estudiados evidencian que un sujeto sin condiciones favorables frente al mercado laboral puede encontrar oportunidades para desarrollar una actividad productiva autónoma en el espacio público. En particular, ocupar una caseta que es parte del mobiliario urbano oficial y mantener una relación de formalidad con la administración municipal favorece el desarrollo de empresas o negocios de pequeña escala. En la experiencia de mis interlocutoras, la caseta no es necesariamente un escaparate para atraer clientes al paso. Pese a su estrechez, funciona como cualquier otro local ubicado en una edificación, pero su ocupación no responde al mercado inmobiliario, sino a la administración municipal, lo que hace que el costo de su local o taller sea muy bajo.

En el primer caso, además de la natural habilidad de Doña Alegría para ganarse a sus clientes y entregarles trabajos bien hechos, la ubicación de su caseta en una vereda que facilita un alto tránsito de peatones le provee de un buen número de clientes al paso. Y la presencia de instituciones públicas y privadas, en esa zona de la ciudad, le proporciona clientes institucionales que son su principal fuente de ingresos. Mediante su trabajo de años en el sector de “La Gran Avenida”, Doña Alegría ha conseguido construir un patrimonio, incluso, acumular suficiente capital para generar otro negocio.

En el otro caso analizado, el negocio de Doña Matilde es rentable, porque desde su caseta gestiona la clientela estable que construyó, primero, como vendedora ambulante y, luego, durante el tiempo que la zona donde se ubica le facilitó un buen número de clientes al paso. Los réditos económicos que ella obtiene de su negocio también es posible gracias a los bienes que comercia, sus clientes la buscan porque saben que oferta libros a bajo costo.

En resumen, ni la ciudad -el espacio público- o la caseta garantizan oportunidades per se, es indispensable la agencia de un trabajador de la caseta para gestionar su negocio y las dinámicas de la ciudad en el área donde se ubican, “el orden urbano”. Los casos estudiados

son ejemplos exitosos de trayectorias laborales en el espacio público, y esto parece obedecer a varios factores. Investigar la experiencia de trabajadores que no tengan experiencias positivas podría apuntalar de mejor manera esta afirmación, ese trabajo etnográfico más amplio queda pendiente.

Trabajar en una caseta municipal se presenta como una forma particular de las actividades productivas en el espacio público. Quien la ocupa no aparece a simple vista como un “informal” que se ha “tomado” el espacio urbano o que “trabaja en la calle”, como se repite en el discurso común. Sobre todo, para un trabajador que ha tenido una trayectoria laboral en el espacio público ocupar una caseta municipal puede significar alcanzar una mejor posición frente a los trabajadores que están en veredas, plazas o parques, incluso si estos poseen los respectivos permisos municipales. Aquí se puede observar cómo la caseta, el espacio, es determinante en la producción de significados sociales y cómo esta materialidad se impregna de sentidos gracias a quien la habita, quien la transforma en lugar de trabajo.

Desde la posición de trabajador de la caseta también se elabora un discurso sobre el trabajo en el espacio público. En los casos analizados se observa que, por un lado, se puede mantener una posición empática y solidaria sobre los trabajadores “informales” y, por el otro, se reproduce el discurso donde son calificados como unos ‘otros’ que atentan contra el ornato y la seguridad de la ciudad. Estas posiciones obedecen a los distantes puntos de partida de las mujeres con las que trabajé.

El haber encontrado una mujer que trabaja en una caseta municipal con la motivación de llenar su tiempo libre y obtener recursos económicos sobre el ingreso principal de su familia, provisto por su esposo, da pie para cuestionar si éste es un caso aislado o existen más de este tipo de trabajadores ocupando equipamientos municipales. Una investigación con este propósito podría aportar significativos matices sobre el trabajo en el espacio público que, comúnmente se relaciona con clases menos favorecidas y la búsqueda de medios de subsistencia.

Al respecto de la manera en que las mujeres con las que trabajé conciben sus actividades laborales en sí mismas, no puedo elaborar una reflexión más allá de los hallazgos que presenté en el capítulo anterior. Lo mismo al respecto de si las actividades económicas que ocurren en las casetas se ubican en el segmento formal o informal de la economía. Estos dos temas se

presentan como oportunos para seguir ampliando el conocimiento sobre el trabajo en el espacio público en Quito.

Más allá de la dicotomía trabajo formal-informal, y con esto no me refiero a la ocupación del espacio público sino a categorías que hablan del trabajo mismo, lo que sí resulta claro, es que el trabajo autónomo, como he denominado aquí a lo que hacen Doña Alegría y Doña Matilde, provee a las mujeres de una independencia que resulta favorable. Permite que el lugar de trabajo sea lugar de cuidados, manejar los recursos económicos de acuerdo a cómo se van presentando las necesidades y tener un elevado sentido de responsabilidad y apropiación sobre la actividad productiva.

Al presente es posible encontrar una continuidad del primer proyecto de modernidad de Quito de finales del Siglo XIX e inicios del XX. Para el “mundo popular”, o al menos para un segmento de éste, la ciudad y el espacio público siguen siendo un espacio de oportunidades para el trabajo y donde producir y reproducir una forma de vida. Además, las trayectorias analizadas muestran que, en ciertas condiciones, el trabajo en el espacio público no obedece a la necesidad inmediata de subsistencia y que sujetos con puntos de origen distintos tienen a una caseta municipal como lugar de trabajo de destino.

También, es posible afirmar, como plantea la geografía humana, que el trabajo en el espacio público, en tanto fenómeno urbano, obedece a una lógica de producción socio-espacial. El componente espacial es determinante en la construcción de significados sociales en la ciudad de Quito al respecto del trabajo en el espacio público, tanto cuando se lo mira desde fuera, como cuando se lo hace desde dentro. Para un trabajador del espacio público la caseta, como espacio y lugar de trabajo, es determinante para elaborar significados individuales sobre su actividad y el mismo equipamiento que ocupa. Estos significados están en resonancia con los significados sociales que se tiene sobre el trabajo en el espacio público en la ciudad de Quito.

Debido a lo reducido de este trabajo de investigación estas reflexiones finales, más que ser una conclusiones, son puntos de partida para atar los cabos que quedan sueltos. Espero que este trabajo de investigación pueda servir de insumo inicial para el desarrollo investigaciones de largo aliento y mayor escala sobre el trabajo en el espacio público, en particular, cuando se lo hace ocupando el espacio urbano formalmente. Indagar sobre este tema permite ir mostrando matices sobre una actividad que desde el sentido común se mira con malos ojos y

usualmente se simplifica en el discurso sobre las problemáticas urbanas. He puesto énfasis en el relato etnográfico con dos motivaciones, aspiro que la narración de mi experiencia sea de utilidad para otros aprendices etnógrafos. Sobre todo, que las historias de Doña Alegría y Doña Matilde sirvan para ampliar y complejizar la mirada que tenemos sobre los trabajadores con los que nos cruzamos a diario en las calles y veredas de Quito.

Lista de referencias

- Ardèvol, Elisenda. 1998. "Por una antropología de la mirada: etnografía, representación y construcción de datos audiovisuales". En *Revista de dialectología y tradiciones populares* 53 (2): 217-240.
- Ayala García, Erika Tatiana. 2015. "La apropiación y modos de ocupación del espacio público. El caso de la avenida 6a de la ciudad de Cúcuta". *Dearq*, núm. 17: 74–85.
- Botero, María Mercedes, Ketty Herrera, y Lady Grey Javela. 2008. "Análisis psicosocial de la relación comercial entre vendedores informales y sus consumidores: un estudio en las ciudades de Neiva y Cartagena sobre el comercio informal de café". *Diversitas* 4 (1): 25–35.
- Consejo Metropolitano de Quito. 2012. Ordenanza metropolitana 0280 del 2012 para el desarrollo integral y regulación de las actividades de comercio y prestación de servicios de las trabajadoras y trabajadores autónomos del Distrito Metropolitano de Quito.
- De Certeau, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer. Vol I*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente Universidad Iberoamericana.
- Delgado, Manuel. 1999. *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- _____. 2002. "Etnografía del espacio público". *Revista de antropología experimental*, núm. 2: 9.
- _____. 2007. *Sociedades Movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Duhau, Emilio y Ángela Giglia. 2008. *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: UAM, Siglo XXI Editores.
- Durán Solís, Lucía Fernanda. 2015. *La ronda: olvidar el barrio, recordar la calle*. Quito: Flacso Ecuador.
- Durán, Luis. 2015. "Compras ambulantes, clientelas en movimiento. Cuatro casos". *Cuadernos de Antropología* 25 (2): 21–41.
- Fernández Argüello, Gabriela. 2002. "Comercio informal 'al paso' y objetos neokitsch: zona de contacto o la reinención de la cotidianidad". Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar.
- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2010. Resultados del censo 2010 de población y vivienda en el Ecuador. Fascículo provincial Pichincha.

<https://www.ecuadorencifras.gob.ec/wp-content/descargas/Manu-lateral/Resultados-pr-ovinciales/pichincha.pdf>

- Galeano-Rojas, Sonia Marcela, y Arley Bernardo Beltrán-Camacho. 2008. “Ciudad, informalidad y políticas públicas: Una reflexión desde la sociología de lo cotidiano”. Cuadernos de vivienda y urbanismo 01 (02): 280–97.
- Gamboa, Roberto Javier, Ana Consuelo Córdova Pacheco, Mayra Bedoya, y Joselito Naranjo. 2016. “Comercio informal: Un estudio en el municipio de Pillaro provincia Tungurahua – Ecuador”. *Revista digital de medio ambiente ‘Ojeando la Agenda’* 44.
- Geertz, Clifford. 2001. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giglia Ángela. 2012. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos-UAM.
- _____. 2016. “Marginalidad, precariado y marginalidad avanzada: definiciones teóricas y realidades empíricas desde distintos contextos socio-espaciales en la ciudad de México”. *Territorios* 35: 59-80.
- Ghiotto, Luciana. 2015. “¿Qué es el trabajo para la Sociología del Trabajo? Una discusión conceptual”. *Bajo el Volcán* 15 (22): 267-294.
- Goffman, Erving. 1979. *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- Guzmán, Virginia y Amalia Mauro. 2001. “Cambios generacionales en las trayectorias laborales de las mujeres”. *Proposiciones* 32: 190-208.
- Heidegger, Martín. 1951. “Construir, habitar, pensar”. Versión electrónica: http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar_pensar.pdf
- Jácome Mora, Gladys Yadira. 2018. “Desigualdades de género en la venta informal de jugo de naranja en Quito (Ecuador)”. Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- Jaramillo, Norma. 2007. Comercio y Espacio Público: Una Organización de Ambulantes en la Alameda Central. *Alteridades* 17 (35): 137-153.
- Jemio Arnez, Kathya. 2014. “Narrativa fotográfica Usuarios e intervención del espaciopúblico y la resignificación de los usos”. *Anagramas: Rumbos y sentidos de la comunicación* 2 (3): 39–57.
- Kingman Garcés, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros Quito 1860-1940 Higienismo, ornatoy policía*. Quito: Flacso Ecuador; Universitat Rovira I Virgili.
- _____. 2019. “Trajines Callejeros: ciudad, modernidad y mundo popular

- en los Andes (años 1940 y 1950)". En *Ciudades sudamericanas como arenas culturales. Artes y medios, barrios de élite y villas miseria, intelectuales y urbanistas: cómo ciudad y cultura se activan mutuamente*, compilado por Adrián Gorelik y Fernanda Arêas Peixoto, 286-305. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Labrunée, María Eugenia. 2010. *Historias y trayectorias: relatos y reflexiones en la vida en el trabajo*. Mar del Plata: Ediciones Suarez.
- Lera, Carmen, Alicia Genolet, Verónica Rocha, Zunilda Schoenfeld, Lorena Guerreira y Silvana Bolcatto. 2007. Trayectorias: Un concepto que posibilita pensar y trazar otros caminos en las intervenciones profesionales del trabajo social. *Cátedra Paralela* 04: 33-39.
- Longo, María Eugenia. 2009. Género y trayectorias laborales. Un análisis del entramado permanente de exclusiones en el trabajo. *Trayectorias* 11 (28): 118-141.
- Lindón, Alicia. 2009. "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento". *Cuerpos Emociones y Sociedad* 1 (1): 6-20.
- _____. 2012. "La concurrencia de lo espacial y lo social". En *Tratado de Metodología de las Ciencias Sociales: perspectivas actuales*, editado por Gustavo Leyva y Enrique de la Garza Toledo, 585-622. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 2015. "Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 7 (17): 8-19.
- _____. 2017. "La ciudad movimiento: Cotidianidades, afectividades corporizadas y redes topológicas". *In Mediaciones de la Comunicación* 12 (1): 107-126.
- MacDougall, David. 2009. "Cinema transcultural". *Antípoda* 09: 47-88.
- Madrid Merizalde, María. 2018. "La industrialización dirigida por el estado y la sustitución de importaciones en América Latina y en el Ecuador, 1967-1980". Tesis de licenciatura, Universidad San Francisco de Quito.
- Monsalve Herrera, Andrés Fabián. 2007. "Políticas municipales y memoria de actores colectivos en el proceso de reubicación del comercio minorista del sector de Ipiales en el Centro Histórico de Quito". Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Montes de Oca, Julianna. 2018. "Las asociaciones de trabajadores autónomos, como espacio de empoderamiento ante el Estado y la sociedad. Estudio de caso de la Asociación Coco y Sabor". Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Muratorio, Blanca. 2005. "Historia de vida de una mujer amazónica: intersección de

- autobiografía, etnografía e historia”. *Íconos. Revista de ciencias sociales* 21: 129-143.
- _____. 2014. “Vidas de la Calle. Memorias alternativas: las cajoneras de los portales”. En *Los trajines callejeros Memoria y vida cotidiana Quito, siglos XIX-XX*, editado por Eduardo Kingman Garcés y Blanca Muratorio, 113-148. Quito: Flacso Sede Ecuador.
- Nakamura, Karen. 2013. “Making Sense of Sensory Ethnography: The Sensual and the Multisensory”. *American Anthropologist* 115 (1): 132-144.
- Naranjo, Marcelo. 2000. “Etnicidad e informalidad”. En *Desarrollo cultural y gestión en centros históricos*, editado por Fernando Carrión, 155-163. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Noguera, José Antonio. 2002. “El concepto de trabajo y la teoría social crítica”. *Papers* 68: 141-168.
- Palacios, Rosario. 2011. “¿Qué significa ‘trabajador informal’? Revisiones desde una investigación etnográfica”. *Revista mexicana de sociología* 73 (4): 591–616.
- Pink, Sarah. 2003. “Interdisciplinary agendas in visual research: re-situating visual anthropology”. *Visual Studies* 18 (2): 179-192.
- _____. 2009. *Doing Sensory Ethnography*. Londres: SAGE Publications Ltd.
- Pujadas, Joan J. 1992. *El método biográfico: El uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Madrid: CIS.
- _____. 2000. “El método biográfico y los géneros de la memoria”. *Revista de Antropología Social* 09: 127-158.
- Pujadas, Joan J., Dolors Comas d’Argemir y Jordi Roca i Girona. 2010. *Etnografía*. Barcelona: Editorial UCO.
- Salazar Navas, Eduardo Ramiro. 2015. “El comercio informal como sustento económico familiar en el sector de Iñaquito”. Tesis de licenciatura, Universidad de las Américas, Quito.
- Sánchez, Jeannette. 1996. "El sector informal, una eterna alternativa al desempleo". *Ecuador Debate* 39: 98-118.
- Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda del Municipio de Quito. 2012. PlanMetropolitano de Ordenamiento Territorial 2012-2022.
- Strauss, Susan y Parastou Feiz. 2014. *Discourse analysis putting our world into words*. Nueva York: Routledge.
- Vázquez, Cristo Avimael, Ramiro Medrano González, Jorge Tapia Quevedo, y Pedro San

Martín Barrios. 2011. “Espacio Público e Informalidad: El caso del programa de apoyo para la reubicación del comercio popular en la ciudad de México”.

Antropología Experimental 11: 139–58.

Vinueza Salinas, John Henry. 2016. “Incidencia del vector de transmisión espacial en el apareamiento del usuario urbano y de la ciudad faltante”. Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.